



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



3 2044 012 414 702

WIDENER



HN F5HN E

Geog
4217
64

Gewg 4217.4



**NUEVA BIBLIOTECA
DE
VIAJES MODERNOS,
ÚTILES E INTERESANTES
á la juventud española.**

**TOMO XVII
DE LA COLECCION.**

*Esta Colección de Viajes es propiedad
de DON TOMAS JORDAN, y se hallará en
su librería, calle de la Concepcion Ge-
rónima; á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.*

**VIAJE
ALREDEDOR DEL MUNDO,
hecho en 1764, 65 y 66**

A BORDO DEL NAVIO EL DELFIN,

John, Adm.

POR EL COMODORO BYRON,

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR

Don Francisco Pérez de Anaya.

•••••••••

MADRID: ABRIL DE 1833.

*Imprenta de DON TOMAS JORDAN, calle de
Toledo, frente a la del Burro.*

Geog 4217.64
~~I. 7#44~~

Gift of the
Harvard Library
Gift of the
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1930.

NOTICIAS DE BYRON.

El Comodoro Byron nació á 8 de noviembre de 1723: á los diez y siete años de edad marchó en la expedicion mandada por el Lord Anson que tenia el encargo de dar vuelta al mundo: el navío donde iba Byron naufragó en 1741 en las costas de Chile, al Norte del estrecho de Magallanes. El capitán quedó abandonado en una isla desierta con muchos de sus oficiales. Byron y veinte marineros quedaron en la clase de naufragos. Los indios socorrieron á estos desgraciados, les ayudaron á salir de la isla á donde habian sido arrojados, y los condujeron á Chile, donde permaneció Byron hasta el año de 1744: ya por este tiempo no existian la mayor parte de sus compañeros. Byron se embarcó con otro oficial en un navío de San-Malo, que se dió á la vela para Europa y llegó

á Inglaterra en 1745. Sus desgracias y su valor acreditado fijaron sobre él la atencion del gobierno: fue ascendido, y en 1758 mandaba tres navíos de línea, y se distinguió en la guerra contra Francia.

Posteriormente, queriendo el rey Jorge III que se emprendiese un viaje para hacer descubrimientos, y que tuviese por principal objeto reconocer la parte del Océano Atlántico, situada entre el cabo de Buena-Esperanza y la punta meridional de América, creyó poder confiar el mando de esta expedicion á Byron, que montó la fragata el *Delfín* (1). Partió

(1) La introducción de las instrucciones que se dieron al Comodoro Byron con fecha 17 de junio de 1764, darán á conocer mejor las intenciones del rey y los motivos de esta expedicion: »Como nada contribuya tanto á la gloria de esta nación como potencia marítima, á la dignidad de la Gran Bretaña y á los progresos de su comercio y navegacion, que los nuevos descubrimientos, y como haya motivo de creer que pueden encontrarse en el mar At-

el 21 de junio de 1764, y volvió á Inglaterra á los dos años. El viaje del Comodoro Byron merece el honor de ser citado entre las navegaciones hechas alrededor del globo. Es el primero, dice uno de los biógrafos de Byron, de aquella época memorable, en que los pueblos de Europa, cesando de hacer descubrimien-

ántico entre el cabo de Buena-Esperanza y el estrecho de Magallanes, tierras é islas de mucha consideracion, desconocidas hasta ahora á las potencias de Europa, y situadas en latitudes cómodas para la navegacion, y en climas á propósito para la produccion de diferentes materias útiles al comercio; y por ultimo, como las islas de S. M. llamadas *islas de Pepys* é *islas de Falkland*, situadas en el espacio que acabamos de designar, no han sido aun suficientemente examinadas para que se pueda tener una idea exacta de sus costas y producciones, aunque hayan sido descubiertas y visitadas por navegantes ingleses, teniendo S. M. presente esas consideraciones, y creyendo que no puede darse una ocasión mas favorable para una empresa de esta clase, que la profunda paz que afortunadamente gozan las naciones, ha juzgado por conveniente ponerla en ejecucion, etc.»

tos por amor á las riquezas no se proponian por principal objeto mas que los progresos de las ciencias. Si Cook ha superado á todos por sus conocimientos y por la importancia de sus descubrimientos, el mérito de otros, y singularmente el de Byron que les habia trazado el camino, no debe quedar oscurecido. El Comodoro Byron murió en Lóndres en 1786.

El *Delfin*, buque de guerra de sesto orden, con veinte y cuatro cañones, estaba tripulado por ciento cincuenta marineros, con tres tenientes y treinta y siete oficiales subalternos.

La tripulacion de la *Thamar*, que era un *Eslup* de diez y seis cañones, mandados por el capitán Monat, se componia de noventa marineros, tres tenientes y veinte y dos oficiales subalternos.



Conferencia de Biron con un Jefe Patagon.

Frage de Biron.

VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO

HECHO

en los años de 1764, 65 y 66, por el
Commodoro Byron á bordo del na-
vio el *Delfin*.

CAPÍTULO PRIMERO.

Navegacion desde las Dunas á Rio-Janeyro.

El 21 de junio de 1764 parti de las Dunas con el navío de S. M. el *Delfin* y la fragata la *Thamar*, de los que había tenido orden de tomar el mando. Al pasar por la Temisa se encalló el *Delfin*; este accidente me obligó á arribar á Plimonth, donde se carenó este buque.

Mientras permanecí en Plimouth hice algunos cambios en la tripulacion: les mandé adelantar dos meses de paga, y el 7 de julio nos dimos á

la vela , despues de haber enarbolado la bandera de comandante.

El 4 estábamos á la altura del cabo de Lizard. Un viento fresco favorecia nuestro viaje , al mismo tiempo que notábamos con desagrado que la fragata llevaba mal la vela.

En la noche del 6 el oficial del primer cuarto descubrió un fenómeno estraordinario que presentaba la imagen de un navío de fuego : se distinguia de lejos , duró cerca de una hora y desapareció despues.

En la tarde del 12 descubrimos las rocas que estan cerca de la Madeira , y que nuestras gentes llaman los *Desertores* , por el nombre francés *Deserts* ó *Desertes* que les han dado á causa de su aspecto estéril y salvage. Al otro dia, cerca de las tres de la tarde, llegamos á la rada de Fonchal.

El 14 por la mañana pasé á visitar al gobernador , que me recibió con urbanidad y me hizo saludar con once cañonazos en el momento que desembarcaba. Al dia siguiente , que era el 15 , vino el gobernador á visitarme á casa del cónsul : lo hice saludar con

otros once cañonazos que disparó el fuerte.

Al llegar á Madera nos encontramos anclados á la *Corona*, navío del Rey, y al *Sclup*, el *Ferret*; estos dos buques, á vista de la bandera comandanta á bordo del *Delfin*, nos saludaron con su artillería.

Nuestro primer cuidado fue tomar á bordo varias clases de comestibles, y principalmente una gran cantidad de cebollas. En seguida aparejamos el 19 y continuamos nuestra ruta. El 21 avistamos la isla de Palma, una de las Canarias.

Observamos que desde el cabo Lissard ninguna especie de pescado había seguido nuestra embarcación. Yo lo atribuía á que en la carena se había forrado de cobre. Ácia el 26 principió á corromperse el agua, y la purificamos por medio de una máquina que habíamos embartado con este objeto: es una especie de ventilador con que se obliga al aire á penetrar en el agua, agitando á esta continuamente y todo el tiempo que es necesario.

Para renovar el agua nos vimos

obligados á tocar en una de las islas del cabo Verde. El 27 descubrimos la isla de Sel, y vimos una gran abundancia de tortugas. Tratamos de coger algunas; pero fue imposible porque se escaparon antes.

En la mañana del 28 nos hallamos muy cerca de la isla de Buena-vista; al dia siguiente á la altura de la isla de Mai, y el 30 anclamos en la bahía de Praia, en la isla de Santiago. Estábamos en la estacion de las lluvias; en que es muy peligroso este fondeadero: los vientos que soplan de la parte del Sur levantan grandes olas que estrellándose con furia contra la orilla, parece que anuncian las tempestades, cuyas consecuencias serían funestas para los buques que estuviesen allí anclados. El temor de dar al traste aleja de estas costas á todos los navíos en esta terrible estacion, que dura desde principios de agosto hasta noviembre. Tomamos agua lo mas pronto posible, y compramos tres novillos para dar carne fresca á la tripulación; pero apenas fueron muertos, las escéasivas calorres los corrompieron.

El 2 de agosto nos volvimos á dar á la vela, llevando una abundante provision de aves, de cabras y de monos que nuestra gente había tomado en cambio de camisas viejas y ropa usada. Las calores estremadas, y las lluvias continuas infestaron el aire, y la mayor parte de los de la tripulacion fueron atacados de calenturas malignas, á pesar de mi sumo cuidado en obligarlos á mudarse de ropa blanca, cuando estaba mojada, antes de acostarse.

El 8 hizo seña la *Thamar* de que experimentaba algun trabajo; disminuimos vela para esperarla: llevaba esta fragata su verga de gavia fuera de sitio, sin que por esto hubiese experimentado ningun daño. Mantuvimos las velas cargadas para facilitar la operacion de envergar otra vela de gavia; junto esto al viento que soplaba de la parte del Sur, retardó considerablemente nuestro viaje.

Continuamos observando, con mucho sentimiento nuestro, que el forro de cobre de nuestra embarcacion nos alejaba la pesca; y aunque en aque-

los sitios pueden contar los buques con abundantísimos pescados, no pudimos coger mas que de la especie conocido con el nombre de *goulu de mar*.

Hasta el 11 de setiembre no nos ocurrió cosa que pudiese escitar la curiosidad de nuestros navegantes; pero en este mismo dia á las tres de la tarde, llegamos á la vista del cabo Frio sobre la costa del Brasil. El 13 á las doce del dia fondeamos en la gran rada de Rio-Janeyro, con diez y ocho brazas de agua de profundidad. Esta gran ciudad presenta un golpe de vista hermosísimo: está gobernada por el virey del Brasil, cuya autoridad es ilimitada. Cuando pasé á hacerle visita, me recibió con la mayor ceremonia. Setenta oficiales había colocados delante del palacio: la guardia compuesta de gente de muy buena presencia, se hallaba sobre las armas. S. E., acompañado de la primera nobleza, vino á recibirme á la escalera. Fui saludado con quince cañonazos que disparó el fuerte mas próximo. Pasamos á la sala de audiencia, y despues de una conversacion de un cuarto de ho-

ra, me despedí y volví á ser acompañado con la misma etiqueta. El virey me ofreció pasar á hacerme visita á una casa que yo había alquilado en la playa; pero le rogué que no se molestase, y me volví á bordo.

La tripulacion del *Delfin*, á quienes había dado todos los dias carne fresca y hortaliza, gozaba de la mejor salud; pero hallándose enfermos muchos marineros de la fragata, despues de nuestra llegada, dispuse que fuesen conducidos á tierra, y bien cuidados y asistidos. Todos recobraron muy pronto la salud. Como nuestros dos buques estaban abiertos por varias partes, ajusté un cierto número de calafates portugueses, y en muy pocos dias quedaron corrientes.

Mientras que estábamos en Rio-Janeyro, el *Kent*, navío de nuestra compañía de las Indias que llevaba á bordo el Lord Clive, arribó á esta misma rada. Este buque que había salido de Inglaterra treinta dias antes que nosotros, y que no había tocado en ninguna parte, llegó sin embargo un mes despues; de manera que no tar-

dó cerca de setenta dias mas en hacer este viaje, sin contar el tiempo que perdimos en esperar á la fragata *Thummar*, sobre la que tenia el *Delfín* la ventaja aunque no era muy velero, de que rara vez habíamos desplegado la mitad de sus velas. Muchos marineros de la tripulacion del *Kent* estaban atacados de escorbuto.

Las calores insoportables que sufríamos en Rio-Janeyro, aumentaban nuestra impaciencia por volver al mar. El 16 de octubre levamos ancla, aunque permanecimos cuatro ó cinco dias cerca de la barra esperando viento de tierra que favoreciese nuestra salida: es imposible dar este paso con viento de mar. La entrada entre los dos fuertes es tan estrecha, y el mar choca allí con tanta furia, que con una dificultad extraordinaria pudimos salir de la rada, é infaliblemente nos hubiéramos perdido á no haber seguido el consejo de un piloto portugués.

Como la relacion de este viaje se publica para instruccion de los navegantes, creo deber manifestar que los portugueses que hacen en esta pla-

za un gran comercio, emplean todos los medios posibles para ganar á los marineros que saltan en tierra: si no basta la persuasion, los hacen beber y los embriagan; y en este estado los conducen al interior, y toman las precauciones convenientes para que no vuelvan hasta que hayan partido sus buques. Esto produjo la desercion de cinco hombres de mi tripulacion, que no pude recobrar: la *Thamar* habia perdido nueve; pero informado el capitán del sitio en que estaban detenidos, envió de noche un destacamento que lo condujo á bordo.

CAPÍTULO II.

Partida de Rio-Janeyro.-Navegacion hasta el puerto Deseado.-Descripcion de este sitio.

Nos dimos á la vela el 22 de octubre. Juzgué que antes de proseguir nuestra ruta debia informar á las tripulaciones de la naturaleza del viaje que íbamos á emprender. Hice señas al comandante de la *Thamar* para que viniese á mi bordo, y le declaré en presencia de todos los marineros reunidos sobre cubierta, que nuestro destino no era como se habria podido creer de encaminarlos á las Indias orientales, sino de entrar en el mar del Sur para hacer descubrimientos que podrían ser de grande importancia á la Inglaterra; que en este supuesto los Lores del almirantazgo concedian á las tripulaciones doble sueldo y otras gratificaciones, si durante el viaje llenaban su deber con el celo que inspira el amor de la patria. Esta noticia

fue recibida con aclamaciones de gozo : todos protestaron que estaban prontos á seguirme á cualquier parte á donde los condujese : que no había dificultades ni aun peligros á que no se espusiesen por dar á su pais pruebas de su verdadero amor , y que podría yo estar seguro de su decision y de su obediencia.

Continuamos nuestro camino hasta el 29. En este dia principiaron á arreciar los vientos y á soplar con una violencia capaz de entorpecer nuestras maniobras. Hice amainar nuestros masteleros de juanete , y poner en su lugar los palos de invierno; pero no tardó la mar en ponerse horrorosa , y el viento paró en tormenta; el navío se hallaba tan fatigado, que temiendo zozobrar mandé echar al agua , para darle algun alivio , dos cañones de proa y otros dos de popa. Este temporal duró todo el dia y la noche siguiente.

En la mañana del 30 amansaron los vientos y variaron de Noroeste á Sur & Suroeste : nos hallábamos á los 35° , $50'$ de latitud Sur, y sentíamos el

mismo frio que en Inglaterra en esta propia estacion , aunque el mes de noviembre corresponde á nuestro mes de mayo , y sin embargo de estar 20° mas cerca de la linea. Es muy dificil que dejase de hacernos impresion esta diferencia de temperatura , cuando ocho dias antes habíamos sufrido calores escesivos ; los marineros , que persuadidos de que solo tenian que viajar por climas templados habian vendido su ropa de invierno y sus mantas en los diferentes puertos á donde habíamos tocado , se vieron obligados para resguardarse de un frio insopor-table á comprar de la ropa que por precaucion se habia embarcado.

El 2 de noviembre despues de haber hecho prestar juramento á los tenientes de los dos buques, le entregué sus despachos, que no esperaban recibir hasta nuestra llegada á las Indias orientales que creian ser nuestro destino. Principiamos á ver una multitud de aves que daban vueltas alrededor de nosotros ; las habia muy grandes, y algunas tenian las plumas negras , y otras blancas ; distinguimos muchas

de aquellas gallinazas de Indias llamadas *pintadas*; estas aves, manchadas de blanco y negro, parecen un poco mas grandes que los pichones.

El 4 vimos una porcion de aquellas yerbas dañinas que arranca el agua de las rocas, y muchas vacas marinas. Nos hallábamos á los $38^{\circ} 53'$ de latitud Sur y 51° de longitud Oeste. Los vientos de Oeste, que soplaban continuamente, nos impelian ácia el Este, y temimos que nos sería muy difícil abordar á la costa de los Patagones.

El 10 observamos una mudanza de color en el agua; pero una sonda-lesa de mil cuatrocientas diez brazas no nos dió el fondo: contábamos $41^{\circ} 16'$ de latitud Sur y $53^{\circ} 17'$ de longitud Oeste. Al dia siguiente nos acercamos á la costa á eso de las ocho de la noche: la sonda dió cuarenta y cinco brazas y fondo de arena encarnada. Toda la noche caminamos al Suroeste $\frac{1}{2}$ Oeste, y por la mañana sacamos cincuenta y dos brazas de agua con el mismo fondo. Nuestra posicion era á

los 42° , $34'$ de latitud Sur, y 58° , $17'$ de longitud Oeste.

El 12 á eso de las tres de la tarde, habiéndome ido á pasear sobre el castillo de popa, no me sorprendí poco al oír á los que estaban sobre el castillo de proa gritar á una voz: *Tierra en derechura*: las nubes oscurecían casi todo el horizonte, y habíamos tenido muchos truenos y relámpagos. Miré adelante por bajo del trinquete, y creí observar que lo que desde luego había parecido una isla, presentaba dos montañas escarpadas; pero mirando ácia el lado del viento, me pareció que la tierra que estaba unida á estas montañas, se extendía á lo lejos al Sudoeste; en su consecuencia seguimos la dirección de Sudoeste. Hice subir algunos oficiales á lo alto de los palos para observar y comprobar este descubrimiento: todos aseguraron que veían una gran estension de tierra; inmediatamente hice poner el navío al paíro, y sondear alrededor nuestro, y hallamos todavía cincuenta y dos brazas de agua, pero ya principiaba á creer que

nos hallábamos en alguna bahía, y deseaba mucho mas de lo que podia prometerme que pudiésemos salir de allí antes de la noche.

Nos encaminamos en la dirección de este Sudoeste. La tierra parecía mostrarse siempre bajo la misma apariencia; las montañas parecían azuladas, como sucede comunmente en tiempo oscuro y lluvioso cuando no se está muy distante. A poco creyeron algunos oír y ver que la mar chocaba contra una costa de arena; pero habiendo andado cerca de una hora con toda la precaucion posible, se desvaneció de repente lo que habíamos tenido por tierra, y quedamos convencidos, no sin gran admiracion, que había sido un efecto de la niebla llamada bruma.

Yo he estado casi siempre en el mar desde la edad de veinte y siete años, y no había tenido idea de una ilusion tan general ni tan sostenida. Otros navegantes se han engañado tambien. No hace mucho tiempo que un comandante de un buque aseguró que había visto una isla entre el es-

tremo occidental de Irlanda y Terra-Nova, y que aun habia distinguido los árboles. Es tambien cierto que no existe tal isla, ó al menos ninguna embarcacion la ha descubierto. Es indudable que si el tiempo no se hubiese aclarado bien pronto para que desapareciese de nuestra vista lo que habíamos tenido por tierra, toda la tripulacion habria jurado de que habia descubierto tierra á esta altura.

Al dia siguiente 13, á eso de las cuatro de la tarde, estando el tiempo hermoso, de repente pasó el viento al sud-oeste, de donde principió á soplar con furia: el cielo se cubrió por esta parte de negras nubes; de repente toda la tripulacion que se hallaba sobre cubierta se asombró de un ruido súbito y extraordinario, semejante al de las olas agitadas. Dispuse inmediatamente que amainasen las gabias; pero antes de que pudiesen ejecutar esta maniobra, vi que se alzaban enormes olas que iban á caer sobre nosotros: grité que se atase el trinquete, y que al punto se largase la escota de la vela mayor, por-

que estaba yo persuadido, que si teníamos las velas desplegadas en el momento que cayese sobre nosotros aquella tempestad, ó nos sumergíramos, ó se romperían todos nuestros palos. Llegó efectivamente sobre nosotros y arrojó nuestro navío sobre la costa, antes de que pudiésemos largar la anurá mayor que cortamos entonces; y al mismo tiempo la escota de la vela mayor derribó al primer teniente, dejándolo muerto y con tres dientes rotos. El trinquete, que no estaba acabado de amainar, fue hecho pedazos. Si este golpe de viento que vino de repente, y con una violencia de que hay pocos ejemplos, nos hubiese sorprendido de noche, hubiera producido funestas consecuencias. Nos fue anunciado por los gritos penetrantes de muchos cientos de aves que huían delante: duró cerca de veinte minutos y se calmó por grados.

La *Thamar* se libró por tener rota su vela mayor; pero estaba bajo nuestro viento, y había tenido tiempo de prepararse mejor. A poco re-

frescó el viento, y pasamos la noche á la capa bajo la vela mayor risada.

El 14 por la mañana era ya el viento mas moderado, pero la mar de lèva. No tardó el viento en pasar á Sur + Sud-oeste, y nos dirigimos ácia Oeste: la primera luz del dia nos dejó ver el mar, que estaba tan encarnado como sangre y cubierto de mareas del mismo color, muy semejantes á nuestros cangrejos, aunque mas pequeños. Recogimos en canastas una gran cantidad de ellos.

El 15 á eso de las cuatro y media de la mañana avistamos tierra, que ofrecia la perspectiva de una isla, de ocho á nueve leguas de largo. Segun los mapas era probable que fuese esta tierra el cabo de santa Elena, que se avanza en el mar á una distancia considerable de la costa, y forma dos bahías, una al Norte y otra al Sur. Estando el tiempo hermoso, varié de rumbo y me dirigí á tierra hasta eso de las diez; pero sabiendo que á distancia de cerca de dos leguas de aquel cabo, hay muchas tocas á flor de agua, contra las cuales choca el

mar con fuerza, y pareciendo que el viento debia calmarse insensiblemente, cambié otra vez de rumbo para separarme de aquél sitio. La tierra parecía una cadena de rocas peladas en que no se descubrían ni árboles ni matas. Cuando me halle mas cerca de tierra, hice arrojar la sonda, y dió cuarenta y cinco brazas de agua, fondo de fango negro. Al mismo tiempo tuve la pena de ver enfermo á mis tres tenientes y al maestre, y en estado de no poder hacer ningun servicio, aunque el resto de la tripulacion disfrutaba de una completa salud. Nuestra latitud era de 45° , $21'$ Sur, y la longitud de 63° , $2'$ Oeste.

Al dia siguiente 16 dirigí mi rumbo ácia el cabo Blanco. Al anochecer arreció el viento, y sopló por la parte de Sud-oeste & Sur con una gran fuerza. Por la mañana reinó con variedad, y nos perinitió adelantar, pero aunque nos hallábamos casi en medio del verano, hacía un frio que no es comun en el rigor del invierno en el mar de Vizcaya.

:

El 17 á las seis de la tarde, habiendo dado toda la vela que nos fue posible, descubrimos tierra al Sur Sud-oeste, y á eso del mediodía fuimos favorecidos de un tiempo hermoso, y reconocimos que esta tierra era el cabo Blanco. Pero el viento volvió entonces á soplar con mas violencia que nunca; la tempestad duró toda la noche, y la mar que se estrellaba contra nuestro navío lo molestaba mucho.

El 18 á las cuatro de la mañana nos dió la sonda cuarenta brazas fondo de roca. Aquella noche corrimos una bordada mar adentro, y viramos para acercarnos á tierra: el viento continuó en tormenta con granizo y nieve. A eso de las seis volvimos á ver tierra, que se nos presentó al Sud-oeste & Oeste. Nuestro navío iba entonces tan poco calado, que su driza era muy considerable desde que soplabía un viento recio. Yo estaba impaciente por llegar al puerto Deseado para remediar este inconveniente, porque en el estado en que se hallaba el navío á cada instante amenazaba

sumergirse. Nos dirigimos á tierra con viento Nordeste, y al anochecer nos pusimos á la capa; pero habiéndose mudado el viento á Oeste nos alejó de la tierra aquella noche. A las siete de la mañana del 19 volvimos de nuevo sobre la tierra, y no tardamos en sentir que la mar azotaba nuestra proa; un momento despues pasamos sobre el estremo de un banco, que si hubiese estado mas al Norte tal vez nos podria haber sido funestó.

Eh este momento dejamos el cabo Blanco al Oeste Sudoeste 5°, 37' Sur y á cuatro leguas de distancia; pero como no hay cosa mas confusa que la descripción que ha dado sir John Narborough de este puerto, no sabíamos la dirección que habíamos de seguir para tocar en él. Yo buscaba desde luego una bahía, que segun las instrucciones de este sabio navegante debe encontrarse al Sur del cabo; pero no descubrí semejante cosa, y en su consecuencia seguí lo largo de la costa en la dirección del Sur. Teníamos un viento de tierra muy re-

cio; observamos muchas columnas de humo elevarse en diferentes partes, pero no descubrimos ni árboles ni yerba, y toda aquella comarca presentaba al espectador unas colinas de arena, muy semejantes á los peñascos estériles de Inglaterra. Observamos tambien que á la distancia de siete á ocho millas de la costa las aguas estaban comunmente muy bajas.

Continuamos todo el dia siguiendo la costa, acercandonos á ella todo lo mas que nos era posible; y por la tarde descubrimos una isla á la distancia de cerca de seis leguas. En la mañana del 20 nos acercamos á ella y nos aseguramos de que era la isla de los Pinguinos, descrita por Narborough.

Como el puerto Deseado distaba solo cerca de tres leguas de esta isla por la parte de Nor-oeste, envié uno de nuestros buques remeros para que lo descubriesen, volvió despues de haberlo reconocido, y me dispuse á entrar. Habia alrededor de nuestro navío millares de vacas marininas y de pinguinos. Me pareció la

isla de los Pinguinos cercada de islotes, que no son mas que rocas. Por la tarde descubrimos una que elevándose sobre las aguas á manera de un pirámide, por la parte meridional de la entrada del puerto Deseado, es muy á propósito para conocerlo, y sin esta señal se hallaría con dificultad. A la entrada de la noche se hechó un poco el viento, y anclamos á la distancia de cuatro ó cinco leguas de la costa.

El 21 por la mañana, con viento de tierra, llegamos á la entrada del puerto que encontramos muy estrecha, rodeada de rocas y de bancos de arena. La creciente formaba allí una corriente de tal rapidez, como yo no la había visto nunca. Fondeé fuera del puerto, dejamos al Oeste Sudoeste la abertura del canal, la isla de los pingüinos al Sud-este á 5°, 30' Este, y á tres leguas de distancia: la tierra mas septentrional al Nor-noroeste; dos rocas que, á media marea, se encuentran á flor de agua, y están en la punta mas meridional de un arrecife que parte de la misma tier-

ra, se hallan al Nordeste & Norte. Tal era la situación de nuestro fondeadero, de cuyas particularidades hago mención, únicamente porque pueden ser de suma importancia para los navegantes que quisiesen tocar en este puerto, y porque son muy inexactas las descripciones que han hecho de estos puntos diferentes marinos.

El viento fue impetuoso durante la mayor parte de este dia, y la mar estaba muy alborotada en al sitio donde estábamos anclados. Con todo mandé partir dos botes para sondear el puerto, y yo los seguí en el mío. Hallamos este puerto muy estrecho en un espacio de cerca de dos millas, en la creciente la celeridad de la corriente podria ser de ocho millas por hora; observamos también muchas rocas y escollos. Habiendo saltado en tierra no descubrimos mas que una campiña desierta y colinas cubiertas de arena, pero ni un solo árbol. Vimos estiéril de algunos animales, y distinguimos cuatro á lo lejos; pero huye-

ron al acercarnos, y no nos fue posible distinguir su especie. Juzgamos que eran guanacos. Estos animales son muy semejantes á nuestros gamos, aunque mucho mas gruesos; algunos no tendrán menos de cuatro pies y cuatro pulgadas de alto. No dejan que se les acerquen, y son muy ligeros en la carrera. Volvimos á nuestros botes y á subir el canal, y abandonamos á una isla llena de vacas marinas: matamos mas de cincuenta, entre ellas las había mayores que novillos. Nuestros botes, que habíamos cargado de aves de diferentes especies, tenian una provision suficiente para regalar á toda una escuadra.

Entre las diferentes aves que tiramos se encuentra una que merece una descripción particular. Su cabeza sería en un todo semejante á la del águila, si la especie de moño que la adorna fuese mas corto; un círculo de plumas de una blancura extraordinaria forma al rededor de su cuello una palatina ó collar de singular belleza: en el lomo son sus plumas de un negro de azabache; y tan bri-

llantes como este mineral despues de labrado: sus piernas son notables por su fuerza y por lo gruesas, pero sus uñas son menos afiladas que las del águila; de la punta de un ala á la de la otra tiene cerca de doce pies.

La *Thamar* aprovechó la creciente para entrar en el puerto: yo conservé mi puesto y creí no deber arriesgar este paso, sino con un viento favorable que muy pronto sopló de Este. Levé ancla á eso de las cinco de la tarde, y me proponía llegar al fondeadero con la marea de la tarde. Pero apenas habíamos aparejado, cuando el viento se cambió á Noroeste & Norte, y despues de haber entrado nuestro navío en la embocadura del puerto antes que principiase la marea, nos vimos obligados á anclar á muy poca distancia de la costa meridional. Los vientos de tierra soplaban por ráfagas tan violentas, que el navío reculó y vino á dar contra una punta de casquijo.

El parage donde habíamos anclado era muy mal fondeadero. Mientras que estábamos varados refres-

caron los vientos, y creciendo la marea con una rapidez extraordinaria, solo á duras penas y despues de cuatro horas de trabajo conseguimos tirar una segunda ancla y ver flotar nuestro buque. Como solo el talon y una extension de seis á siete pies de quilla habian tocado en la arena, era de presumir que no hubiese recibido ningun daño; con todo, hice desmontar el timon para reconocerlo.

No se calmó el viento por la noche; al otro dia 22 por la mañana pareció que se aumentaba: aun no nos habia sido posible levar el ancla que habíamos hechado cerca de la costa meridional, esperando que ella nos sostendría. Nos hallábamos en una situacion muy crítica; el navío se sostenia unicamente por su ancla de leva, y comenzaba de nuevo á irse á tierra. La *Thamar* que habia fondeado en el canal se apresuró á enviarnos un cable grueso: con este auxilio levamos el ancla de leva, escapamos del peligro que nos amenazaba, y conseguimos volver á anclar en mejor sitio, esperando un mo-

mento mas favorable para amarrar oportunamente nuestra embarcacion.

El dia siguiente 23 envié á sondear el puerto algunas millas mas arriba: mucho mas cerca no se encontró el fondo tan duro como á la entrada del canal, annque habia menos agua. Pero el viento que continuaba soplando con furia, no nos permitió buscar otro fondeadero. Habíamos descubierto una pequeña fuente á una media milla de la costa septentrional del puerto; pero el agua tenia un gusto salobré: yo había hecho en aquellas tierras una incursion de muchas millas, y en cuanto podia alcanzar la vista no habia descubierto sino un pais estéril, desnudo y desolado. Vimos muy lejos muchos guanacos; pero nunca se acercaron á tiro. Alrededor de un charco de agua salada distinguimos en la arena las huellas de diferentes animales, y particularmente las de un gran tigre. Encontramos tambien un nido con huevos de avestruz, que comimos, y que nos parecieron eran un escelente plato. Es probable que todos los animales, cu-

yas huellas se distinguian alrededor de este charco salobre, fuesen á beber á él, porque no vimos ninguna agua dulce que pudiesen usar. La fuente de agua salobre que habíamos encontrado antes, fue la única que descubrimos; esto nos obligó á abrir pozos, porque no habia en este sitio otra apariencia de agua que la poca humedad de la tierra.

Estando el 34 mas tranquila la mar, vinimos á fondear algunas millas mas arriba, en el puerto donde amarramos nuestros buques. Sube aquí la marea con tal rapidez, que habiéndose caido al agua un marinero, gran nadador, se lo llevó la corriente hasta casi perderlo de vista, antes que pudiesen socorrerlo, y sin embargo de estar en el agua todos nuestros botes; tuvimos con todo la felicidad de salvarlo.

El mismo dia volví á tierra; me interné seis á siete millas en aquel pais; vi muchas liebres tan grandes como corzos, y tiré á una que pesaba mas de veinte y seis libras. Ciertamente, si hubiera yo tenido un buen lebrel

habria podido dar liebre á la tripulacion dos veces á la semana.

Al otro dia 25 recorri una gran parte del puerto , y habiendo bajado á la costa septentrional , encontramos un bote de dos remos de una forma singular , y el cañon de un arma de fuego , sobre el cual estaban grabadas las armas de Inglaterra. El moho habia hecho tales progresos sobre este cañon , que se hacia polvo entre los dedos ; yo imagine que hubiese sido abandonado en aquella costa por alguno de la tripulacion del *Wayer* ó tal vez por Sir John Narborough. No encontramos ninguna especie de vegetales , á excepcion de unos como guisantes silvestres. Aunque no descubrimos ningun habitante , notamos que en muchos sitios se habia encendido fuego ; pero los vestigios nos eran muy recientes.

Tiramos á algunos patos silvestres y á una liebre: corrió esta, sin embargo de ir herida , el espacio de dos millas , lo que nos admiró mucho mas, cuando despues que la cogimos vimos que la bala le habia pasado de

parte á parte. Perseguimos bastante tiempo á un guanaco que era el mayor que habíamos visto. Cuando nos veía lejos se paraba á mirarnos, y daba unos gritos muy semejantes á los relinchos de un caballo; pero apenas nos acercábamos huía con la mayor ligereza: mi perro estaba tan cansado, que no pudo continuar persiguiéndolo: al fin se nos escapó, y lo perdimos de vista. En esta cacería no matamos mas que una liebre y un animalejo muy feo, cuyo olor fétido no permitia que se acercase nadie. Las liebres tienen aquí un gusto muy agradable y la carne muy blanca. Un sargento de marina y algunos otros que habian ido por otra parte, habian tenido mas suerte que nosotros: tiraron á dos guanacos y un cervatillo, y tuvieron que dejarlos donde los mataron, por no poder llevarlos hasta á bordo, de que estaban á seis millas de distancia. Los guanacos no pesaban ni la mitad de aquellos de que hace mencion Sir John Narborough; pero yo he visto algunos que pesaban hasta treinta y

siete y treinta y ocho *stones*, esto es, cerca de trescientas libras.

Cuando al anochecer volvimos á bordo, el viento había refrescado mucho, y como la cubierta se hallaba muy embarazada para poder embarcar los botes, los amarramos á popa. A media noche se aumentó el viento, y nuestro bote de seis remos se llenó de agua, rompió las sogas, y se lo llevó el mar: el que estaba encargado de su custodia, y cuya negligencia fue causa de este accidente, estuvo en peligro de ahogarse, y solo escapó agarrándose de la escala de popa. Como fue la creciente la que arreñcó el bote, no podíamos dudar de que la corriente se lo habría llevado mas arriba de donde estábamos. La perdida de este bote habría sido para nosotros de muy desgradable consecuencia, y así pasé la noche en la mas viva inquietud. El abf al amanecer envié á buscarlo, y se pasaron algunas horas antes que consiguiesen traerlo á bordo: la corriente se lo había llevado á muchas millas de distancia. Envié á tierra

á algunos de la tripulación para que trajesen los guanacos que se habían muerto la víspera; pero no encontraron más que los huesos; pues los tigres se habían comido la carne, y aun habían partido los huesos para sacar los tuétanos. Muchos de nuestra gente se habían internado hasta quince millas para buscar agua dulce; pero no encontraron nada. Habíamos abierto pozos de una profundidad considerable en diferentes partes, en que la tierra parecía húmeda; pero estos pozos, que nos ocasionaban un trabajo improbo, apenas podían dar treinta cubas de agua en veinte y cuatro horas. Esta circunstancia nos desanimaba tanto mas, cuanto que nuestra gente que había acuchillado á los guanacos, los había visto beber en charcos de agua salada. Resolví, pues, dejar este punto, apenas los buques estuviesen prontos, y reparando nuestro bote de seis remos.

Los que yo había enviado el 27 á cazar guanacos, encontraron el cráneo y los huesos de un león. Consiguieron coger un guanaco de poca

edad, y lo trajeron á bordo. Era el mas hermoso animal que habíamos visto: conseguimos domesticarlo hasta el estremo de venir á lamernos las manos como un ternerillo; pero á pesar de nuestro esmero en cuidarlo, murió á pocos días. Despues de mediodia se aumentó el viento, y mandé que estuviese pronta el ancla mayor, para dejarla caer cuando fuese conveniente, pues me temía que se rompiesen nuestros cables, lo que no se verificó. Los de la tripulacion que estaban en tierra con los carpinteros, ocupados en reparar el bote, que había sido transportado á la costa meridional, encontraron dos manantiales á la distancia de cerca de dos millas de la orilla del mar, y cuya agua no era absolutamente salobre; nada mas interesante para nosotros que este descubrimiento. El 28 por la mañana envié veinte hombres con unos barrilitos, y no tardaron en llenar una barrica de agua, que principiaba á escasear. En este mismo dia subí otra vez por él canal en mi bote, y anduve cerca de doce millas.

Pero habiéndose puesto el mar muy alborotado, salté en tierra. Por esta parte era el canal tan ancho, que se perdía de vista: se veían allí un cierto número de islas, algunas de las cuales eran de consideración: el canal se estiende en la tierra hasta unas cien millas. En una de estas islas abordé y encontré un gran número de aves, que en el momento en que tomaron el vuelo se oscureció el cielo: no pudimos dar un paso sin pisar sus huevos. Cuando echaron á volar matamos muchas á palos y pedradas. En seguida dejé la isla y abordé al continente, donde nuestra gente hizo cocer los huevos de que llevaban una buena provisión y los comieron, aunque la mayor parte estaban empollados. No vimos ningún rastro humano ni en una, ni en otra orilla del canal, ni el menor vestigio que pudiese hacernos creer que en estas costas había otros habitantes que bandadas de pájaros y aves, manadas de guanacos, y algunas bestias feroces. Los guanacos, que andan regularmente en piaras de se-

senta á setenta, no dejaban que se les acercase nadie: muchas veces se paraban para mirarnos desde lo alto de las colinas. En esta cacería tiró nuestro cirujano á un gato montés á gato-tigre: este animal es intrépido y fiero, aunque pequeño; y á pesar de estar herido mortalmente, resistió por largo tiempo las cargas de mi perro.

El 29 acabamos de echar lastre al navío; esta faena fue muy penosa por la violencia de los vientos que reinaron constantemente y por la rapidez de las olas: cargamos á bordo otra barrica de agua. No permitiéndonos en la mañana del 30 el mal tiempo que enviásemos un bote á tierra, empleé la gente de la tripulación en preparar los aparejos y disponerlo todo para nuestra próxima marcha. Al mediodía se moderó el viento algun tanto: envié un bote para proporcionarnos mayor cantidad de agua. Los dos primeros marineros que llegaron á los pozos encontraron allí un gran tigre acostado en el suelo, el animal los estuvo mirando al uno y

al otro con mucha indiferencia; los marineros se picaron de ser tratados con el mismo desprecio con que miró el león al caballero de la mancha, y no teniendo armas de fuego, principiaron á tirarle piedras. El tigre, teniendo á menos el darse por entendido de este insulto, continuó acosado tranquilamente, pero viendo que se acercaba mas gente, se levantó muy despacio y se marchó.

El 1.^o de diciembre tomamos á bordo nuestro bote de seis remos que se hallaba ya reparado: toda la mañana estuvo la mar tan alborotada, que nos fue imposible tomar agua: al dia siguiente quitamos las tiendas que se habían levantado para hacer aguada, y nos dispusimos á salir al mar. Los dos pozos que abrimos estan casi al Sur-Sudeste y á dos millas y media de la roca piramidal; hice poner cerca de ellos un poste como señal mas á propósito para descubrirlos, que la altura en que se hallaban.

Durante el tiempo que permanecimos en este puerto, usamos la sonda con mucho cuidado, y conocimos,

que lejos de poder subir nuestros buques el canal, no hay peligro que no se eche de ver á primera vista en la baja mar. Este puerto, donde hoy es muy facil proporcionarse agua dulce, valiéndose de los pozos que abrimos nosotros, ofrecería á los buques que tocasen allí un escelente fondeadero, á no ser por la violencia de la corriente producida por la marea. Es un pais abundante en guanacos y en aves de diferentes especies, y particularmente en patos y gansos silvestres. Se encuentran tambien almejas muy gustosas, y con tal abundancia, que constantemente se puede cargar un bote en baja mar. Solamente la madera escasea allí mucho: con todo, se encuentran en algunos puntos de la costa matorrales de que se puede hacer uso, en caso preciso, para encender fuego.

El 5 desamarré con designio de salir del puerto, pero nuestra segunda ancla experimentó alguna dificultad; perdimos algun tiempo para levarla, y antes que pudiésemos tirar sobre el ancla de leva, nos hallamos en lo

mas fuerte de la baja mar: en este sitio la mar no se mantiene igual nunca mas de diez minutos, tuvimos que esperar la pleamar. Levamos ancla á las cinco ó seis de la tarde, y tomamos la dirección de este-Nordeste con un viento fresco que nos soplaba de Norte noroeste.

CAPÍTULO III.

Partida del puerto Deseado. – Reconocimiento de la isla Pepys. – Navegacion hasta la costa de los Patagones. – Descripcion de sus habitantes.

Al salir del puerto Deseado dirigimos nuestro rumbo á reconocer la isla de Pepys, que dicen se halla á los 47° de latitud Sur. Estábamos en aquel momento á los $47^{\circ}, 22'$ de latitud Sur, y $55^{\circ}, 49'$ de longitud Oeste.

Al dia siguiente 6 continuamos nuestra ruta con viento favorable, y gozamos de tan hermoso cielo, que empezamos á creer que aquella parte del globo no careceria absolutamente del estío. El 7 me encontré mucho mas al Norte de lo que yo esperaba, e inferí que el buque habria sido impelido por la corriente. Ya habíamos andado 80° al Este, que es la distancia del continente á la isla Pepys; pero por desgracia la posi-

ción de esta isla es muy incierta; Cowley es el único que pretende haberla visto: todo lo que dice de su situación se reduce á que está á los 47° de latitud Sur, sin determinar su longitud: habla de la hermosura de su puerto, y añade que un viento contrario y violento no le permitió tocar en él, y que se dirigió al Sur. Tambien me encaminé yo al Sur, y hallándose el cielo sin ninguna nube, podia descubrir muy bien un gran espacio de mar al Norte de la posición que se dá á la isla. Como suponía que si realmente existia deberíamos encontrarla al Este, hice señal á la *Thamar* para que despues de mediodia se alejase, de manera que quedando entre ambos buques un espacio de cerca de veinte leguas, podríamos encontrar aquellas tierras con mas seguridad. Seguimos el Sureste de la brújula, y por la tarde nos pusimos al paralelo, estando á los 47°, 18' de latitud Sur. Al dia siguiente 8 tuvimos un viento fresco de Noroeste ♡ Norte, y todavía crecía y que podria muy bien estar la isla

al Este. En su consecuencia resolví andar treinta leguas en esta dirección, y en el caso que nada descubriese volverme á la misma latitud de 47° . Pero habiendo refrescado bastante el viento, y estando la mar muy alborotada, me vi obligado á eso de las seis de la tarde á ponerme á la capa bajo la veja mayor. Al dia siguiente 19 á las seis de la mañana, mudó el viento á Oeste-sudoeste, y nos encaminamos al Norte con las velas llamadas papa-higos. Juzgué entonces que estaríamos á unas diez y seis leguas al Este del punto de donde habíamos partido, dejando el puerto Deseado al Sur á los 80° y $53'$ Oeste, y á noventa y cinco leguas de distancia. Vimos gran cantidad de ova y muchas aves. Al dia siguiente 20 continuamos nuestro rumbo, sirviéndonos de las velas mayores, y dejando al Norte el cabo con un viento fuerte que soplabá de Sudoeste al Noroeste, y la mar muy agitada. Por la tarde hallándonos á los $46^{\circ}, 50'$ de latitud Sur, volví á tomar la dirección de Oeste, continuando nuestros buques en alejarse

cada dia el uno del otro en cuanto era posible, sin perdernos de vista. Persuadido en fin, de que la isla mencionada por Cowley, y descrita por Hally bajo el nombre de isla Pepys no existia, me determine el 11 á mediodia á acercarme al continente, y á tocar en el primer puerto cómodo que encontrase para hacer aguada y buscar leña, de que teníamos mucha necesidad; no podíamos perder tiempo en esto, porque la estacion estaba ya muy adelantada. Desde entonces seguimos ácia el continente tratando de descubrir las sabaldas, que segun todos los mapas que teníamos á bordo, no debian estar muy lejos del camino que llevábamos. Todos los dias andaban volando alrededor de nuestro buque bandadas de aves, y nos seguian incesantemente grandes ballenas. El tiempo estaba hermoso, en lo general, aunque frio, y tuvimos que convenir, á pesar de las esperanzas que habíamos concebido, en que el estío de estos climas no se diferenciaria del invierno de Inglaterra, sino en la duracion de los dias.

:

El 15, á eso de las seis de la tarde, soplaron los vientos con furia, la mar se puso horrorosa, las olas eran tan altas y tan terribles que yo no había visto cosa semejante al doblar el cabo de Hornos con el lord Anson. Nuestro buque era demasiado elevado en sus obras muertas para viajes de esta clase; á cada instante estaba temiendo verlo sumergir: nos libraron principalmente por haber-nos empeñado en luchar contra la tempestad, abandonándonos á la vio-lencia de las olas á palo seco, pero como era tan escasa el agua que te-níamos, debíamos temer alejarnos del continente, pues la consumirí-a-mos completamente antes de tener tiempo de volver.

Duró toda la noche esta terrible tempestad: pero el 16 sobre las ocho de la mañana calmó el viento y la mar se sosegó poco á poco, y á las diez continuamos nuestro rumbo hasta el dia 18 que descubrimos tier-ra desde el palo mayor. Nos hallába-mos entonces á los 51° , $8'$ de latitud Sur, 71° y $4'$ de longitud Oeste: deja-

mos al Sur á 19°, 50' Deste y á diez y nueve leguas de distancia, el cabo de las Vírgenes, que forma al Norte la entrada del estrecho de Magallanes. En este dia no pudimos ganar tierra, porque el viento estaba casi completamente en calma; pero al otro dia 19 por la mañana entramos en una bahía espaciosa, al fin de la cual nos pareció ver un puerto. Lo hallé cerrado; las olas se estrellaban contra un arrecife que se descubre á baja mar; se encuentra muy poca agua á cierta distancia de este arrecife. La mar en estos parajes parecía muy abundante de pesca. Vimos muchas mariposas que perseguían á otros pescados; eran blancas como la nieve; con manchas negras, lo que presentaba un golpe de vista no menos agradable que raro. La tierra ofrecía aquí la misma perspectiva que en los alrededores del puerto Deseado; no se descubría mas que penascos y ni un solo árbol.

El 20 al amanecer estábamos á la altura del cabo de *Beaumtemps* que se hallaba ácia el Oeste á cuatro leguas de distancia. Despues que lo dobla-

mos seguimos muy cerca de la costa hasta el cabo de las Vírgenes. Por la tarde llegamos á un banco de arena que se estiende al Sur del cabo y á mas de una legua de ancho. Anclamos allí, pero la *Thamav* estaba muy lejos y contra el viento, y así le fue imposible fondear, y tuvo que pasar toda la noche á la vela. Siguiendo la costa vimos guanacos que pastaban en los valles, y se notó toda la tarde un humo considerable sobre la costa septentrional á cuatro ó cinco leguas de la entrada del estrecho.

Aparejé al otro dia 21 al amanecer: volvimos á ver el mismo humo que la víspera. Me encaminé al punto de donde salia, y anclé á dos millas de la costa. En este sitio fue donde la gente de *Wager* al pasar el estrecho en su chalupa despues que perdieron su navío, vieron un cierto número de hombres á caballo que llevaban una especie de bandera blanca, y que por señas los invitaban á que saltasen en tierra: eso hubieran querido los de la chalupa, pero el viento los obligó á alejarse de la costa. El artillero del

Wager en una relación que ha publicado de su viaje, dice que al ver esta gente á caballo, no pudieron adivinar si eran europeos que hubiesen naufragado en aquella costa, ó indígenas de los alrededores del río Gallagoes.

Cuando anclamos observé con mi anteojos lo mismo que habían visto los del *Wager*: unos cuantos hombres á caballo con una bandera ó pañuelo blanco, y que desde la orilla nos hacían señas para que llegásemos á tierra. Curioso por conocer este pueblo, eché al mar mi bote de doce remos, y me embarqué con mi segundo teniente Mr. Marshal y un destacamento de soldados bien armados. Nos acercamos á la orilla, seguidos del bote de seis remos á las órdenes de mi primer teniente Mr. Commisg. Cuando llegamos á una corta distancia de la playa, vimos que toda esta gente ascendía á unos quinientos hombres, de los cuales había algunos á pie y el mayor número á caballo. Se habían situado en la punta de una roca, que penetra en el mar á una distancia bastante considerable, y continuaban on-

deando su bandera é invitándonos con acciones y gritos á que nos acercásemos á ellos; pero el desembarco no era facil porque habia poca agua y muy grandes piedras. No observé que tuviesen ninguna especie de armas; con todo, les hice señas de que se retirasen, y lo verificaron inmediatamente; no cesaban de llamarnos con grandes voces; no tardamos en saltar en tierra aunque con trabajo, llegandoles á la mayor parte de los nuestros el agua á la cintura. Apenas desembarcamos hice colocar mi tropa en la orilla del mar, y mandé á los oficiales que se mantuviesen en aquel puesto hasta que yo los llamase ó les hiciese señal de marchar.

Despues de dar esta disposicion me fui solo á donde estaban los indios; pero viendo que se retiraban á proporcion que yo me acercaba, les signifiqué por señas que uno de ellos debia adelantarse. Entendieron la señal, é inmediatamente un patagon, que creimos seria uno de los jefes, se separó de los demás y me salió al encuentro. Era de una estatura gigantes-

ca, y parecía que realizaba los cuentos de mónstros de figura humana (1). La piel de un animal salvaje, que por su hechura se parecía á las capas de

(1) Sobre esta raza de hombres que exceden á la estatura regular, y cuya existencia se ha disputado por largo tiempo, se encuentran pormenores curiosos en una obra francesa titulada; *Historia de las navegaciones á las tierras australes*. Copiamos lo que se lee en el tomo segundo, pág. 324 y siguientes.

« Es una cosa bien extraña la absoluta contrariedad que se observa en las relaciones de tantos testigos oculares, sobre un punto de hecho tan fácil de conocer, y al mismo tiempo tan singular como es la existencia de todo un pueblo de gigantes. Hemos visto durante el espacio de cien años, que todos los navegantes, de cualquier nación que fuesen, convenian en la verdad de este hecho, y un siglo despues conformarse todos ellos en negarlo, tratando de suellos las relaciones de los que los han precedido, y atribuyendo cuanto han dicho estos, ya al terror que inspiraba el aspecto de unos hombres feroces, ya á la propension que naturalmente tienen los hombres por referir cosas extraordinarias. Es innegable que los hombres tienen un amor decidido á lo maravilloso, y que el efecto del miedo sea tambien exagerar los objetos. No quiero decir que sobre este punto no se hayan divulgado muchas fábulas,

los montañeses de Escocia , le cubría las espaldas: tenía pintado el cuerpo de la manera mas horrible: uno de sus ojos tenía alrededor un círculo de co-

y ponderado mucho : examinemos sin embargo si cuantos afirman el hecho lo han visto en un momento de terror , y si es posible , qué naciones rivales y que se odian de muerte se hayan puesto de acuerdo sobre una cosa evidentemente falsa.»

« No me detengo en la opinion difundida, no solo entre los pueblos de América, sino tambien en nuestro antiguo mundo , de que había habido en otro tiempo sobre la faz de la tierra una raza de gigantes , célebres por su violencia y sus crímenes.»

« Me contaron , dice la Barbinais, que durante un diluvio que inundó el Perú, se refugiaron indios á las mas altas montañas para esperar allí que se retirasen las aguas. Cuando bajaron á la campiña se encontraron con hombres de una estatura desmesurada que les hicieron una guerra cruel. Los que escaparon de su barbarie se vieron obligados á buscar un asilo en las cavernas de las montañas. Despues de vivir ocultos por muchos años , vieron que se apareció en medio de los aires un jóven que aniquiló á los gigantes, dejando á los indios con la derrota de estos crueles enemigos , por dueños de sus antiguas posesiones. Los que me guiaban me enseñaron muchas señales del rayo

lor negro y el otro un círculo blanco; lo demás del rostro lo tenían rayado de distintos colores. Yo no lo medí, pero juzgando de su estatura por com-

con que el jóven destruyó á los gigantes, impresas sobre una roca y huesos de un tamaño extraordinario que miran como restos de los gigantes. No se sabe en qué tiempo se verificó este diluvio.»

« Refiere el Inca Garcilaso en su *Historia del Perú*, que segun tradicion comun se vieron llegar sobre balsas de juncos á la punta de Santa Elena un cierto número de gigantes tan altos que los naturales del pais no les llegaban mas que á las rodillas: sus ojos eran tan grandes como un asiento, y los demás miembros á proporcion: andaban desnudos ó cubiertos de pieles. Cada uno comia tanto como cincuenta hombres, de manera que habiendo agotado muy pronto los frutos de la tierra, se vieron en la precision de vivir de la pesca. Robaban las mugeres del pais; pero como las mataban queriendo usar de ellas, se entregaron á la sodomia, que mereció el castigo del cielo, que destruyó con fuego esta raza abominable; pero el fuego no consumió ni sus huesos ni sus cráneos, para que sirviesen de monumento que testificase la venganza celeste. En efecto, se encuentran huesos de un tamaño prodigioso y cajas de dientes, por donde puede inferirse que un solo diente debia pesar mas de media libra.»

paración á la mía, puedo asegurar que no era de menos de siete pies. Al acercarse á mí este espantable coloso, pronunciamos ambos algunas espre-

« Los que desean saber los pormenores de estas tradiciones difundidas entre los americanos, y de los edificios construidos en otro tiempo por los gigantes con piedras enormes, podrán ver á Torquemada, libro I.^o, cap. 13 y 14. Todas estas fábulas son casi semejantes á lo que se cuenta de los gigantes de nuestro antiguo mundo. Los huesos de gigantes que se encuentran en América, tales como los que se enseñaban en 1550 en Méjico y otras partes, son probablemente huesos de grandes animales poco conocidos. Para asegurar la existencia de esta raza de hombres, es menester verlos ó al menos un esqueleto entero; y así, aunque refiere Turner que en 1610 enseñó en la corte de Lóndres el hueso de la pierna de uno de esos hombres, segun el cual podía deducirse por una exacta proporción que el gigante era de una altura desmesurada, todavía me parece insuficiente la prueba dada por este naturalista, sin embargo de que añade que él mismo ha visto en las costas del Brasil, cerca del río de la Plata, gigantes que van enteramente desnudos; que tienen chata y redonda la parte del cráneo que se halla detrás de la cabeza; que las mujeres tienen el cabello largo y negro y tan grueso como cerdas de caballo. Son-

siones en forma de saludo, y fuí con él á acercarme á sus compañeros, á quienes en el momento de llegar hice señal de que se sentasen, y todos usa-

muy diestros en manejar el arco, y llevan ademas de esta arma dos bolas macizas de que usan tanto para arrojarlas como para dar golpes con ellas. Dice haber visto uno de doce pies de alto, que en verdad era el mayor de todo aquel país.»

« ¿Pero habremos de negar tambien el testimonio de otros varios testigos oculares? Lo aseguran entre los españoles, Magallanes, Loisa, Sarmiento y Nodal; entre los ingleses, Candish, Harckins, Knivet; entre los holandeses, Sebald de Noort, Lemaire y Spilberg; entre los franceses, la tripulacion de los navios Marsella y San Malo. Lo desmienten VVinter, que despues de haber visto con sus propios ojos lo que era, dice claramente que es un sueño inventado por los españoles: L'Herniste, almirante holandés; Froger, segun la relacion de M. Gennes, y Narboroug, cuyo testimonio es preciso confesar que puede oponerse al de otros muchos por haber sido el que ha visto mejor que todos la Magallanica. Corresponden tambien á esta clase los viajeros que guardan silencio sobre este punto, como entre otros el almirante Drake, y es una prueba de que la estatura de los naturales de estos pueblos no tenia para ellos nada de singular

ron de esta complacencia. Habia entre ellos muchas mugeres de una estatura proporcionada á la de los hombres, que eran casi todos de igual talla

ni de estraordinario. Pero observemos desde luego que la mayor parte de los que estan por la afirmativa, hablan de los pueblos patagones que habitan la costa desierta al Este y Oeste; y que por el contrario el mayor número de los que sostienen la negativa hablan de los que habitan las costas de Norte y Sur, desde el estrecho hasta la punta de América. Las naciones de estos dos países no son una misma; y aunque alguna vez se hayan visto de los primeros en el estrecho, no parece esto estraño hallándose á una distancia regular del puerto de San Julian, que parece ser residencia ordinaria. La tripulacion de Magallanes los vió aquí muchas veces y comerció con ellos, tanto á bordo como en sus mismas barracas. Magallanes se trajo en uno de sus buques dos prisioneros, uno de los cuales fue bautizado antes de morir, habiendo enseñado en Pigafeta muchas palabras de su lengua. No hay cosa mas positiva que estos hechos, ni menos sujeta á los errores de la ilusion.»

«Aseguro, dice Knivet, que hallándome en el puerto Deseado, he medido cadáveres encontrados en sepulturas y huellas que habia impreso en la arena el cuerpo de los habitantes, cuya estatura era de catorce, quince ó

que el jefe que salió á recibirmes.
Desde lejos había llegado á mis oídos
el conjunto de muchas voces reunidas,
y cuando me acerqué vi un cierto nú-

diez y seis palmos de alto. He visto con frecuencia en el Brasil uno de estos patagones, cogido en el puerto de San Julian, que aunque muy jóven tenía ya trece palmos de alto. Nuestros ingleses, prisioneros en el Brasil, me han asegurado que los habian visto semejantes á este en la costa Magallanica. Sebal de VVert, refiere que ha visto en el estrecho mismo gigantes que arrancaban árboles de un palmo de diámetro, y mugeres de alta y de mediana estatura. Olivier de Noort vió en el puerto Descaido salvages de alta estatura (no dice gigantes): se batíó en el estrecho contra unos gigantes de una talla mediana: hizo seis prisioneros que condujo á su borte: uno de ellos le refirió que había en aquel pais diversas naciones, cuatro de las cuales eran de la talla comun; pero que en el interior del pais, en un territorio llamado *Coin* había un pueblo de gigantes que se llamaba *Tiremenen*, que acababa de hacer la guerra á las demás razas. Silberg ha visto en la Tierra de fuego un hombre de muy alta estatura: los sepulcros que allí encontró eran de gente de talla mediana. Arisclarz, escribiente de la escuadra de Lemaire, honbre muy digno de crédito, declara, que habiendo visitado los sepulcros en la costa de

mero de viejos, que con aire grave y un tono lastimero cantaban de maniera que yo pense que celebraban alguna ceremonia religiosa. Todos es-

los Patagones vió comprobada la verdad de cuanto habian referido los navogantes que le habian precedido, y que los huesos encerrados en las tumbas eran de hombres de diez á doce pies de alto. Este es un exámen hecho á sangre fria en que el error no puede exagerar los objetos. Otros, como Nodal y Ricardo Hawkins, se han contentado con decir que estos salvajes exceden á los europeos en toda la cabeza, ó que son tan altos que los de la tripulación los llamaban gigantes. Pero estos testimonios son antiguos: veamos otros del siglo en que vivimos y de nuestra propia nación. En 1704 los capitanes Harington y Carman, que mandaban los dos navíos franceses San Malo y Marsella, vieron en una ocasión siete de estos gigantes en la bahía de Posesión; otra vez seis, y otra más de doscientos, entre los que los había de la talla comun. Los franceses tuvieron una entrevista con ellos, y no recibieron ningún mal. Sabemos esto por Mr. Fresier, director de las fortificaciones de Bretaña, hombre muy conocido y estimado. No vió él mismo estos salvajes; pero refiere que hallándose en Chile don Pedro Molina, gobernador de la isla, y otros muchos testigos oculares, le dijeron que había en el interior de aquel país una

taban pintados y vestidos casi de la misma manera. Los círculos que llevaban pintados alrededor de los ojos variaban en el color; unos los lleva-

nación de indios llamados por sus vecinos *cancohues*, que llegan algunas veces hasta las posesiones españolas, y que tienen de nueve á diez pies de alto. Son, decian, de los patagones que habitan la costa de tierra del Este, y de quienes hablan los antiguos viajeros. Los españoles que habitan la América meridional en las costas del mar del Sur, dice Ravenan de Luisan, tienen por enemigos á ciertos indios blancos que ocupan una parte de Chile: estos indios son altos y gruesos extraordinariamente. Estan en guerra continua contra los españoles, y cuando hacen algunos prisioneros, les levantan la cubierta del estómago como se levanta la concha de una tortuga, y les arrancan el corazon. Pero Narborough, al mismo tiempo que conviene en que los montañeses vecinos y enemigos de los españoles de Chile son de alta estatura, niega formalmente que su talla sea gigantesca. Despues de medir las huellas y el cráneo de los salvajes de Magallanes, que los halló conformes con los de los demás hombres, vió despues muchas veces habitantes en el estrecho y aun en el mismo puerto de San Julian. Le parecieron todos bien formados, pero de la talla comun de la especie humana. Este testimonio, de cuya verdad no

ban blancos y encarnados, y otros encarnados y negros: sus dientes, que tienen la blancura del marfil, estan bien puestos y unidos: la mayor parte

se puede dudar, es exacto en este punto; lo mismo que el de Santiago L'hermite acerca de los naturales de la Tierra de Fuego, que dice ser fuertes, bien proporcionados, y casi de la misma estatura que los europeos. En fin, entre los que vió M. de Gennes en el puerto de Famina, ninguno tenia seis pies de alto.»

«He querido reunir aquí los principales testimonios que existen en pro y en contra de un hecho tan curioso. Al verlos no se puede dejar de creer que todos han dicho verdad, esto es, que cada uno ha contado las cosas como las ha visto; de donde se infiere, que la existencia de esta especie particular de hombres, es un hecho real, y que no es bastante para considerarlo como apócrifo, que unos cuantos marineros no hayan observado lo que los demás han visto muy bien. La opinion de Mr. Fresier escritor juicioso, viene tambien en apoyo de los testimonios citados. Hemos visto en el libro sus reflexiones sobre este asunto, á las cuales añadiré yo algunas.»

«Parece constante que los habitantes de los dos lados del estrecho son de la talla ordinaria, y que la especie particular habitaba comunmente ahora dos siglos en las costas desiertas, ora en algunas miserables chozas en

iban desnudos, llevando solo una piel á la espalda, y por debajo de ellas el pelo: algunos llevaban tambien botines con una pequeña clavija en cada talon que les servia de espuela. Estaba yo mirando con admiracion á estos hombres estraordinarios,

el interior de los bosques, ora en cavernas de rocas casi inaccesibles como nos refiere Olivier de Noort. Segun leemos en este viajero desde el tiempo en que principiaban los navios de Europa á frecuentar aquel sitio, se ocultaban y se mantenian asi, mientras divisaban buques en el mar; por cuya razon no podian verse, aunque se distinguiesen á cada momento señales recientes que acreditaban haber habitado en una costa que se veia desierta. Probablemente la frecuente llegada de buques á aquella costa los determinó despues á abandonarla absolutamente, ó á no venir á ella sino en cierto tiempo del año, haciendo su residencia como nos dicen en el interior del país. Anson presume que habitan en las cordilleras ácia la costa occidental, de donde vienen de cuando en cuando y no con frecuencia á la costa oriental: de modo que si los buques que han tocado en la costa de los Patagones hace mas de un siglo, no los han visto sino rara vez, ha sido, segun parece, porque este pueblo feroz y temido se alejaba de la costa desde que veia llegar tan frecuentemente buques de Europa, y

cuyo número se aumentó con otros muchos que vinieron á toda carrera, y de quienes no conseguí sino con gran dificultad que se sentasen al lado de sus compañeros. Les repartí sartas de abalorios amarillos y blancos, y me pareció que los recibian con mucho gusto. Les enseñé despues una pieza

se retiraba, á ejemplo de otras muchas naciones indias, á las montañas para ocultarse de la vista de los extranjeros. Pero al menos en este siglo dos buques europeos los han visto muchas veces y en gran número: esto debe disipar las sospechas que se habian formado contra la fidelidad de las antiguas descripciones.

«El mejor medio de poner la cosa fuera de toda duda, sería traer á Europa el cuerpo ó esqueleto íntegro de un patagon. Es raro que no se haya hecho esto; los comandantes de buques han agarrado muchas veces algunos que han muerto en el camino al acercarse á climas templados. Tal vez podrá atribuirse á la supersticion de los marineros, que creyendo que la brújula no anda bien cuando hay en el buque algun cuerpo muerto, no quieren dejar á bordo ningun cadáver, pero es muy facil vencer esta preocupacion pueril si alguna vez la tripulacion de algun buque encuentra medio de apoderarse de un hombre de esta especie; y el objeto merece seguramente que se busque una ocasion oportuna.»

de cinta verde; hice que uno de ellos tomase una punta de la pieza y la fue desliando, haciendo que la agarrase cada uno de los que estaban puestos en fila: todos permanecieron tranquilos y sentados. Ninguno arrancó la cinta de manos de los otros, aunque me pareció que los gustó mas que los abalorios. Mientras tenian la cinta estendida, la dividí en partes casi iguales, de manera que tocase á cada uno cerca de una vara: se las puse atadas alrededor de la cabeza, y las conservaron así sin tocarlas todo el tiempo que yo estuve con ellos.

Su tranquilidad y docilidad eran tanto mas laudables, cuanto que no podian todos tener parte en mis regalos. Ni la impaciencia por adquirir estas brillantes bagatelas, ni la curiosidad de verme de cerca, pudieron hacer que se separasen del puesto que les habia yo asignado.

Los que han leido las fábulas de Gay, si se forman una idea de un indio casi desnudo, que adornado de bujerías de Eutopa va á buscar á sus compañeros en los bosques, podrian

recordar por esta circunstancia al mono que había visto el mundo; pero antes de ridiculizar su inclinación por los pedazos de vidrio, cuenta de collar, cintas y otras bagatelas, de que no hacemos nosotros ningun caso, deberíamos considerar que los adornos de los salvajes son en su fondo los mismos que los de las naciones civilizadas, y que á los ojos de los que viven casi en el estado de naturaleza, la diferencia del vidrio al diamante es, por decirlo así, nula, de donde se sigue que el valor que damos al diamante es mas arbitrario, que el que dan los salvajes al vidrio.

El amor á los adornos es tan general que casi podria decirse que es natural al hombre; pero la brillante transparencia del cristal, y la forma elegante y regular de las cuentas de collar son cosas que se conforman mucho con nuestra organizacion, y que son muy propias para escitar en nosotros ideas agradables, y aunque en estas cualidades el diamante lleve muchas ventajas al vidrio, el precio que se le dá no es proporcionado á

la diferencia que puede haber de uno á otro. El placer que nos causa la posesion del diamante se funda mucho menos en el brillo de este mineral, que en una especie de distincion que lisonjea nuestra vanidad: esto es absolutamente independiente del gusto natural, que afectan de una manera agradable ciertos colores y ciertas formas, á las que damos por esta misma razon el nombre de belleza. Deberíamos todavía considerar que un salvage se distingue mas por un culo de vaso, ó una cuenta de collar, que por un diamante una persona cualquiera en una nacion civilizada, aunque no haga á su vanidad el mismo sacrificio; porque la propiedad de su adorno es mas bien una muestra de su buena fortuna, que de su influjo y poder: y los indios no ven en un pedazo de vidrio ó de diamante labrado el signo representativo de otros bienes terrestres, sino únicamente un objeto de adorno, que no es capaz de dar ninguna especie de superioridad.

Con todo, estos indios á quienes

yo acababa de decorar, no eran enteramente extranjeros á estas bagatelas brillantes. Mirándolos con alguna mas atencion, vi entre ellos una mujer con brazaletes de cobre ó de oro de color bajo, y algunas cuentas de collar de vidrio azul, sujetas á dos largas trenzas de cabello que le caian sobre la espalda: su estatura era enorme, y tenia el rostro pintado de una manera mas horrible todavia que el resto del cuerpo. Tenia yo curiosidad por saber como habia adquirido los brazaletes y las cuentas de vidrio; les signifique mi deseo de saberlo con todas las señas que me fue posible imaginar, pero no conseguí hacerme entender. Uno de los patagones me enseño el cañon de una pipa, que era de tierra encarnada: yo conocí al momento que no tenian tabaco, y que deseaban que yo se lo proporcionase: hice señas á mis gentes, que estaban en la orilla en la misma disposicion que yo los habia dejado, y al punto corrieron tres ó cuatro, creyendo que necesitaba socorro. Los indique, como yo habia

ya observado, tenian fijos los ojos en mi gente, apenas vieron que algunos del destacamento se adelantaban, se levantaron todos, dando un gran grito, y estuvieron á punto de dejar aquel sitio é ir á tomar sus armas, que verosímilmente habrian dejado á muy corta distancia de allí. Para prevenir las consecuencias y disipar su temor, corrí ácia los mios, y les grité desde donde pude hacerme entender, que se volviesen y que enviaran uno con todo el tabaco que pudiese traer. Los patagones se tranquilizaron y volvieron á ocupar sus puestos, menos un viejo que se acercó á mi para cantarme una larga cancion; sentia mucho no entenderla: aun no habia acabado de cantar, cuando llegó con el tabaco Mr. Cumming. No pude dejar de reírme de su sorpresa. Este oficial, que tenia seis pies, parecia, por decirlo así, un pigmeo al lado de estos gigantes, porque debe decirse de los patagones, que son mas bien gigantes que hombres de alta estatura. Entre los pocos europeos que tienen seis pies de alto hay

pocos que tengan las espaldas y los demas miembros proporcionados á su talla: parecen hombres de la estatura comun, cuyo cuerpo se levanta á una altura estraordinaria: un hombre de solo seis pies y dos pulgadas, que escediese en anchura lo mismo que en talla á la comun de los demas hombres, y que fuese al mismo tiempo robusto y bien proporcionado, nos pareceria mas bien nacido de raza de gigantes, que un individuo anómalo por algun accidente. Por consiguiente se puede conocer desde luego la impresion que nos causaria la vista de quinientos hombres, los mas pequeños de seis pies y seis pulgadas, y cuyas espaldas y miembros correspondian perfectamente á esta altura gigantesca.

Cuando les hube distribuido el tabaco, los principales de ellos se acercaron á mí, y en cuanto pude entender sus señas, me invitaban á que montase á caballo y los siguiese á sus habitaciones. Pero hubiera sido imprudencia acceder á sus instancias; les signifiqué por señas que era nece-

sario que me volviese al buque. Los
gefes me parecieron enojados, y vol-
vieron á ocupar su puesto.

Durante esta conferencia muda,
un viejo ponía su cabeza sobre unas
piedras, cerraba los ojos como por
un medio minuto, llevaba la mano
á la boca, y mostraba la orilla. Sos-
peché que quería hacerme entender
que si pasaba la noche con ellos me
proporcionarían algunas provisiones;
pero yo juzgué que debía negarme á
tan eficaces ofertas. Cuando me sepa-
ré de ellos, ninguno nos siguió; to-
dos permanecieron sentados. Noté
que tenían consigo un gran número
de perros, de que se servían, segun
pienso, para la caza de animales
monteses, que forman una gran par-
te de su subsistencia. Sus caballos son
muy chicos, y estaban en bastante
mal estado; pero eran muy veloces
en la carrera; las bridales eran de
cuero con un palito que servía de bo-
cado; sus sillas se parecían mucho á
las almohadillas de que usan las gen-
tes de campo en Inglaterra. Las mu-
geres montan á caballo lo mismo

:

que los hombres y sin estribos, y todos iban á galope sobre la punta de tierra en que desembarçamos, aunque estaba llena de piedras peladas.

CAPÍTULO IV.

Entrada en el estrecho de Magallanes. — Navegacion hasta el puerto de Famina. — Descripcion de esta ensenada y de la costa adyacente.

Al llegar á bordo di mis disposiciones y entramos en el estrecho con la marea: tiene de ancho cerca de nueve leguas: no pensaba pasarlo, sino llegar á un fondeadero cómodo donde pudiese adquirir agua y leña: preferí tomar este partido en vez de seguir un rumbo incierto para descubrir las islas de *Falkland* que me proponía buscar despues. La marea principió á sernos contraria á eso de las ocho, y asclamos sobre veinte y cinco brazas de agua: dejamos el cabo del Pescado al Nornordeste y á cerca de tres millas de distancia; y sobre la costa septentrional unos peñascos, que Bulkeley, segun la vista que presentan, ha llamado orejas de asno, situados al Oeste y rumbo al Norte.

Levamos ancla el 22 á las tres

de la mañana, y anduvimos al Sudeste & Deste cerca de doce millas. En este espacio pasamos cerca de un banco cuya existencia se había ignorado hasta entonces. Vimos en el lado meridional del estrecho un solo indio; no cesó de hacernos señas hasta que nos perdió de vista: vimos tambien algunos guanacos en las cumbres, aunque Wood en la relacion de su viaje preteade que no los hay en la tierra de Fuego. Al salir del primer estrecho se ensancha el canal considerablemente; y no descubrimos la entrada del segundo hasta despues de haber corrido dos leguas. La distancia del primer estrecho al segundo es de cerca de ocho leguas; llegamos al mediodia al extremo occidental del segundo estrecho, y anduvimos cerca de tres leguas para tocar en la isla de *Santa Isabel*; pero habiéndose levantado un viento contrario, anclamos á una milla de esta isla que dejamos al Sursureste, y la isla de *San Bartolomé* al Este-sudeste.

Por la tarde seis indios de la isla de *Santa Isabel* bajaron á la orilla

y nos hicieron señas, llamándonos á grandes gritos; pero los marineros estaban cansados, y no quise ocuparlos en echar un bote al agua; los salvajes, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, se volvieron.

El 23 levamos ancla, nos dirigimos antes de acabarse la marea por entre las islas de *Santa Isabel* y *San Bartolomé*, llegamos á la costa septentrional, y sondeamos sobre diez brazas. Dejamos la isla de San Jorge al Nordeste & Norte y á tres leguas de distancia; una punta de tierra que yo he llamado *Punta Porpois*, al Norte & Nordeste y á cerca de cinco leguas. Despues de mediodia levamos ancla, y anduvimos al Sur & Sudeste cerca de cinco millas, siguiendo la costa septentrional casi una milla de distancia.

Al dia siguiente 24 me embarqué en mi bote para reconocer la bahía de agua dulce. Llevaba yo conmigo á mi teniente; desembarcamos sobre la punta de Sandy; mandé á los marineros que siguiesen la costa con el bote, que no perdimos de vista mientras nos paseábamos por tierra. Toda

aquella punta está cubierta de bosques; encontramos fuentes de agua dulce, y los árboles y la verdura ofrecen un golpe de vista muy agradable en una estension de cuatro á cinco millas. Mas adentro se presenta una llanura igual y en apariencia fértil: el suelo estaba cubierto de flores que exalaban un perfume delicioso. Se distinguia un número prodigioso de frutas de diferentes especies en los sitios donde habia flores caidas, y vimos guisantes que tenian flor en los troncos. En medio de esta risueña pradera, adornada de una infinidad de flores, habia un sin número de aves, á que dimos el nombre de *aves pintadas*, porque tenian las plumas matizadas de los mas brillantes colores. Anduvimos cerca de doce millas por este bello pais que estaba regado por muchos arroyos de un agua dulce y transparente, y no descubrimos la bahía, objeto de nuestros deseos, pues en cuanto anduvimos desde la punta de Sandy no vimos ningun punto de la costa en que pudiese abordar un bote sin correr el mayor peligro: el agua

estaba muy baja, y la mar llevaba mucha fuerza. Encontramos un gran número de cabañas que parecian recientemente abandonadas, pues en algunas el fuego que los salvajes habrian encendido apenas estaba apagado, y se hallaban próximas á los arroyos y fuentes. En muchos sitios se veia apio silvestre en abundancia, y una variedad de plantas que probablemente serian muy útiles á los marinos despues de un largo viaje. Al anochecer volvimos á la punta de Sandy y encontramos nuestros buques al ancla en la bahía, y á cerca de media milla de la costa. El aire fuerte que allí se respira dió á nuestra gente tan gran apetito, que cada uno se hubiera comido tres raciones al dia. Me alegré mucho de encontrar á unos pescando y á otros en tierra cazando con sus fusiles. Cuando llegué tuve el gusto de ver caer en la red sesenta barbos de mar bien grandes: los cazadores hicieron una excelente caza: este pais es abundante de anzares, cercetas, gallinetas ciegas y otras muchas aves de muy buen gusto.

El 25, dia de Navidad, averigua-

mos que la punta de Sandy estaba situada á 53°, 10' de latitud Sur: á las ocho de la mañana anclamos á una milla próxima de la costa: dejamos entonces al Nornoroeste, y á la distancia de cuatro millas próximas la punta meridional de la bahía de Agua dulce, y la tierra mas meridional al Sudeste. \pm Sur.

El 26 á las ocho de la mañana levamos ancla, y seguimos al Sur-sudeste para llegar al puerto Famina. La punta Santa Ana, que es la mas septentrional de este puerto, la dejamos á las doce del dia al Sur \pm Sudeste, \pm rumbo al Este y á tres leguas de distancia. Siguiendo esta costa, á las dos ó tres millas hallamos una mas profunda hasta una milla de la costa. Desde la punta de Santa Ana, que es muy escarpada, parte una cadena de rocas que se estiende al Sudeste \pm Este en un espacio de cerca de dos millas.

Al dia siguiente 27 al mediodia, habiendo tenido muy poco viento y algunas calmas, vinimos á anclar á la bahía Famina, cerca de la costa, donde nos hallamos en una situación muy

favorable y conforme á nuestrás necesidades. Estábamos al abrigo de todos los vientos menos del de Sudeste, que reina rara vez; y si dentro de esta bahía viniese un buque á dar en la costa, no recibiria ningun daño porque el fondo es muy suave. Flotan sobre estas costas una inmensa cantidad de madera capaz de poder cargar hasta mil buques; de manera que no teníamos necesidad de irla á cortar á los bosques.

El agua del Sedger, que desemboca en la bahía, es excelente; pero los buques de remo apenas pueden subir á él hasta dos horas despues de principiar la marea; porque en baja mar se encuentra muy poca agua en una estension de cerca de milla. Subí por este río en mi bote hasta cuatro millas mas arriba de su embocadura: los árboles que la violencia de los vientos arrastra allí, no permiten que se pase mas adelante; no solo sería difícil, sino muy peligroso el intentarlo. La marea lleva en este río una gran rapidez en la corriente, y muchos troncos de árboles quedan de-

bajo del agua sin poder ser vistos. Mi bote dió contra uno de estos troncos, se abrió del golpe que recibió, y en un momento se llenó de agua: nos apresuramos á llegar á la orilla, lo que conseguimos no sin gran trabajo. Tapamos el agujero por donde entraba el agua, en términos de que quedó el bote en estado de llegar á la embocadura del río, donde lo compuso el carpintero.

Las orillas del Sedger estan plantadas de grandes y escelentes árboles; no creo que se pueda ver nunca una elevacion mas hermosa, y ciertamente que estos árboles serian muy á propósito para proveer á nuestros buques mayores de escelentes palos. Se encuentran algunos que tienen mas de ocho pies de diámetro, lo que dá en proporcion una circunferencia de mas de veinte y cuatro pies; de manera que cuatro hombres agarrados por las manos no podrian abrazarlo. El árbol de la pimienta y el del corcho de Winter son muy comunes. Aumenta la belleza de estos árboles, á pesar del rigor del clima, una multitud inmensa de

papagayos, y otras aves de vistosas plumas. No habia dia que no matase mas anzares y patos de los que podian gastarse en mi mesa : cada uno podia hacer otro tanto. Teniamos en abundancia de toda especie de pescados, y se sacaba diariamente mas que se necesitaba para el consumo de los dos buques.

Mientras permanecimos en el puerto Famina, como estabamos casi siempre en tierra, segui muchas veces las huellas que habian dejado en la arena las bestias feroces ; pero no conseguí nunca ver ninguna : encontré muchos caballos, pero ni un solo indio. El pais, que se halla entre el puerto y el cabo Forward y á la distancia de cerca de cuatro legnas, no puede ser mas agradable. La tierra parece capaz de todas las producciones útiles : está regada por tres ríos y muchos arroyos.

Vine un dia al cabo Forward : tenia idea de seguir mas adelante ; pero el tiempo se puso tan malo, y la lluvia era tan violenta, que nos dimos por muy contentos de llegar al

cabo, donde encendimos una gran candelada para secar nuestra ropa que estaba mojada. Hacía tan poco que los indios se habían ido del sitio donde desembarcamos, que todavía estaban calientes los troncos que habían dejado á medio quemar. Apenas habíamos encendido fuego, divisamos otra hoguera en la orilla opuesta de la tierra de fuego. Probablemente sería alguna señal, que habríamos entendido si hubiésemos sido americanos. Despues de secar nuestros vestidos, y tomar algun alimento, atravesé el cabo para reconocer la dirección del estrecho, y conocí que era casi de Oeste-Noroeste. Las montañas me parecieron desde lejos de una altura inmensa, cortadas perpendicularmente y cubiertas de nieve desde su cima hasta abajo.

Hice tambien algunas incursiones á lo largo de la costa del Norte, y en muchas millas ofrecía el pais un aspecto capaz de mover la curiosidad de un viajero: el suelo en algunos sitios estaba cubierto de flores, en nadas inferiores á las que comunmente

se cultivan en nuestros jardines, ni por la variedad y hermosura de los colores, ni por el perfume que exhalaban. Creo que sin el rigor extremado de los inviernos, sería este país por medio del cultivo el mas bello del mundo. Cuando fondeamos en esta bahía, hice levantar á la entrada de un bosque una pequeña tienda, que se situó á la orilla de un río, en que estaban ocupados tres lavaderos. Se quedaron estos dormidos, y á poco de puesto el sol despertaron sobresaltados por los rugidos de algunas bestias feroces, aumentando el horror de su imaginación la oscuridad de la noche, y el hallarse abandonados en aquella soledad. Los ahullidos, que eran cada vez mas agudos, anuncianban que las bestias se iban acercando, y que cualquiera que fuese su especie, debian ser de una magnitud y de una fuerza capaces de inspirar terror. Se levantaron temblando, y encendieron fuego, que tuvieron gran cuidado de conservar. Este medio impidió que llegasen á la tienda aquellos terribles animales; pero estuvieron dan-

do vueltas árededor, y sin dejar de rugir de una manera horrible hasta que amaneció, que desaparecieron con gran contento de nuestros pobres marineros, que estaban muertos de miedo.

En este puerto, no lejos de donde estaba anclado el *Delfin*, hay una montaña cuyos árboles habian sido cortados, y creimos que en aquellos alrededores habian tenido los españoles en otro tiempo un establecimiento. Uno de la tripulacion, andando por esta montaña, observó que resonaba la tierra á sus pisadas, como si hubiese allí un subterráneo: pasó muchas veces por el mismo sitio, y reproduciéndose siempre el mismo efecto, presumió que podria haber allí alguna cosa enterrada. Cuando volvió á bordo me informó de lo que había observado. Me encaminé allá con algunos de la tripulacion, preparados con palas y azadones: abrimos un oyo bastante hondo, y no hallamos nada que diese á entender que hubiese allí habido alguna vez bóveda ni subterráneo, ni que

aun siquiera se huviese cavado la tierra. Cuando volvíamos, atravesando los bosques, encontramos dos cráneos de un grueso extraordinario, que segun la estructura de sus dientes, debian ser de algunas bestias carnívoras, aunque no pudimos determinar su especie.

Como ya no hacíamos nada en el puerto Famina, donde permanecimos hasta el 4 de enero, proveyéndonos muy cómodamente de leña y agua para los dos buques, único objeto que nos habia determinado á entrar en el estrecho, resolví volver al Océano para reconocer las islas de Falkland.

CAPÍTULO V.

Navegacion desde el puerto Famina hasta las islas de Falkland. — Descripcion de estas islas.

Aparejamos el 5 de enero á las cuatro de la mañana, y salimos de la bahía con un viento de Nornordeste que nos era contrario: continuó este viento hasta la una de la noche que cambió á Este Suroeste, y arreció considerablemente. Seguimos á Noroeste & Norte, y anduvimos el espacio de cuatro leguas, haciendo después tres leguas al Norte entre las islas de Santa Isabel y San Bartolomé; dejamos el cabo al Norte & Nordeste á tres leguas del segundo estrecho, que pasamos navegando á Nordeste & rumbo Este, siguiendo esta misma dirección desde el segundo estrecho hasta el primero, distancia de cerca de ocho leguas. El viento continuaba soplando con bastante fuerza, y llegamos al primer estrecho navegando contra la marea, y siguiendo la direc-

ción de Norte Nordeste. Pero á eso de las diez de la noche se calmó el viento, y la fuerza de la marea nos hizo recular hasta la entrada del primer estrecho, donde anclamos sobre cuarenta brazas de agua á poca distancia de la costa.

Al dia siguiente 6 á la una del dia, hallándome cansado, y no habiendo dejado la posición que ocupamos toda la noche y dias anteriores, entré en mi cámara para tomar algun reposo; pero no lo disfruté mucho tiempo. Al cabo de una hora me despertó el golpe que dió el buque sobre un banco. Al punto salté de mi cama y subí sobre cubierta, me convencí de que el buque había dado contra un banco muy duro. Por dicha nuestra reinaba una calma profunda. Hice echar los botes al agua para llevar un ancla á popa, donde había mas agua: el ancla tomó fondo, pero antes de poder virar, impidió el buque por la marea, obedeció al ancla.

Este banco, de que no hace mención ningun navegante, es tanto mas

peligroso, quanto que se encuentra sobre la misma ruta entre el cabo de las Vírgenes y el primer estrecho, precisamente á igual distancia de la costa septentrional que de la meridional. Tiene mas de dos leguas de estension sobre una anchura casi igual. Cuando estábamos sobre este banco, dejábamos el banco de posesion al Nordeste á tres leguas de distancia, y la embocadura del estrecho á la de dos leguas al Sudoeste. Muchos sitios de este banco se descubren en baja mar, y las olas golpean sobre otros muchos que parecen á flor de agua. Un buque que por un golpe de viento cayese sobre este escollo, naufragaria infaliblemente.

El 11, á eso de las siete de la noche, creí ver tierra por delante: como la *Thamar* se había quedado algunas leguas atras, reviré de bordo y me alejé sirviéndome de las velas menores.

Al dia siguiente 12 al amanecer, siendo como las cuatro de la mañana volví á ver tierra: ofrecia el as-

pecto de tres islas. Yo imaginé que fuesen las que había descubierto Sebald de Wert, pero acercándome conocí que las tierras que nos habían parecido separadas, estaban unidas entre sí por medio de una tierra mas baja, cuya curvatura formaba una profunda bahía. Apenas hice este descubrimiento rebiré de bordo y me dirigí ácia tierra: vi al mismo tiempo que se estendía á lo lejos por la parte de Sur, y no dudé ya de que fuesen las mismas que se marcan en los mapas con el nombre de *nuevas islas* (new-irlands). Navegando ácia esta bahía descubrí una larga cadena de rocas casi á flor de agua, que se estendía á mas de una legua al Norte de nosotros, y no tardamos en ver otra que se prolongaba entre la primera, y la que al principio me había parecido la tierra mas septentrional de las islas de Wert. Esta tierra, si se exceptúa la parte baja que no se descubre hasta que se está cerca, se compone de rocas escarpadas, cuyas cimas peladas se elevan á una altura prodigiosa, lo que la hace muy se-

mejante á la tierra de los estados. Cuando estuve bastante cerca para ver bien distintamente la tierra baja, me hallé en una bahía, y si hubiera sobrevenido un viento de Sudoeeste y soplado con alguna violencia, se hubiera alborotado tanto el mar que habría sido imposible acercarse á la costa. Los buques que naveguen en éstos parajes deben guardarse de dar en esta bahía. Los lobos marinos y las aves son aquí innumerables: vimos tambien muchas ballenas alrededor de nuestro buque, y había algunas de un tamaño enorme. Estábamos á los 51° , $27'$ de latitud Sur, y á los 63° , $54'$ de longitud Oeste. Pasamos la noche al pairo.

Al dia siguiente 13 al amanecer nos encaminamos á la parte septentrional de la isla por la costa que forma la bahía á donde habíamos llegado. Despues de andar cerca de cuatro millas al Este, sobrevino la calma y llovió con una violencia tremenda: algunos instantes despues se levantaron mas olas como yo no las había visto nunca: venian de Oea-

té y corrian elevándose con tal celeridad, que á cada momento estaba yo esperando violentos golpes de mar: me arrojaron rápidamente sobre la costa, y nos pusieron en una crítica situación. Por dicha nuestra se levantó un viento fresco de Sudeste, y nos ayudó mucho para alejarnos de la costa. Cuando estuvimos á alguria distancia, viendo que el cielo estaba cargado de espesas nubes, y que continuaba la lluvia con la misma fuerza, nos pusimos de costado. Nos hallábamos entonces á los 51° de latitud Sur, y 63° , $22'$ de longitud Oeste.

El lunes 14, habiéndose aclarado el tiempo y parado el viento á Sur Sudoeste, seguimos al Sudeste + Este y anduvimos cuatro millas por la costa: descubrimos una pequeña isla baja y llana, cubierta de altas y espesas yerbas que parecían un matarral: se hallaba al Sur, á dos ó tres leguas de distancia, y la tierra mas septentrional al Oeste á seis leguas próximas. Seguimos todavía la costa seis leguas mas, y descubri-

mos una isla baja y pedregosa, situada al Sudeste & Este, y distante cerca de cinco millas: me puse al paro, y nos dió la sonda cuarenta brazas de agua, fondo de arena blanca. Esta isla, distante cerca de tres leguas de la tierra que costeábamos, y que forma en este parage una bahía muy honda, está situada al Este & Nordeste de la otra isla, desde la cual habíamos visto los espesos matorrales. La mar se estrellaba á una gran distancia de la costa; pasamos la noche bordeando. Al dia siguiente 15 á las tres nos dirigimos á tierra para reconocer la bahía. A las seis teníamos al Oeste Sudoeste, y á unas tres millas, la punta oriental de la isla pedregosa. La costa que sigue á esta isla está situada al Este & Sudeste á la distancia de siete á ocho leguas, en que hay dos islas bajas que forman la tierra mas oriental que se descubre. A las ocho vimos al Este Sudeste, y á distancia de dos ó tres leguas, una abertura que tenía la apariencia de una bahía. Consiguiente á este descubrimiento, enviamos un

bote de cada buque para reconocer este sitio; pero habiendo arreciado el viento, anubládose el cielo, y llovido con la mayor violencia, costó un trabajo inmenso huir de las dos islas bajas que teníamos al Este. La mar estaba muy alborotada, y yo me temía mucho que esta tempestad nos fuese funesta, lo mismo que á nuestros botes que estaban á la merced de las olas. Pero á eso de las tres de la tarde se aclaró el cielo, y volví nuevamente sobre la abertura de que nos habíamos alejado contra nuestra voluntad. No tardé en descubrir un bote, aunque se hallaba á gran distancia, y bajo nuestro viento. Me encaminé inmediatamente ácia él, y era el bote de la *Thamar*, mandado por Mr. Grudman, segundo teniente, que despues de haber reconocido la abertura y tomado tierra, se esponia al mal tiempo y al ímpetu de las olas, para venir á informarme de que la abertura era una bahía muy cómoda. Inmediatamente nos encaminamos sobre esta bahía, y conocimos que escedía á cuanto se nos

habia dicho, y aun á cuanto podíamos esperar; la entrada no tiene menos de una milla de ancho, y en cualquier parte se puede anclar con seguridad. Esta bahía comprende dos mas pequeñas á babor, en que los buques pueden surgir con toda confianza: cada una de estas bahías está hermoseada por un arroyo que viene á reunírselle, y cuyas aguas son muy frescas. Poco despues entramos en una bahía de mayor estension que llamamos *puerto Egmont*, en honor del conde de Egmont, primer lord del almirantazgo. No creo que se pueda ver en el mundo un puerto mas hermoso: la entrada está al Sudeste, distante siete leguas de la isla baja y pedregosa, que puede ser muy útil á este puerto. Como á tres leguas al Oeste de la bahía hay una punta notable por la arena blanca de que está cubierta: un buque puede estar al ancla delante de esta punta esperando el momento favorable para penetrar en la bahía. Acercándose á esta punta arenisca, se ven al Este las dos islas bajas, sobre las cuales se

eleva una roca escarpada, que nos costó tanto trabajo evitar, cuanto la tempestad nos obligó á salir á alta mar; el puerto Egmont dista cerca de diez y seis leguas de la punta septentrional de estas dos islas.

Apenas anclamos se trajo á bordo el otro bote que se había quedado en la orilla cuando partió M. Hindman. Todos los buques de Inglaterra podrían fondear en esta bahía al abrigo de todos vientos: en la parte mas septentrional hay muchas islas, pero no se encuentra entre ellas paso para un navío. Fui con todo á reconocerlas con mi bote, y anduve hasta siete leguas de donde estaba anclado nuestro buque, y entré en un ancho paso, pero demasiado espeso á los vientos de Oeste para que se pudiese fondear con seguridad. El comandante de la Thamar, que había recorrido este sitio en su bote, me refirió que estaba lleno de escollos, y que aunque se pudiese fondear allí al abrigo de todos vientos, sería grande imprudencia esponerse á un peligro eminentemente. Muchos arroyos que

:

se descargan en esta bahía, hacen la aguada facil en todas partes. Los anzares, patos, cercetas y otras aves se encuentran en tal abundancia, que nuestras gentes estaban hartos de comerlas: era muy comun ver á un bote trayendo sesenta ó setenta anzares sin haber disparado un fusil, pues para matarlos bastaban las piedras. La falta de leña era aquí general, á excepcion de algunos troncos de árboles que flotan sobre la orilla, y que verosimilmente han ido del estrecho de Magallanes. Entre otros remedios efficaces contra el escorbuto, hay en abundancia el apio y la acedera silvestre; también se encuentra toda especie de marisco. Hay tantos lobos marinos y pinguinos, que no se puede andar sin verlos huir á cientos: se ven en las costas muchos leones marinos de una corpulencia enorme, este animal nos pareció formidable. Impensadamente me vi atacado una vez por uno de estos animales, y me costó mucho trabajo el poderme librar. Con frecuencia les dábamos caza, y uno solo de estos

terribles leones se defendió una vez mas de una hora contra doce caza-dores, antes que pudieran matarlo; tenía yo un escelente perro, muy valiente, pero una mordedura de uno de los leones lo dejó casi destrozado. No son estos los únicos animales temibles que hay en estas costas. El maestre á quien envié un dia á son-dear á lo largo de la costa meridio-nal me dijo, cuando volvió, que cuatro animales muy semejantes á los lobos, y de la mayor ferocidad, se habían acercado en el agua para ata-car la gente del bote, y que hallán-dose sin armas de fuego se habían visto obligados á huir á alta mar. Yo mismo bagé al dia siguiente á la cos-ta meridional, donde vimos al lle-gar un león de mar de un tamaño estupendo. Como íbamos armados no dudamos atacarlo. Durante el com-bate corrió sobre nosotros uno de los animales que se habían visto la vís-pera; pero cayó muerto al primer tiro que se disparó; sentí esto, por-que hubiera querido mas cogerlo vivo, que no hubiera sido difícil es-

tando prevenidos. Cuando á cierta distancia descubrian estos animales á nuestra gente, corrian sobre ellos; en este mismo dia se mataron hasta cinco. El cuadrúpedo á que nuestra tripulacion dió el nombre de lobo, es mucho mas parecido al zorro, excepto en el tamaño y en la hechura de la cola: tiene la altura de un perro comun, sus dientes son largos y asilados, se encuentran muchos en esta costa. No sería facil decir como han llegado allí, pues estas islas distan del continente cien leguas por lo menos. Abren sus cuevas como los zorros: alrededor de estos agujeros vimos muchas veces miembros de lobos marinos, y pieles de pingüinos á quienes devoran. Nuestra gente para deshacerse de estos animales ponian fuego á la yerba, y por muchos días estaba ardiendo todo el campo, era de ver entonces como corrian estos animales de una parte á otra buscando un asilo. En muchos sitios hice cavar la tierra á dos pies de profundidad para examinarla, y halle una tierra negra y desmoronable, y

bajo esta primera capa otra de una arcilla ligera.

Mientras permanecimos aquí establecimos sobre la costa la fragua de herrería, y nos proveimos de las obras que nos hacían falta. Se daba todos los días un excelente desayuno á la tripulación, que consistía en una sopa de harina de avena y apio silvestre. No limitamos nuestra atención á sola nuestras necesidades; el cirujano de la *Thamar* eligió un terreno próximo á un río, lo cercó de verjas y plantó diversas legumbres que pudiesen ser útiles á los que tocásen en aquel puerto. Yo tomé posesión de él y de las islas adyacentes, llamadas islas de *Falkland*, en nombre del rey de la Gran Bretaña. Parece cierto que estas islas sean la misma tierra á que Cowley ha dado el nombre de isla *Propys*.

En la relación que se ha publicado de su viaje se dice: »dirigimos nuestro rumbo al Sudoeste hasta que llegamos á la latitud de 47° en que vimos tierra al Este. Esta tierra hasta entonces desconocida, es una isla

inhabitada á que di el nombre de isla de *Pepys*. La hallé muy cómoda para los buques que llegasen allí á tomar agua y leña: tiene una hermosa bahía, donde pueden estar anclados mil buques con seguridad. Se vé un número prodigioso de aves, y juzgamos que la costa sería muy abundante de pescados, porque el fondo era de roca y arena."

A esta relación se añade un mapa de la isla *Pepys*, en que se dan nombres á los puntos y cabos mas notables. Con todo, parece que Cowley vió esta tierra solo de lejos porque añade: »la violencia del viento era tal, que fue imposible abordar á ella para hacer aguada: estábamos al Sur, y dirigimos nuestro rumbo al Sur-sudoeste hasta la latitud de 53°.» Es bien cierto que no cree la existencia de bosques en las islas de *Falkland*. Sin embargo, la isla *Pepys* y las islas *Falkland* pueden muy bien ser una misma tierra; porque asegura haber visto en las islas *Falkland* una cantidad inmensa de gladiolos y juncos, cuyos troncos elevados y jun-

tos presentan desde lejos la vista de un bosque. Tambien desde lejos creyeron los franceses que eran árboles estos grupos de juncos, y desembarcaron allí en 1764 como puede verse en la relacion que el abate Per mesty ha publicado de su viaje.

Se ha dicho que en el manuscrito que sirvió para la impresion del viaje de Cowley estaba marcada con cifras la latitud, y que hechas con descuido pueden tomarse lo mismo por cuarenta y siete que por cincuenta y uno; pero en estos parages no hay ninguna isla á 47° de latitud, y estando las islas de Falkland casi á los 51° , parece natural inferir que 51 es el número que se ha querido representar en el manuscrito. Se ha recurrido al Museo y se ha encontrado un diario manuscrito de Cowley. En él no hace ninguna mencion de una isla hasta entonces desconocida, á la que diese el nombre de *isla Pepys*, pero habla de una tierra que se halla á la latitud de $47^{\circ}, 40'$, expresados con todas sus letras, lo que corresponde exactamente á la descripcion

de la que se llama *isla Pepys* en la relacion impresa, y que Cowley supuso ser de las islas de Sebol de Wert. Se expresa en los términos siguientes: «Enero de 1683. En este mes llegamos á la latitud de $47^{\circ}, 40'$, y divisamos una isla que se hallaba al Oeste; como reinaba el viento Este-nordeste nos dirigimos á ella, pero como era muy tarde para acercarnos á tierra, pasamos la noche al pairo. La isla ofrecia un aspecto agradable, se descubrian bosques, y aun podría decirse que toda ella estaba cubierta de bosques. Al Este de la isla hay una roca que se descubre sobre el agua, en la que habia una gran multitud de aves del tamaño de anzores chicos. Nuestra gente tiraban á estas aves en el momento que pasaban por cima del buque; matamos muchas que se sirvieron en mi mesa: era un buen plato, á que encontramos únicamente un sabor de pescado. Hice vela al Sur á lo largo de la isla, y creí ver sobre la costa de Sudoeste un puerto cómodo para fondear. Hubiera querido echar un bote al agua

para reconocer este puerto; pero soplaban el viento con tal violencia que nos hubiéramos expuesto á un evidente peligro: continuando nuestro rumbo á lo largo de la costa, y con la sonda en la mano, nos dió ésta veinte y seis y veinte y siete brazas de agua, hasta que llegamos á un parage en que vimos flotar sobre el agua algunas de aquellas yerbas que arranca de las piedras, y entonces nos dió la sonda siete brazas. Temímos tocar si estábamos mas tiempo en un sitio en que había tan poca agua y fondo: el puerto me pareció de mucha estension, y capaz de quinientos buques. Su abertura es estrecha, y en cuanto pude observar hay poco fondo á lo largo de la costa septentrional; pero no dudo que sobre la del Sur se podrá costear con seguridad, porque es de presumir que en esta parte sea mayor el fondo; es necesario buscar un canal bastante profundo para que puedan entrar los buque en baja mar. Yo hubiera querido pasar toda la noche bajo el viento de esta isla, pero me representa-

ron que el objeto de nuestra navegacion no nos permitia divertirnos en hacer descubrimientos. Cerca de esta isla vimos otra aquella misma noche, y esto me hizo creer que aquellas islas serian tal vez las Sebaldes."

»Volvimos á seguir nuestra ruta al Oeste-sudoeste que no era sino el Sudoeste corregido: la aguja declinaba 22° ácia el Este, é hicimos vela en la misma direccion hasta que llegamos á la latitud de 53° ."

En el manuscrito, lo mismo que en la relacion impresa, se dice; que aquella isla está á los 47° de latitud; que se descubrió al Oeste del navío; que parecia cubierta de bosques; que se vió en ella un puerto en que podian anclar con seguridad un gran numero de buques, y qué habia una abundancia prodigiosa de aves. Parece, segun las dos relaciones, que el mal tiempo no permitió á Cowley saltar en tierra, y que siguió al Oeste Sudoeste, hasta que llegó á la latitud de 53° . Es, pues, cierto que Cowley, cuando volvió á Inglaterra, dió el nombre de la *isla Pepys* á la que

tuvo desde luego por la isla de Sebald de West, y seria facil dar muchas razones. Aunque la suposicion de un error de cifras no parezca un gran argumento, con todo, como no se encuentra tierra á los 47°, no se puede menos de creer que la tierra que vió Cowley no es otra que las islas Falkland. La descripcion del pais conviene en casi todas sus particulares, y el mapa que acompana á la relacion presenta esactamente la figura de aquellas islas con un estrecho que las divide por medio. El mapa de las islas Falkland se ha sacado de los diarios y diseños del capitán Macbrid, que fue enviado despues que volví yo á Inglaterra, y que tomó la altura de todos los puntos de la costa. Las dos principales islas fueron llamadas *islas Falkland*, por Strong, en el año de 1689: Strong es conocido por haber dado el nombre de *Falkland sound* á la parte del estrecho que las separa. Se conserva en el museo el manuscrito de este navegante.

Se cree que el primero que des-

cubrió estas islas fue el capitán Daries, asociado á Covendisk en 1593. Sir Ricardo Hawkins vió en 1594 una tierra que se supone ser la misma, y á que en honor de su soberana la reina Isabel, le dió el nombre de *Virginia de Hawkins*. Mucho tiempo despues fueron descubiertas por unos buques franceses que estaban en San Malo: y probablemente por esta razon las llamó Frezier las Maluinas; cuyo nombre les han conservado los españoles.

Despues de haber permanecido en la bahía, que yo había llamado *puerto Egmont*, hasta el domingo 27 de enero, estando el viento al Oeste Sudoeste, aparejamos á las ocho de la mañana, pero apenas habíamos salido del puerto cuando arreció el viento considerablemente, y se formó una bruma tan espesa, que no podíamos ver las islas pedregosas de que he hablado. Hubiera querido mejor haber permanecido al ancla en el puerto que acababa de dejar; pero vi, con mucha satisfaccion mia, que en un momento se aclaró el tiempo:

el viento permaneció todo el dia muy fresco. A las nueve dejamos al Este-sudeste, y á dos leguas de distancia, la entrada de la bahía del puerto Egmont, las dos islas bajas al Nordeste \pm Norte, distantes de tres á cuatro millas, y la isla Pedregosa al Oeste 5° , $30'$ Norte y á tres leguas de distancia. A las diez teníamos las dos islas bajas al Sur-sudeste, distantes de cuatro á cinco millas, y seguimos la costa oriental. Despues de haber andado cerca de cinco leguas, avistamos un cabo de consideracion y una roca inmediata á él situada al Este-sudeste 3° Este, y á tres leguas de distancia. Dí á este cabo el nombre de *cabo Thamar*. Descubrimos despues una roca casi á cinco millas de la tierra al Nordeste, y á la distancia de cuatro á cinco leguas: la nombré *Edistone*. En seguida me dirigí entre esta roca y un cabo que recibió el nombre de *cabo Delfin*, y anduvimos cinco leguas en la dirección de Este-nordeste. Desde el *cabo Thamar* hasta el *cabo Delfin*, distancia de cerca de ocho leguas, forma la tier-

ra, segun me pareció, un gran fondeadero, que llame *canal de Carlisle*; pero no tardamos en conocer que este fondeadero era la entrada del estrecho que separa las dos principales islas. Desde el cabo Delsin seguimos á lo largo de la costa en la dirección de Este & Nordeste, y anduvimos el espacio de seis leguas hasta una punta de tierra baja y llana. Durante toda esta navegacion se asemejaba la tierra en su mayor parte á la costa oriental de los patagones. No presenta á la vista mas que mogote sin un árbol siquiera y en diversos sitios, altos y espesos, juncos y glandiolos, como habíamos visto en el puerto Egmont. Me atrevo á responder de la esactitud de esto, porque he recorrido la costa á la distancia de dos millas, y si hubiese habido un solo arbusto del tamaño de un grossellero no se me habria escapado.

El lunes 28 á las cuatro de la mañana nos dimos á la vela: la punta de tierra baja la dejamos al Sudeste & Este, distante cinco leguas, y á las cinco y media al Sur Sudeste, á

dos leguas de distancia: desde allí anduvimos al Este-sudeste el espacio de cinco leguas hasta llegar á tres islas bajas que distaban de tierra cerca de dos millas. Desde estas islas anduvimos al Sur-sudeste el espacio de cuatro leguas hasta otras dos islas bajas que distaban de tierra cerca de una milla. Entre estas islas forma la tierra un gran fondeadero que nombré *canal de Berkeley*. Desde su parte meridional se descubre una abertura que tiene la apariencia de una bahía á las tres ó cuatro millas al Sur de su punta meridional, y á la distancia de cerca de cuatro millas del continente se elevan sobre el agua unas rocas donde se estrellan las olas furiosamente. Cuando llegamos á la altura de estos escollos, tomamos al Sudeste + Sur, e hicimos cerca de dos leguas: entonces la tierra mas meridional que veíamos, y que yo tuve por la parte mas meridional de las islas Falkland, la dejamos al Oeste-Sudoeste, á cinco leguas de distancia.

La costa principiaba á ponerse muy peligrosa, se encontraban á esta

altura rocas y escollos en casi todas direcciones y á una gran distancia de la playa. El pais presentaba tambien un aspecto salvage, y no ofrecia otra cosa que una costa árida y asolada; las tierras mas elevadas son rocas escarpadas, cuya vista es tan horrorosa como la que presenta la tierra de Fuago en las inmediaciones del cabo de Hornos. Como la mar estaba tan alborotada, temia no nos arrojase sobre la costa que teníamos bajo el viento, y de donde para salir hubiéramos sufrido todas las penas del mundo; por consiguiente reviré de bordo siguiendo el viento, dejando el cabo al Norte. Hasta entonces habíamos seguido la costa cerca de setenta leguas, estension muy considerable: ácia el mediodia, habiendo apretado el viento, me encaminé al Norte.

CAPÍTULO VI.

Abordan al puerto Deseado. — Segunda entra-
da en el estrecho de Magallanes. — Nave-
gacion hasta el cabo Monday. — Descrip-
cion de las bahías y puertos que se hallan
en el estrecho.

Continuamos á la vela ácia el puer-
to Deseado hasta el 6 de febrero en
que avistamos tierra á la una del
dia, y nos encaminamos al puerto.
En la travesía desde las islas de Fal-
kland hasta este puerto, era tan
grande el número de ballenas que
rodeaban nuestro buque, que haciau
peligrosa la navegacion. Estuvimos
á punto de dar sobre uno de estos
enormes animales: otro viento arro-
jó una cantidad de agua sobre cu-
bierta. Al acercarnos al puerto des-
cubrí *la Florida*, buque que yo espe-
raba de Inglaterra, destinado á traer-
me los víveres necesarios para tan
larga navegacion. A las cuatro vini-
mos á sondear á la altura de la em-

bocadura del puerto Deseado. Al dia siguiente y por la mañana, M. Dean, comandante del buque que me traía provisiones, pasó á mi bordo. Informado de que su palo de mesana estaba maltratado, y de que todo el buque se hallaba en muy mal estado, me determiné á entrar en el puerto para descargarlo, aunque la poca anchura del canal y la rapidez y violencia de la marea hacen este fondeadero muy peligroso. Entramos en el puerto al anochecer, y tuvimos toda la noche un viento fuerte. Como la *Thamar* y la *Florida* hicieron señas de apuro, les envié inmediatamente mis boles. Habian garrado estos dos buques y corrian peligro de ser arrojados contra la costa. Se consiguió, aunque con gran dificultad, sacarlos del peligro, y en aquella misma noche experimentaron por segunda vez el mismo apuro, de que los libraron nuestros socorros. El peligro á que estaba expuesta á cada instante la *Florida* en esta bahía, me obligó á abandonar el designo de descargarla, y le envié todos nuestros carpinteros para

que hiciesen las obras que juzgasen necesarias. Le facilité tambien mi fragua para diversas obras de hierro que necesitaban, y resolví pasar apenas estuviese en estado de navegar á algun puerto del estrecho de Magallanes, donde podríamos tomar á bordo las provisiones que traía. Entre tanto M. Mouat, capitán de la *Thamar*, me informó de que su timon estaba muy maltratado, y que dentro de poco no podria hacer uso de él. Envié al carpintero del *Delfín* á bordo de la *Thamar* para que examinase el timon, y me informó que lo encontraba en tan mal estado, que no creía que podría continuar este buque su viaje sin tener otro nuevo; pero era imposible proporcionárselo. Encargué, pues, á M. Mouat que pusiese su fragua sobre la costa para asegurar el timon con abrazaderas de hierro lo mejor que fuese posible, hasta que se encontrase en el estrecho un trozo de madera á propósito para hacer otro mejor.

El 13, reparada ya la *Florida*, hi-

ce pasar á su bordo á uno de mis oficiales subalternos, que tenía un perfecto conocimiento del estrecho, con tres ó cuatro de mis marineros para ayudarla á maniobrar: le dí dos de mis botes, y tomé los suyos que fueron reparados á bordo: mandé á su capitán que aparejase, y que hiciese todo lo posible por ganar el puerto Famina. Estaba yo seguro de reunirme con ella mucho antes de su llegada. Al dia siguiente 14 por la mañana salimos del puerto Descadado, y algunas horas despues, estando á la altura de la isla de los Pingüinos, vimos á la *Florida* muy á lo lejos al Este.

El 16 á las seis de la mañana avistamos el cabo de *Beautemps* al Oeste Sudoeste, á cinco ó seis leguas de distancia; y á las nueve descubrimos un buque al Noroeste. El 17 á las seis de la mañana distinguimos el cabo de las Vírgenes, que lo teníamos al Sur á cinco leguas de distancia; nos dirigimos á él, y el buque que habíamos visto tomó el mismo rumbo.

El 18 llegamos al estrecho y pasamos la primera entrada. Acabé de conocer que el buque que habíamos visto llevaba exactamente el mismo rumbo que nosotros, forzando y disminuyendo velas para seguir nuestra ruta: lo que me causó sospechas. Despues de haber pasado la primera entrada, habiendo puesto mi buque de costado para esperar á la *Florida*, que se había quedado muy atrás, creí que tal vez se propondria oponerse á nuestra navegacion, y me preparé á la defensa: desde que pasó la primera entrada se situó de la misma manera, y á la distancia de cerca de cuatro millas, teniendo sobre nosotros la ventaja del viento. Permanecimos en la misma posicion hasta la noche, que habiéndonos llevado la marea sobre la costa meridional, anclamos en ella. Por la noche cambió el viento, y la primera luz del dia nos dejó ver á nuestro satélite al ancla, y á tres leguas próximas bajo nuestro viento: estaba la marea en creciente, y quise aprovecharme de ella para parar á la segunda entrada del estrecho, pero vien-

do que el buque desconocido se daba á la vela y nos seguia , gané inmediatamente el cabo Gregorio , donde hice fondo. Mandé subir ocho cañones sobre cubierta , y dispuse que se colocasen en un solo costado : entre tanto se acercaba el buque sin enarbolar su pabellon , como habíamos hecho nosotros , lo que dió lugar á diferentes conjeturas. A este mismo tiempo maniobrando la *Florida* para venir á sondear cerca de nosotros , dió en un banco de arena y quedó encallada. A vista del peligro que corría este buque , el extranjero , que estaba muy cerca de él , ancló , enarbóló el pabellon francés , echó dos botes al agua y los envió con un ancla para socorrer á la *Florida*. Inmediatamente deslaqué dos de mis botes y uno de la *Thumar* para que fuesen á socorrerla , con orden á los oficiales de que agradeciendo á los franceses su buena voluntad no les permitiesen subir á bordo. Estas órdenes fueron ejecutadas puntualmente , y no tardaron nuestros botes en sacar al agua el buque que nos traia provisiones. Se me informó , cuando volvieron nuestros

botes, de que parecia que el buque francés traia á bordo una numerosa tripulacion y muchos oficiales.

A las seis de la tarde mandé apartar; atravesamos la segunda entra- da del estrecho, y á las diez doblamos la punta occidental de su salida: á las once anclamos á la altura de la isla de Santa Isabel. Al mismo tiempo fon- deó el buque francés en un sitio poco seguro, al Sur de la isla San Bartolo- mé, lo que me dió á entender que no tenia un perfecto conocimiento del canal.

Al dia siguiente 19 á las seis de la mañana levamos ancla, nos dimos á la vela navegando con un viento de Noroeste por entre las islas de Santa Isabel y San Bartolomé; anduvimos despues al Sur Sudeste el espacio de cinco á seis millas, y pasamos cerca de un mogote cubierto de ova. Este mogote está situado al Oeste Sudoeste con el centro de la isla Jorge, de que dista cinco ó seis millas. Al me- diodia dejamos al Oeste + Noroeste la punta septentrional de la bahía de Agua dulce, y la punta de Santa Ana

al Sur & Sudeste & rumbo al Este. Todavía parecía que el buque francés seguía la misma ruta, y creímos que vendría de las islas Falkland, en que los franceses tenían en aquel tiempo un establecimiento para cargar madera ó reconocer el estrecho. El resto de este día y el siguiente 20 por la mañana reinó un viento vario con intervalos de calma; esto me hizo tomar el partido por la tarde de pasar á las inmediaciones de la punta de Santa Ana, y desde allí al puerto Famina. A las seis anclamos, y á poco pasó por delante de nosotros el buque francés, dirigiendo su ruta al Sur.

Permanecimos hasta el 25 en este puerto, y después de haber pasado á bordo de nuestros buques todas las provisiones que nos había traído la *Florida*, di orden á su capitán de que se volviese á Inglaterra, apenas se hallase en disposición de navegar. Mandé aparejar y salí del puerto Famina con la *Thamar*, pues quería salir del estrecho antes que la estación estuviese más adelantada.

A las tres de la tarde pasamos cer-

ca del buque francés que se hallaba en una pequeña bahía , al Sur de la punta Shutap en que estaba amarrado y de manera que la popa casi tocaba á tierra: en los dos lados vimos montones de la madera que habian cortado. Me certifiqué entonces de que su objeto era cargar madera para la naciente colonia de las islas Falkland, aunque no podia concebir cómo se habia internado tanto en el estrecho no llevando otro designio. Cuando volví á Inglaterra supe que este buque era el *Aguila* , mandado por Mr. de Bougainville , y que su navegacion por el estrecho habia tenido efectivamente por objeto cortar la madera necesaria para la nueva colonia de las islas Falkland. Desde el cabo Shutap hasta el cabo Forward anduvimos al Sudeste & Sur la distancia de siete laguas: á las ocho de la noche dejamos el cabo Forward al Nordeste & rumbo al Oeste á la distancia de cerca de una milla, y pasamos la noche al parlo.

En este sitio tiene el estrecho cerca de ocho millas de ancho: á la altura del cabo Forward teníamos cu-

:

renta brazas de agua á corta distancia de la costa. El 26 á eso de las cuatro de la mañana nos dimos á la vela: había muy poco viento, y anduvo casi alrededor de la brújula. A las ocho teníamos el cabo Forward al Noreste \pm Este y á la distancia de cuatro millas; y el cabo Holland al Oeste Noroeste \pm rumbo al Oeste á una distancia de cinco leguas. A las diez tuvimos un viento fresco de Oeste Noroeste, y de cuando en cuando unas ráfagas repentinas y de tal violencia que teníamos que arriar velas; con todo nos mantuvimos contra el viento, buscando con la vista un parage en que poder anclar, y haciendo al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para llegar á una bahía que se halla casi á dos leguas y al Sur del cabo Forward. A las cinco envié un oficial en un bote para que fondease esta bahía: la halló muy á propósito para fondear, entramos en ella, y á eso de las seis anclamos sobre nueve brazas de agua: el cabo Forward quedó al Este \pm rumbo al Sur, á cuatro millas de distancia; un islote que está en me-

:

dio de la bahía y á una milla próxima de la costa al Este & Sudeste y á una milla de distancia; y un arroyo de agua fresca al Noroeste & Oeste á $\frac{1}{2}$ de milla.

El dia siguiente 27 á las seis de la mañana proseguimos nuestra ruta por el estrecho. Del cabo Holland al cabo Galant, distancia de cerca de cinco leguas, se estiende la costa al Oeste & rumbo al Sur de la brújula. El cabo Galant es muy elevado y perpendicular: entre este cabo y el cabo Holland se halla un estrecho de cerca de tres leguas de ancho, llamado *Elisabesk-Reahc* (poder de Isabel). A cuatro millas próximas al Sur del cabo Galant hay una isla conocida con el nombre de isla *Carlos*, al Norte de la cual es preciso mantenerse. Nos dimos á la vela, y seguimos la costa septentrional á la distancia de cerca de doce millas; alguna vez nos acercamos mas. Un poco al Este del cabo Galant hay una hermosa bahía arenosa, llamada *bahía de Wood*, y que tiene muy buen fondeadero. Las montañas que rodean el estrecho por los dos lados, son segun mi parecer, las mas altas y hor-

torosas que se pueden ver á excepcion tal vez de las cordilleras: son muy escarpadas, y estan por todas partes herizadas de puntas, y cubiertas de nieves desde su cima hasta su base.

Desde el cabo Galant sigue la costa al Oeste & Noroeste por cerca de tres leguas hasta la punta de Pasaje, que forma la puerta Este de la bahía Isabel: es una tierra baja de donde parte un mogote que se estiende á lo ancho. Entre esta punta y el cabo Galant hay muchas islas, entre las cuales hay algunas muy pequeñas; pero la mas oriental, que es la isla Carlos, ya citada, tiene dos leguas de largo: otra es la isla de Montmuth; y la mas occidental la isla Ruperto: esta última está al Sur & Sudeste con la punta de Pasaje. Estas islas hacen muy estrecho el canal, porque entre la isla Ruperto y la Punta de Pasaje no hay mas que dos millas de ancho. Es preciso navegar al Norte de todas estas islas, sin alejarse de la costa septentrional: nos dimos á la vela siguiendo esta costa y á muy poca distancia de ella. A las

seis de la tarde cambió el viento á Oeste y nos encaminamos á la bahía Isabel, donde fondeamos. En esta bahía desagua un arroyo de escelente agua.

El 1.^o de marzo levamos ancla á las cinco de la mañana, y á las siete estábamos á la altura de la bahía Musela, que se halla en la costa meridional, al Oeste de la bahía Isabel, y á una legua de distancia: á las ocho nos hallamos al través del río Batchelar, situado en la costa del Norte, á dos leguas de distancia, y al Noroeste del Norte de la bahía Isabel; á las nueve llegamos á la altura del canal San Gerónimo, cuya embocadura está á una legua próxima del río Batchelar: dejamos este río al Noroeste cuando llegamos al través de la embocadura del canal: continuamos entonces al Oeste Sudoeste de la brújula para llegar al cabo *Quad*, distante tres leguas de la punta más meridional del canal San Gerónimo. Entre la bahía Isabel y el cabo *Quad* hay un fondeadero de cerca de cuatro millas de ancho, llamado *Croockd-*

Reach; al Oeste del canal San Gerónimo, vimos tres ó cuatro hogueras en la costa septentrional, y poco después vinieron ácia nosotros dos ó tres piraguas.

Al mediodia llegaron á nuestro buque las piraguas, dieron vueltas alrededor por algun tiempo, y de solo una se atrevieron los que remaban á subir á bordo. Las piraguas eran de corteza de árboles, y de una construcción muy viciosa. Los americanos eran siete; entre ellos dos mujeres y un niño. Yo no habia visto nunca criaturas tan miserables: no traían mas vestido que una piel muy hedionda de lobo marino puesta sobre los hombros: estaban armados de arcos y flechas que me ofrecieron por algunas cuentas de collar y otras bagatelas: las flechas de dos pies de largo eran de caña, y armadas de una piedra verdosa: los arcos tenian tres pies de largo.

A la noche vinimos á fondear cerca del río Batchetar. Mientras que estuvimos anclados vinieron á visitarnos muchos americanos: les rega-

lé á todos cuentas de abalorios, cintas y otras cosas de poco valor, de que parecian encantados. Salté en tierra y los pagué las visitas llevando solo conmigo algunos de mis oficiales, por no asustarlos con la mucha gente. Nos recibieron con todas las expresiones de amistad, y se apresuraron á presentarnos algunas frutas que habian cogido para nosotros: estas frutas con algunas almejas nos parecian que hacian casi toda su subsistencia.

El 2 á las cinco de la mañana aparejamos y navegamos favorecidos por la creciente; pero á las diez, sorprendidos por la calma y la corriente que nos arrojaron al Este, echamos un ancla al agua, mas arriba de un banco que está á una media milla de la costa septentrional. A las dos de la noche fue arrojado el navío, y nos apresuramos á levar ancla. A las diez nos encontramos con que la marea se mudaba al Este, y en su consecuencia enviamos un bote para buscar un fondeadero, que se halló en una bahía, en la costa septentrional,

al Este del cabo Quad, de que dista cerca de cuatro millas y tiene en sus alrededores algunos islotes: hicimos los esfuerzos posibles para llegar á esta bahía; pero no pudimos vencer la fuerza de la marea que venia de aquella parte con el mayor ímpetu: á mediodia nos encaminamos sobre la rada de York, situada á la embocadura del rio Batchelar, donde anclamos á la una.

Al dia siguiente 4, á las seis de la mañana, aparejamos y salimos de la bahía con la marea, cuya dirección era la misma que el dia anterior; pero no habiendo encontrado un sitio á propósito para fondear, vinimos al mediodia á tomar la misma posición que teníamos antes: aproveché esta ocasión para reconocer el rio Batchelar. Me embarqué y subí por el rio, andando el espacio de cuatro millas: en algunos sitios lo hallé ancho y hondo; el agua es buena: pero hay tan poca cerca de su embocadura en baja mar, que al mas pequeño bote le sería difícil pasar sin tocar.

Al otro dia 5, á las seis de la mañana, volvimos á darnos á la vela: á las ocho hizo tal calma que nos vimos obligados á que nos llevaran á remolque nuestros buques de remo: á eso de las once principió la marea; pero se dirigia al Oeste con tal fuerza, que no pudimos ganar la bahía que el dia anterior habia reconocido nuestro bote en la costa septentrional: es un escelente surgidero, en que seis buques pueden anclar cómodamente. Tuvimos, pues, que fondear junto á un banco: dejamos al Oeste-sudoeste, y á la distancia de cinco á seis millas el cabo Quad, la punta meridional de la isla, que está al Este del cabo en la misma dirección, y una roca de consideracion en la costa septentrional al Norte + rumbo al Oeste, y á una media milla de distancia. Apenas anclamos, envié un oficial que buscase una bahía en la parte de Oeste; pero fue en vano.

Estuvimos en calma el resto del dia y toda la noche. Al dia siguiente á las seis de la mañana levamos an-

cla, y tratamos de navegar al Oeste, haciéndonos llevar á remolque por nuestros buques remeros. En esta situación envié por segunda vez nuestros botes á que buscaran un surgidero: no tardamos en seguirlos para ir á anclar en una pequeña bahía delante del cabo Quad: fondeamos allí, y encontramos una gran abundancia de mariscos de especies diferentes. La *Thamar*, que no había podido seguirnos de cerca, no entró en la bahía hasta las dos, y fondeó en la costa septentrional á unas seis millas, y al Este del cabo Quad. Toda esta noche tuvimos una calma completa; pero el 7 por la mañana sopló el viento por la parte de Oeste, y levantamos ancla á eso de las ocho. A mediodía teníamos el cabo Quad al Este + Sudeste, de dos á tres leguas de distancia, y el cabo Monday que es la tierra mas occidental que se descubre en la costa del Sur, al Oeste + Noroeste, y á la distancia de diez á once leguas. Esta parte del estrecho se estiende al Oeste-Nordeste + rumbo Oeste de la brújula, y su anchura

es de cerca de cuatro millas. El canal está cubierto por ambos lados de montañas que no son mas que rocas escarpadas, cuyas cimas coronadas de eternas nieves se elevan hasta las nubes, ofreciendo la vista de un montón inmenso de ruinas: no se puede figurar un espectáculo mas horroroso.

A la una del dia ancló la *Thamar* en la bahía la costa meridional, opuesta al cabo Quad que acabábamos de dejar, y proseguimos navegando hasta las siete de la noche, que vinimos á surgir en una pequeña bahía, cuyo fondo es muy bueno, y que se halla al Oeste y á cinco leguas próximas del cabo Quad. Se distingue esta bahía por dos grandes rocas, que se elevan sobre el agua y una punta de tierra baja, que forma la parte oriental de la bahía. El anclaje está entre las dos rocas al Oeste. En baja mar se descubre una pequeña roca entre mogotes de arena, y á la distancia de dos cables próximamente. Esta bahía no es capaz mas que de un solo buque, y si llega-

se mas de uno, pueden surgir fuera un poco mas lejos, donde se encuentra mas fondo. Reinó la calma por toda la noche, y la admósfera se oscureció con la mucha neblina; pero aclaró á eso de las diez de la mañana del 8, y me fuí á tierra. Encontré mucho marisco, y ninguna señal de haber habitantes. Por la tarde, mientras que la gente de la tripulacion se ocupaba en hacer aguada, fuí á visitar un gran lago situado alrededor de la roca mas occidental: á la entrada hallé una soberbia cascada, y en la parte de Este muchas ensenadas pequeñas donde podian anclar buques de primer orden con toda seguridad. No vimos ninguna otra cosa digna de notarse. Despues de haber llenado nuestro bote de almejas muy grandes, nos volvimos á bordo.

Al dia siguiente 9 á las siete aparejamos y salimos de la bahía, haciendo nos llevar á remolque por un bote; divisamos á la *Thamar* que nos seguia de muy lejos. A las seis de la tarde habíamos pasado el cabo Monday, y á las seis de la mañana del

dia siguiente 10 dejamos al Este & Sudeste á tres leguas de distancia el cabo Upright. Del cabo Monday al cabo Upright, uno y otro en la costa meridional y á una distancia de cerca de cinco leguas, la ruta es al Oeste & Noroeste de la brújula; en los dos lados no presenta la costa mas que una cadena de rocas. A las siete estaba el cielo cargado de espesas nubes, y de repente vimos delante de nosotros una cadena de escollos. Estábamos tan cerca, que solo tuvimos tiempo para revirar de bordo; sin esta maniobra todos hubiéramos perecido sin salvarse ninguno. Estos temibles escollos estan á gran distancia de la costa meridional, á tres leguas de distancia, y al Norte del cabo Upright. A las 9 aclaró, y pasamos el cabo á muy corta distancia de la costa meridional, esperando hallar un parage donde anclar. A las nueve una espesa bruma con una violenta granizada, acompañada de gran lluvia, nos hicieron ir hasta el cabo Monday sin encontrar un surgidero, que continuamos buscando cami-

nando siempre á lo largo de la costa meridional. Pronto llegó á nuestras aguas la *Thamar*, que toda la noche había estado á siete leguas bajo nuestro viento. A las once de la noche fondeamos en una bahía profunda, casi á tres leguas al Este del cabo Monday. Anclamos cerca de una isla al fin de la bahía, pero el mar nos echó fuera antes que el buque obedeciese al ancla que despues llegó á fondo bajo cincuenta brazas de agua. Las puntas que forman la entrada de la bahía estaban al Noroeste y Nordeste $\frac{1}{2}$ Este; y la isla al Oeste $\frac{1}{2}$ rumbo Sur. Recogimos todo un cable, y el ancla estaba cerca de la costa mas próxima.

A la noche tuvimos vientos recios de Oeste acompañados de una fuerte granizada y de abundantes lluvias. El 11 por la mañana se moderó el viento, pero el cielo permaneció oscuro y la lluvia continuó. Alrededor nuestro se levantaban grandes olas que se estrellaban con furia contra las próximas rocas: esto me obligó á levar ancla y á navegar hasta un

banco donde estaba anclada la *Thamar*. Volvimos á anclar.

En medio de la bahía hay un estanque capaz de contener siete buques al abrigo de todos vientos. Permanecimos allí hasta el viernes próximo 15, y en todo este tiempo estuvo el viento en tormenta, experimentándose una tempestad continua, con brumas impenetrables y una lluvia constante.

El 12 envíe un bote armado á las órdenes de un oficial para reconocer los diferentes surgideros que se encuentran en la costa del Sur. El 14 volvió el bote con la noticia de que desde donde estábamos al cabo Upright había cinco bahías en que podríamos anclar con seguridad: me informó el oficial de que cerca del cabo Upright había encontrado unos americanos que le habían dado un perro, y que una de las mujeres le había ofrecido un niño que llevaba en sus brazos. Es escusado decir que esta singular oferta no fue admitida, pero ella prueba al menos ó una gran depravación, que ha estinguido en el

corazon de estos salvajes los sentimientos mas naturales, ó una miseria estremada superior á la misma naturaleza.

Durante el mal tiempo cubrió la nieve todas las montañas, cuyas desnudas rocas habíamos visto al llegar, y de repente el invierno tomó posesion de estas tristes comarcas. Los pobres marineros se veían sin vestidos, espuestos á los rigores del frio, y maltratados casi siempre por la lluvia. Hice distribuir á la tripulacion y á los oficiales chaquetones de paño grueso, lo que les sirvió mucho en esta ocasion.

El 15 á las ocho de la mañana mandé aparejar y nos hicimos á la vela. A las tres de la tarde nos encontrábamos todavía á la altura del cabo Monday, y á las cinco vinimos á anclar en una bahía sobre la orilla oriental de este cabo, dejando su punta al Noroeste, y á una media milla de distancia, y teniendo al Norte & Noroeste las puntas que forman la entrada de la bahía al Este: estábamos muy cerca de la costa mas

próxima, que era una isla baja entre el cabo y nuestro buque.

A las seis de la mañana del 16 aparejamos. El viento estaba al Oeste Noroeste, y la lluvia continuaba. A las ocho la fuerza de la corriente nos llevó ácia el Este, y á mediodia teníamos el cabo Monday al Oestenoroste, á dos millas de distancia. La *Thamar*, que estaba bajo el viento, volvió á ganar la bahía y á anclar en ella. En cuanto á nosotros persistimos, aunque inutilmente, en mantenernos; todas las bordadas nos eran contrarias. A las dos volvimos á anclar sobre la costa del Sur al Este del cabo Monday, y á cinco millas próximas de distancia. A las tres nos hicimos otra vez á la vela, porque nuestros botes que habian sondeado alrededor del buque habian encontrado fondo de roca. La lluvia era siempre fuerte; continuamos luchando contra los vientos de Noroeste el resto del dia y la noche; todo el mundo estaba sobre cubierta. No había uno de nosotros que no estuviese calado completamente, porque además de la

lluvia venian á inundarnos las olas.

El dia 17 vino á convencernos, con mucho disgusto nuestro, de que todos nuestros esfuerzos no habian podido impedirnos que volviésemos atras: á cada bordada perdíamos terreno á causa de la corriente, cuya violencia nos arrancaba continuamente ácia el Este. A las ocho tomamos el partido de dirigirnos á la bahía de que habíamos salido el 15, y donde á las nueve volvimos á anclar.

El 18 y 19 estuvo el tiempo muy malo, y el viento en tormenta: tuvimos frecuentes ráfagas y violentas granizadas acompañadas de lluvia. Sin embargo, hice salir un bote armado á las órdenes de un oficial, para descubrir alguna bahía en la costa septentrional; pero volvió sin haber descubierto nada. El 20 sufrimos un golpe de viento terrible; se soltó nuestro buqué, y el ancla que se desprendió del banco cayó bajo cuarenta brazas de agua: nos dimos prisa á sacarla y á volver nuestro buque junto al banco.

El dia siguiente 21 á las ocho varió el viento de Oeste-noroeste á Sudoeste ; aparejamos y salimos otra vez de la bahía. La corriente seguía siempre ácia el Este con la misma fuerza ; con todo, á mediodia nos encontramos que habíamos andado milla y media en una dirección opuesta. El viento principió entonces á variar de Sudoeste á Noroeste, y á las cinco había el buque ganado al viento cerca de cuatro millas ; pero no se presentaba ningun surgidero á donde pudiésemos llegar, y habiendo calmado el viento fuimos impelidos al Este con toda la fuerza de la corriente. A las seis conseguimos surgir sobre muy buen fondo en una bahía situada al Oeste y á dos millas próximas de la otra de donde habíamos salido por la mañana. Pasamos una noche muy desagradable. La mar estaba tan alborotada, y nos hallábamos en una situación tan penosa, que aunque continuase el viento Oeste-sudoeste, levamos ancla al dia siguiente 22 á las ocho de la mañana y seguimos nuestra ruta. A la cor-

riente y vientos contrarios se aumentaba una lluvia continua para agravar nuestros males. Tantos motivos, capaces de desanimar á cualquiera, no pudieron entiviar el ardor de nuestros marineros que estaban empapados en agua. No los abandonó un instante la alegría, y gozaban todos, como no podria esperarse, de la mejor salud.

En este mismo dia tuvimos en fin la satisfaccion de que la corriente se dirigiese al Oeste y nos apresuramos á aprovecharla. A las seis de la tarde fondeamos en la bahía que está en la orilla oriental del cabo Monday, donde estaba anclada la *Thámar*. En esta bahía es muy seguro el anclage, su fondo es escelente, y dos ó tres navíos de línea tienen donde amarrar.

CAPÍTULO VII.

Navegacion desde el cabo Monday hasta la salida del estrecho de Magallanes. — Observaciones generales sobre la navegacion de este estrecho.

El 23 á las ocho de la mañana aparejamos y nos dimos á la vela para entrar en el mar del Sur, de donde venian tan grandes olas cual yo no habia visto nunca. A las cuatro de la tarde fondeamos en una bahía muy segura, en medio de la cual se encuentra un canal profundo que pude servir para reconocerla. Se halla al Este del cabo Upright y casi á una legua de distancia del mismo: anclamos en ella. Dejamos las dos puntas de la entrada, la una al N. O. y la otra al N. E. & E. y el cabo Upright al O. N. O. cerca de una isla baja que forma la bahía.

El 24 á las tres de la mañana envié un bote armado á las órdenes

de un oficial, para buscar al Oeste algun surgidero, pero volvió á las cuatro de la tarde sin haber podido doblar el cabo Upright.

Al dia siguiente 25 hice salir los botes para hacer descubrimientos al Oeste: volvieron á las cuatro horas diciendo que habian andado cerca de cuatro leguas, y que habian encontrado dos bahías, en que se podía anclar, pero que ni una ni otra ofrecian un escelente fondeadero. Continuamos nuestra ruta el dia siguiente 26 á las ocho de la mañana, y á las tres horas teníamos el cabo Upright al E. S. E. á tres leguas próximas, y un cabo de consideracion en la costa septentrional al N. E. á la distancia de cuatro á cinco millas. Este cabo muy elevado y perpendicular está situado, segun la brújula, al N. N. O. con el cabo Upright del que dista tres leguas. La costa del Sur presenta en este sitio un punto de vista horroroso: está cubierta á una distancia considerable de rocas que se hallan á flor de agua, y donde se estrellan las olas con un ruido es-

pantoso. A las cuatro principió el tiempo á nublarse, y en menos de media hora vimos la costa del Sur casi á una milla de distancia, pero sin descubrir ningun parage en que poder anclar. Reviramos á lo ancho y caminamos sobre la costa del N. A las seis y media hice señal á la *Thamar* de reunirse con nosotros, y apenas llegó mandé que marchase delante, que encendiese fuego, y que tirase un cañonazo cada vez que virase de bordo. A las siete aclaró y avistamos la costa del N. al O & N. O. A las ocho soplaba el viento con violencia. Nuestra situacion era en verdad alarmante: la tempestad iba en aumento, y el cielo estaba cubierto de oscuras nubes. Las lluvias parecian un diluvio, y se nos preparaba una noche tenebrosa en medio de un canal estrecho, rodeado de escollos y vagios. Quisimos amainar velas, pero antes que ejecutásemos esta maniobra se rompió una y nos pusimos á la capa bajo la vela mayor y lo mesana, que estaban rizadas, y continuamos navegando al S. O. Pero la

mar estaba tan alborotada y las olas azotaban tan fuertemente nuestro buque, que á cada instante se veía la cubierta bajo el agua. A las nueve en un momento que aclaró vimos en la costa del N. el alto cabo de que ya hemos hecho mención, que lo teníamos al E. casi á una milla de distancia. Habíamos perdido de vista á la *Thamar*. A las tres y media de la mañana nos hallamos muy cerca de una tierra bastante elevada en la costa del Sur: reviramos dejando el cabo al Norte. La tempestad lejos de disminuirse cobraba nuevas fuerzas: Hovia á torrentes y parecía que el cielo se confundía con la mar, á cada instante estábamos temiendo estrellarnos contra los escollos. Amaneció el dia 27 tan deseado, pero el celaje estaba tan cargado y la niebla era tan espesa, que no podíamos descubrir tierra de que no debíamos estar muy distantes. A las seis descubrimos la costa meridional á mas de dos millas de distancia y muy pronto, con mucha satisfaccion nuestra, avistamos á la *Thamar*. En este momento te-

níamos el cabo Monday al S. E á la distancia de cerca de cuatro millas; y como no disminuia la violencia del viento, nos dirijimos á este cabo. A eso de las cuatro anclaron los dos buques en la bahía que está al E. Las oleadas eran muy fuertes en este parage, pero nos consideramos felices por haber encontrado al fin un fondeadero. Pordos veces habíamos llegado á cuatro leguas de la bahía Tuesday, y otras tantas habíamos sido arrojados por unas tempestades á diez ó doce leguas de distancia: eran tales cual yo no las había experimentado nunca.

Debo hacer aquí una observacion y es, que cuando está la estacion muy adelantada es tan difícil como arriesgado pasar el estrecho. La violencia de los vientos y de las tempestades, la rapidez de la corriente, el ímpetu de las olas, las grandes lluvias y las nieblas tan espesas que no se distinguijan los objetos á corta distancia, hacen impracticable esta navegacion.

El 28 por la tarde se cortó el cable de una de las anclas de la *Theran*, que se fue ácia la costa y llegó á muy cor-

ta distancia de unas rocas que hay en la orilla oriental de la bahía, contra las cuales si hubiese tocado, infaliblemente se hubiera estrellado.

El 29 á las ocho de la mañana la *Thamar* que se hallaba cerca de las rocas, y que había hecho inútiles esfuerzos para levantar ancla, hizo señal de pedir auxilio. Volví á entrar en la bahía, donde habiendo anclado dispuse que separasen á la *Thamar* de las rocas mientras que levaba su ancla. Por medio de esta maniobra conseguimos que á eso de mediodía pudiese fondear en un sitio mas ventajoso.

Así pasamos la noche, y el dia siguiente 30 por la mañana tuvimos un viento Oeste Noroeste mas violento que los que habíamos sufrido antes. La mar estaba horrorosa: las olas se elevaban mas altas que nuestros palos. Como temíamos un mal fondo, estábamos temiendo continuamente que se cortasen los cables. En este caso nuestro buque se hubiera hecho pedazos contra unas rocas que había bajo nuestro viento, y donde se estrellaban las olas con un ruido espanto-

so semejante á los truenos. Por medio de varias maniobras fuimos sorteando aquella tempestad, y pasamos el resto del dia y hasta la media noche, mientras que las olas azotaban nuestro buque, elevándose á una altura estraordinaria. Acia la una de la noche pareció que se calmaba algun tanto la tempestad; pero no cesaba la lluvia, y el tiempo se mantuvo nublado y borrasco hasta media noche, que habiendo cambiado el viento al Sudeste principió á calmar.

El 1.^o de abril tuvimos una calma profunda, interrumpida únicamente por algunas brisas de poca fuerza. Pero el tiempo se nubló de nuevo, la lluvia no cesaba, y la corriente segun observámos se dirijia con fuerza al Este. A las once estábamos sobre una de nuestras anclas. Poco despues calmó el viento, se levantaron nublados, y continuó la lluvia. Entonces volvimos á anclar donde habíamos estado antes, sobre veinte y dos brazas de agua.

A las seis de la tarde se levantó un viento Oeste Noroeste muy fuerte, acompañado de violentas ráfagas y de

una lluvia continua: guardamos nuestro puesto hasta el 3. En este dia envié un bote de la *Thamar* con un oficial de cada buque para buscar al Oeste algunos surgideros en la costa meridional, y al mismo tiempo hice salir otro del *Delfin* para buscar otro surgidero en la costa del Norte.

En la mañana del 4 volvió el bote del *Delfin*. Había recorrido al Oeste la costa del Norte, añadido el espacio de cinco leguas y reconocidos dos sitios á propósito para fondear. El oficial me informó de que había encontrado americanos, cuyas piraguas eran muy diferentes de las que habíamos ya visto en el estrecho. Estaban formadas de planchas unidas, en vez de que las otras eran solo de cortezas de árboles unidas por los dos extremos, y con un palo por medio para que se mantuviesen abiertas, á manera de los barcos que hacen los muchachos de vainas de guisantes. Juzgaron á estos americanos por mas estúpidos que cuantos habíamos visto. Estaban desnudos, y á pesar del frio solo llevaban al hombro, y eso de cualquier manera,

una piel de lobo marino. Ni aun los cerdos podrian comer de sus alimenes : comian de un gran trozo de ballena corrompido y que apestaba de lejos. Uno de ellos lo partia con los dientes é iba presentando los pedazos á sus compañeros que se los comian con la voracidad de las fieras. Pero no miraban con indiferencia las cosas que poseia nuestra gente ; porque habiéndose quedado dormido un marinero le cortaron la espalda de su chaqueta con una piedra afilada que les servia de cuchillo.

A eso de las ocho nos dimos á la vela y observamos muy poca ó ninguna corriente. Al mediodia teníamos el cabo Upright al Oeste Sudeste á tres leguas de distancia. A las seis de la tarde fondeamos en una bahia en la costa meridional : esta bahia está á una legua proxima del cabo.

Mientras que estábainos anclados y nos ocupábamos en cargar leña y agua, se presentaron en una piragua siete ó ocho americanos sobre la punta occidental de la bahia. Saltaron en tierra por el lado opuesto á donde es-

taba nuestro buque, y encendieron fuego. Los llamamos á bordo, y nos valimos de todas las señas propias para hacerlos venir; pero fue en vano. Me embarqué en mi bote y fui á donde estaban ellos. Les hice algunos regalos de poco valor, de que parecieron quedar satisfechos. No tardamos en ser amigos. Envié á buscar pan, y mientras me quedé solo con ellos. Cuando volvió mi gente le distribuí el pan, y observé con tanto gusto como estrañeza que si se caia al suelo algun pedazo, ninguno se atrevia á cogerlo sin pedirme antes permiso. Algunos de los nuestros se pusieron á cortar yerba para unos carneros que conservábamos todavía á bordo. Los americanos que vieron esto, corrieron á arrancar yerba tambien, y la llevaron al bote, que no tardó en verse lleno. Me conmovió esta fineza y observé que en esto parecía que tenían tanto placer como nosotros mismos, porque las mismas muestras de satisfaccion que podian ver ellos en mi semblante las veia yo en los suyos. Formaron buen concepto de nosotros,

y cuando nos volvimos á bordo vinieron acompañándonos en su piragua. Pero al acercarse á nuestro buque se detuvieron contemplándolo con tanta sorpresa como terror. Les insté á que subiesen á bordo, y solo á duras penas pude conseguir que se determinasen cuatro ó cinco. Les hice muchos regalillos, y no tardaron en considerarse completamente seguros. Queriendo divertirlos uno de mis oficiales tocó el violin, y algunos marineros bailaron. Este pequeño espectáculo les tenía encantados. Deseando manifestar su gratitud bajó uno de ellos corriendo á la piragua y trajo un saquillo de piel de lobo marino, de que sacó una grasa encarnada con que frotó el rostro del que había tocado el violin: quería dispensarme el mismo honor, pero yo lo rehusé: hizo los mayores esfuerzos para vencer mi modestia, y me costó el mayor trabajo del mundo el negarme á recibir esta prueba de su estimacion. Despues que les hube proporcionado algunas horas de diversion, les hice entender que debian volverse á tierra; pero nos te-

nian ya tal inclinacion que fue dificil hacerlos volver á su piragua.

El domingo 7 á las seis de la mañana aparejamos con un viento moderado de Este Noroeste y muy buen tiempo. A las siete habíamos dobrado el cabo Upright, y á las nueve lo teníamos al Este-sudeste á cuatro leguas de distancia. Poco despues conocimos que la corriente nos echaba al Este. A las 3 calmó el viento y nos quedamos á merced de la corriente que nos llevaba al Este. Echamos al agua un ancla.

Hasta este dia no volvió el bote de la *Thamar* enviado á buscar fondeadero en la costa del Sur. A tres leguas del cabo Pilar había descubierto á lo largo de la costa muchos y escelentes anclajes.

A la una de la noche estando el viento al Oeste y soplando con bastante fuerza levamos ancla. A las once de la mañana del 8 se aumentó el viento, acompañado de gran lluvia y estando la mar muy alborotada. No tardamos en conocer que lejos de adelantar atrasábamos, y tomamos el

partido de dirigirnos sobre una bahía de la costa del Sur á cuatro leguas de distancia y al Oeste del cabo Upright donde anclamos. El fondo no era muy bueno; pero bajo otras relaciones era uno de los mejores parajes que podíamos haber encontrado en el estrecho, pues estan allí los buques al abrigo de todos vientos. A las cuatro, habiendo amansado el viento y cambiado de Sur á Sur-sudeste, nos dimos á la vela dejando el cabo al Oeste. Anduvimos cerca de dos leguas y media; pero la noche nos obligó á fondear en una bahía muy mala que descubrimos con dificultad en la costa del Sur. Estuvo en poco que no nos echase fuera de la bahía una ráfaga violenta que vino de tierra, y si no hubiésemos conseguido anclar, hubiéramos pasado la noche con mucho peligro en el canal; porque desde el momento en que fondeamos hasta el otro dia por la mañana, estuvimos sufriendo un verdadero huracan con grandes lluvias y nieves.

A las seis del 9, estando el viento al Sur-sudeste, pero fuerte y tem-

pestuoso , levamos ancla , y nos dirigimos siguiendo la costa del Sur al Oeste & Noroeste. A las once habíamos pasado el cabo Pilar, que está situado al Oeste á los 5°, 30' Norte con el cabo Upright , y á la distancia de cerca de cuatro leguas. Se distingue el cabo Pilar por dos rocas cortadas en forma de torres en que termina su cima , y cuando se deja al Oeste-sud-oeste , se descubre á la misma altura una isla que tiene en cierto modo la apariencia de un monton de beno , y que está cercada de muchas rocas.

Al Este del cabo Pilar se abre el estrecho á siete y ocho leguas de ancho. La tierra por ambos lados es de una alturo mediana: la costa del Norte está menos elevada, y la del Sur, que es la mas sana , se puede costear con mucho menos trabajo, pero una y otra son muy quebradas y escarpadas. La isla de Wetminster está mas cerca de la costa del Norte que la del Sur: está situada al Nordeste y Sudoeste con el cabo Pilar. La costa del norte cerca de la desembocadura del estrecho, está cubierta de islotes y rócas, donde

se estrellan las olas de un modo terrible. Próximo al cabo Victoria se separa la tierra de diez á once leguas del cabo Pilar, en la direccion de Noroeste + Norte. Desde el cabo Pilar se inclina la costa al Sur Sudoeste 5°, 30' Oeste hasta el cabo Deseado, que es una tierra baja rodeada de un número estraordinario de islotes y peñascos. Casi á siete leguas al Oeste Sudeste del cabo Deseado se hallan unos escollos peligrosos, llamados por Sir John Narborough *los jueces*: sobre ellos se estrellan con un ruido inmenso olas tan grandes como montañas. Cuatro islas pequeñas llamadas las islas de *Direccion* distan del cabo Pilar cerca de ocho leguas en la direccion de Noroeste + Oeste. Cuando llegamos á la altura del cabo la mar estaba muy alborotada: las olas batian furiosas las dos orillas, y no permitian que se acercase ningun buque. Yo estaba temiendo que volviese el viento Oeste, que nos obligaria, á buen escapar, á andar en el canal ácia atras muchas leguas; pero por dicha nuestra se levantó un viento recio de Sudoeste, y

desplegando al momento todas las velas, y andando cerca de siete millas por hora, me alejé de aquellas costas tan temibles, y á las ocho de la noche estábamos ya á veinte leguas de distancia. Para que marchase mejor nuestro buque hice colocar dos botes bajo el castillo de popa, y la chalupa al pie del palo mayor, de manera que no quedaba mas que un bote sobre los palos de reserva. Esto produjo un efecto maravilloso porque el peso de nuestros barcos de remo sobre los palos causaba mucho embarazo al buque, ademas del peligro en que estábamos de perderlos en un temporal.

Las dificultades y peligros que hemos experimentado en el estrecho de Magallanes, podrian hacernos creer que no era prudente pasarlo, y que los buques de Europa que van al mar del Sur deberian doblar todos el cabo de Hornos. No soy absolutamente de esta opinion, aunque haya doblado dos veces el cabo de Hornos. Hay una época del año, en que no digo un navío sino toda una escuadra puede passar el estrecho en tres semanas, y para

aprovechar la estacion mas favorable conviene entrar en el mes de diciembre. Una ventaja inestimable que debe decidir á los navegantes á tomar la ruta del estrecho, es que en él se encuentran en abundancia apio, cocleria, frutas y otros muchos vegetales anti-escorbúticos. A ellos atribuyó la salud que en esta navegacion ha disfrutado la tripulacion de nuestros buques. Ninguno sintió el mas ligero síntoma de escorbuto ni de ninguna otra enfermedad á pesar del frio excesivo y de los muchos trabajos que tuvimos que sufrir en este sitio; donde entramos el domingo 19 de febrero y salimos el 9 de abril. Desde que se pasa la bahía de Agua dulce, apenas hay un solo fondeadero donde con comodidad no se pueda cargar agua y leña. Los obstáculos que tuvimos que vencer pueden atribuirse á la estacion equinoccial que generalmente es borrascosa, y que mas de una vez pasó á prueba nuestra constancia y sufrimiento.

CAPÍTULO VIII.

Navegacion desde el estrecho de Magallanes hasta las islas de *Disappoiment*. — Detalles náuticos sobre esta navegacion.

Apenas salimos del estrecho de Magallanes dirijimos nuestro rumbo al Oeste, y seguimos hasta el 26 de abril que avistamos al Oeste Nordeste ♡ rumbo al Oeste, y á cerca de diez y ocho leguas de distancia la isla de Massa-Fuero; pero no descubrimos la isla de Juan Fernandez: las nubes que oscurecian el horizonte por la parte del Norte, nos impedian verla. La variacion que gradualmente habia tenido la brújula en esta travesía, habia sido de 22° á 9° , $36'$ Este.

Nos encaminamos sobre Massa-Fuero: distábamos de ella siete leguas en el momento de ponerse el sol, y pasamos la noche al pairo. El 27 al amanecer envié un bote armado de cada buque á las órdenes de un oficial para reconocer y sondear la costa oriental.

tal de la isla. A eso del mediodia teníamos la isla al Oeste , casi á tres millas de distancia ; pero como ví que nuestros botes recorrian la orilla sin poder tomar tierra á causa del oleage que batia toda aquella costa , me encaminé á la parte septentrional de la isla que aun me parecia inaccesible: en una estension de casi dos millas está rodeada de un arrecife. Su campiña es muy risueña , y en su mayor parte poblada de bosques ; pero por el lado del Norte que recorrimos hay algunos parages cubiertos de verdura en que vimos pastar cabras silvestres. La vista que ofrece esta parte de la isla es muy agradable. Cuando volvieron nuestros botes me informó el oficial que los mandaba que habia visto un banco por la parte de Este que tecia á la punta del Sur á una distancia considerable de la costa , junto el cual podíamos anclar , y que enfrente se hallaba una hermosa cascada de excelente agua , pero que inmediato á la punta del Norte no habia descubierto ningun parage en que se pudiese fondear. Nuestros botes volvieron car-

gados de pescado esquisito que habian cogido con sedal muy cerca de la costa. Como era ya tarde pusimos nuestros botes á bordo, y navegamos aquella noche al Oeste.

El 28 á las siete de la mañana fondeamos junto al banco que habian descubierto los botes; dejamos las dos puntas mas distantes una al Sur y otra al Noroeste: la cascada al Sur-sudoeste á una milla proxima de nuestro buque. Esta parte de la isla está situada al Norte y Sur, y su extension es de cuatro millas escasas.

Apenas anclamos envíe los botes á tierra á buscar un sitio á propósito para cargar agua y leña; pero observando yo que la costa estaba llena de rocas, y que en toda ella se estrellaban las olas con furor, dispuse que los que iban en los botes llevasen unas cubiertas de corcho, de que nos habíamos provisto antes de partir para semejantes ocasiones. Con el auxilio de esta especie de corsés, que no solo daba comodidad al nadador, sino que impedía que se lastimase contra las rocas, se des-

embarcó fácilmente y nos proporcionamos una buena provision de agua y de madera. Habia sin embargo otro peligro de que no podian preservarnos los corsés de corcho, y era la abundancia que habia en aquella costa de pescados de un tamaño extraordinario, conocidos con el nombre de *tragones de mar* (*goulus de mer*). Pudo escapar nuestra gente, aunque estuvieron á pique de ser devorados. Uno de estos monstruos, de veinte pies de largo, se acercó al bote, y viéndolo los marineros, agarró una vaca marina bastante grande, y se la tragó de un bocado. Yo mismo he visto otro casi de igual tamaño, que junto á la popa de nuestro buque devoró tambien á otra vaca marina. Mató nuestra gente algunas cabras, que encontramos de tan buen gusto como las mejores reses de monte de Inglaterra. Observé que una de estas cabras estaba ya marcada, pues tenia la oreja abierta de un modo que no parecia haber sucedido por casualidad. La pesca era abundante, y en pocas horas cargaba un bote para el

consumo de la tripulacion en dos dias consecutivos. Entre estos pesca-dos de diferentes especies y de muy buen sabor, los habia que pesaban de veinte á treinta libras.

Por la tarde eran tan grandes las olas que el artillero y un marinero que estaban en tierra con los que llenaban nuestras cubas, no se atrevie-ron á volver al bote, que llego á bordo sin ellos.

Al dia siguiente 29 se descubrió á milla y media al Norte del buque, y casi á igual distancia de los puntos Norte y Sur de la isla, un sitio mucho mas cómodo para hacer aguada, por-que las olas no azotaban la costa con la misma fuerza. En esta nueva agua-da llenamos diez barricas, y por la tarde envié un bote para traer al ar-tillero y al marinero, que habian pa-sado la noche en tierra; pero todavía eran tan grandes las olas, que el ma-rinero, que no sabia nadar, temió al peligro, y el artillero se quedó acom-pañándolo.

Les envié otro bote, diciéndoles, que segun aparentaba el tiempo, era

de temer que sobreviniese aquella noche algun golpe de viento que alejase el buque, y que habria que abandonarlos por necesidad en aquella isla. En vista de este último mensage, se echó á nado el artillero y llegó al bote; pero el marinero, aunque tenía un corsé de corcho, dijo que infaliblemente se ahogaria si se echaba al agua; y prefiriendo una muerte mas natural, se decidió á quedarse en la isla: se despidió tiernamente de sus compañeros, deseándoles un viaje feliz. Pero en el momento en que iba á volver el bote, tomó un contra-maestre la punta de una cuerda, se echó al agua y llegó nadando hasta la orilla, donde el pobre marinero lamentaba su desgracia. El contra-maestre principió hablándole de las fatales consecuencias de tan extraña resolucion, y mientras le echó al cuerpo un lazo corredizo, y gritó á sus compañeros que tirasen de la otra punta de la cuerda, lo que fue ejecutado y arrastrado el pobre marinero por medio de las olas hasta el bote: habia tragado tanta agua, que

al sacarlo parecia muerto. Se le colgó por los pies, y muy pronto recobró los sentidos; al dia siguiente estaba ya completamente restablecido.

En este mismo dia nombré á M. Monat, que mandaba la *Thamar*, capitan del *Delfín*, bajo mis órdenes, é hice otras varias promociones y nombramientos.

El 30 á las siete de la mañana levamos ancla y navegamos al Norte siguiendo la costa de la isla que se estiende al Este y Nordeste; pero no descubrimos ningun sitio á propósito para hacer aguada. Proseguimos nuestro rumbo, estando el viento al Sudeste, y el tiempo muy nublado. Al mediodia dejamos la isla al Sur-sudeste, á ocho leguas de distancia.

El dia siguiente 1.^o de mayo continué navegando al Norte 3° Oeste, y al otro dia á las doce varié de rumbo, y me encaminé al Oeste, con idea de reconocer, si era posible, la tierra de Davis, que situan los geógrafos sobre la paralela de 27° y 30', y casi á cien leguas al Oeste de Copiapo en Chile; pero al cabo de ocho

dias no descubrimos esta latitud marcada en los mapas, hallándome á la de 26° y $46'$ Sur, por 94° y $45'$ de longitud Oeste; y como aun debia ser larga nuestra navegacion, me decidí á seguir al Noroeste, esperando los vientos alicios para navegar al Oeste, con idea de buscar las islas de Salomon, si es que existen, ó hacer nuevos descubrimientos.

El 10 vimos alrededor de nuestro buque bonitos y delfines, y al dia siguiente descubrimos unas aves, conocidas por los naturalistas con el nombre de *aves solitarias*: tienen las plumas oscuras en la espalda y en las extremidades de las alas, y blancas en lo demas del cuerpo: el pico y la cola son cortos, y esta última termina en punta.

El 14 encontramos muchos pescados de un tamaño enorme, llamados *grampus*, y tal multitud de aves que no dudaba que estuviésemos á la inmediacion de algunas tierras; pero desde el palo mas alto no descubrimos nada sobre el horizonte. Nuestra latitud era de 28° y $3'$

Sur, y la longitud de 101° y $28'$ Oeste.

En la mañana del 16 vimos dos aves muy singulares: eran del tamaño de los ansares y se elevaban á una grande altura: sus plumas tenian el brillo y la blancura de la nieve, y las patas eran negras. Principié á creer que hubiésemos pasado al Sur de alguna isla porque observé la noche anterior que la mar, que de aquel lado habia estado generalmente alborotada, estuvo por algunas horas en una calma completa, y despues volvió á inquietarse.

El 22 estando á los 20° , $52'$ Sur, y 115° , $38'$ de longitud Oeste, soplando una ligera brisa de Este-sudeste, eran tan grandes las olas que venian del Sur, y se sucedian con tal rapidez, que estábamos en un peligro continuo de perder nuestros palos: esto me decidió á navegar mas al norte, tanto para aliviar al buque como para hallar los vientos alisios. Principió á manifestarse el escorbuto en la tripulacion, y tuve el dolor de ver atacados mis inejores marineros.

En este mismo dia cogimos por la primera vez dos bonitos, y descubrimos numerosas bandadas de las aves que se encuentran bajo el trópico; nos parecieron mas grandes que cuantas habíamos visto: sus plumas eran blancas, y la cola se componia de dos largas plumas. La brújula había variado y marcaba 19° Oeste.

El 26 volaron al rededor del buque dos grandes aves; tenian las plumas negras, un collar blanco, y la cola con largas plumas: su vuelo era pesado, lo que me hizo creer que serían de alguna especie que no se aleja mucho de la costa. Me lisonjeaba que tendríamos los vientos alisios al Sudeste, antes de haber andado 6° al norte de Massa-Fuero; pero soplaban constantemente los vientos del norte, aunque nos venian del Sudoeste unas olas de una elevacion estraordinaria: nuestra latitud era de 15°, 55' Sur y la longitud de 127°, 55' Oeste.

El 28 volaban sobre nuestro buque dos grandes aves de una singular belleza: una tenia las plumas negras con manchas blancas, y la otra las

plumas blancas matizadas de color oscuro: hubieran descansado sobre nuestras cuerdas si no las hubiesen asustado el movimiento del buque.

El 31 varió el viento de norte \pm Noroeste á Noroeste \pm Oeste: volaban sobre el buque un gran número de aves. Esta circunstancia, y la disposición de aquellas enormes olas del Sur, me hicieron creer que no estábamos muy distantes de tierra. Observábamos con el mayor cuidado, porque el escorbuto hacia diariamente nuevos progresos.

No avistamos tierra hasta el 7 de junio á la una de la noche, estando á los $14^{\circ}, 5'$ Sur y $144^{\circ}, 58'$ de longitud Oeste. Me mantuve con las velas menores hasta el dia que vimos al Oeste-sudoeste, y casi á dos leguas de distancia, una pequeña isla baja: á poco descubrimos otra isla al Este-sudoeste á la distancia de tres á cuatro leguas; parecía mayor que la primera, cerca de la cual habíamos estado por la noche.

Me dirigí ácia la isla pequeña, cuyo aspecto, á medida que nos acer-

cábamos, ofrecia una perspectiva mas agradable; había alrededor una playa de hermosa arena blanca: lo interior estaba poblado de grandes árboles, que estendiendo sus espesas ramas formaban los bosques mas deliciosos que se puede imaginar: esta isla parecia tener cerca de cinco leguas de circunferencia: de una punta á otra se extendia una barra, que batian las olas con furor, e impedia que llegasen á la isla. No tardamos en ver que estaba habitada: vinieron á la orilla muchos indios armados de picas de diez y seis pies ó poco menos de largo: encendieron muchas hogueras, que entendimos serian señas, porque al momento descubrimos tambien hogueras en la otra isla, lo que nos confirmó en que tendria habitantes.

Envié un bote armado á las órdenes de un oficial, para buscar surgi-
dero; pero volvió con la desagrada-
ble noticia de que había dado vuelta
alrededor de la isla sin haberlo en-
contrado, y que toda ella estaba ro-
deada de una roca de coral muy es-

:

carpada. El escorbuto hacia crueles estragos: habia muchos marineros en la enfermería: subian estos infelices, casi arrastrando sobre cubierta, y miraban con ojos de dolor aquella tierra fértil, á donde no podian entrar por la naturaleza de su costa: veian un sinnúmero de cocoteros, cargados de fruto, cuya leche es quizá el mas poderoso antiescorbútico que hay en el mundo: suponian, con razon, que habria plátanos y otros árboles frutales que se encuentran comunmente entre los trópicos, y para colmo de la desgracia, veian en la orilla conchas de tortugas. Todas estas sustancias, que les habrian dado la vida, no estaban mas á su alcance que si hubiesen estado separados por la mitad del globo: pero á su vista sentian mas vivamente el dolor de su privacion. Bien es verdad que su situacion no habria sido menos triste, si solo la distancia, y no una cadena de rocas, les hubiese impedido alcanzar estos bienes que tanto deseaban: ambos obstáculos eran igualmente insuperables: hombres sometidos al :

imperio de la razon, no deberian haberse afectado ni de lo uno ni de lo otro; pero esta era una de aquellas situaciones criticas en que no puede la razon asegurar á los hombres contra el poder que ejerce perpetuamente la imaginacion para agravar las calamidades de la vida.

Informado de la profundidad de las aguas, no pude dejar de dar vuelta al rededor de la isla, aunque supiese que era imposible proporcionarse ninguno de los frutos que producia. Mientras que recorriamos la costa, bajaron á ella los naturales dando gritos y bailando: con frecuencia se acercaban á la orilla, agitaban sus largas picas con un aire amenazador, se tiraban de espaldas y permanecian tendidos algunos instantes sin moverse, como si estuviesen muertos: esto significaba, sin duda, que nos matarian si intentabamos desembarcar. Observamos mientras costeamos que los indios habian clavado dos picas en la arena, colocado al extremo de ellas un pedazo de tela, que ondeaba á la merced del viento, y ante

el cual se prosternaban muchos de ellos á cada momento, como si invocasen el auxilio de algun ser invisible que los defendiese contra nosotros. Mientras navegábamos al rededor de la isla, envié por segunda vez los botes para que sondeasen la costa; pero cuando quisieron acercarse dieron los salvajes gritos espantosos, moviendo sus lanzas con furor, y mostrando con señales de amenazas grandes piedras que arrojaban contra la orilla. Nuestra gente les contestó únicamente con señales de amistad y venevolencia, y les arrojaron pan y muchas bagatelas que les pudiesen agradar; pero ninguno de ellos las tocó siquiera. Sacaron á toda prisa unas piraguas que tenian á la orilla del mar y se las llevaron á los bosques: volvieron despues, y parecia que esperaban la ocasion de asegurar nuestro bote para sacarlo á la orilla. Los nuestros, que se recelaban de ellos, y que temian ser destrozados si caian en sus manos, ardian por tomarles la delantera haciendo fuego sobre ellos; pero el oficial que los manda-

ba, que no queria cometer hostilidades, lo impidió. Pero no por esto dejaba yo de creerme con derecho de obtener á la fuerza lo que indispensablemente necesitábamos para conservar la vida, si hubiésemos podido anclar, y los salvages se hubiesen obstinado en negárnoslo; pero nada podria haber justificado la inhumanidad de quitarles la vida por vengar injurias imaginarias ó de intencion, sin que de esto nos resultase ningun provecho.

Estos indios, de color de bronce, eran bien proporcionados: parecian reunir la fuerza y la agilidad: no me acuerdo haber visto hombres tan ligeros en la carrera. Se halla esta isla á los 14°, 15' Sur, y 145°, 4' de longitud Oeste. Habiéndome informado los de nuestros botes por segunda vez que no se descubria ningun fondeadero alrededor de esta isla, me decidí á visitar la otra, lo que nos ocupó el resto del dia y la noche siguiente.

El 8 á las seis de la mañana nos habíamos acercado á tres cuartos de milla de la costa occidental de esta

segunda isla: pero no encontramos fondo con una sonda de ciento cuarenta brazas. Descubrimos otras muchas islas, ó por mejor decir, muchas penínsulas, de las cuales la mayor parte estan unidas entre sí por lenguas de tierra muy estrechas, y tan bajas, que casi estan al nivel del mar, que choca contra ellas violentamente. Envié un bote armado de cada buque á las órdenes de un oficial, para sondear y buscar en aquellas islas un sitio á propósito para desembarcar. Al acercarnos á estas tierras la primera cosa que distinguimos fueron los cocoteros, que elevaban sobre los demás árboles sus ramas espesas y cargadas de fruto.

Apenas vieron los indios salir nuestros botes, corrieron en tropel á la orilla armados de lanzas y mazas: los seguian mientras sondeaban alrededor de la costa, amenazándolos con gestos para impedirles que abordasen. Hice disparar por cima de ellos una pieza con bala de ocho libras, y huyeron precipitadamente y se ocultaron en los bosques. A las

diez estaban de vuelta nuestros botes, porque no habian hallado fondo á la mayor proximidad de la costa, contra la cual se estrellaban las olas con un estrépito horrible. El centro de este grupo de islas está situado á los 14° , $10'$ de latitud Sur, y 144° y $52'$ de longitud Oeste.

A las diez y media dejamos estas islas, y-navegamos al Oeste: la imposibilidad de poder sacar de ellas ninguna especie de refresco para nuestros enfermos, cuya situacion era cada momento mas deplorable, nos hizo dar á estas islas el nombre de *Disappointment* (sin provisiones).

CAPÍTULO IX.

Descubrimiento de las islas del rey Jorge. — Descripcion de ellas. — Relacion de lo que pasó allí.

El 9 á las cinco de la tarde avistamos otra tierra al Oeste-sudoeste, á seis ó siete leguas de distancia. Pasamos la noche á la capa, y cuando amaneció estábamos á tres leguas de esta isla, es larga y baja: la orilla es una hermosa playa de arena blanca, rodeada de una roca de coral. El interior está cubierto de cocoteros y otros diferentes árboles, y presenta un punto de vista agradable. Costeamos por el lado de Nordeste á media milla de tierra. Apenas nos vieron los indios encendieron grandes hogueras, sin duda para alamar á todos los habitantes, y corrieron á la orilla armados de la misma manera que los salvajes de las islas de *Desappointment*.

Desde este lado de la isla se descubre en la otra parte de las tierras un gran lago de agua salada, cuya estension aparente es de dos á tres leguas, y que por el lado opuesto está separado del mar únicamente por una legua de tierra muy estrecha. En este lago hay un islote casi á una legua de la punta de Sudoeste, delante de la cual habíamos estado á la capa. Los naturales han edificado allí una aldea, que la sombra de un bosque de cocoteros preserva de los ardientes rayos del sol. Inmediatamente envié dos botes armados, al mando cada uno de un oficial, para que reconociesen las sondas y el sitio mas favorable para anclar, y encontraron por todas partes rodeada la costa de una roca tan impenetrable como un muro, á excepcion de la abertura que dejaba ver el islote, y que apenas tendría de ancho el largo de un navío; y aun allí había trece brazas de agua sobre fondo de coral. Nos colocamos de costado delante de esta entrada, y vimos algunos centenares de indios dispuestos en buen orden que

avanzaban hasta llegarles el agua á la cintura: usaban las mismas armas que los indios de las otras islas, y uno de ellos llevaba un palo largo con un pedazo como de tegido de estera en la punta, lo que entendimos seria una bandera: daban sin cesar gritos espantosos, y á poco bajaron por el lago para reunirse con ellos muchas y grandes piraguas: nuestros botes que estaban delante les hacian todas las señales posibles de amistad, en esto que dobraron el islote algunas piraguas para acercarse; yo creí que seria con buenas intenciones, y que se establecerian entre nosotros relaciones de amistad, pero no tardamos en convencernos de que la idea de los indios era arrimar nuestros botes á la orilla. Al mismo tiempo se echaron al mar muchos de estos insulares, y vinieron nadando ácia nuestros botes: uno saltó al de la *Thamar*, y en un abrir y cerrar de ojos agarró la chupa de un marinero, se volvió nadando con ella, y no volvió á aparecer hasta cerca de la orilla que se reunió con sus compa-

ñeros: otro echó mano al sombrero de un contra-maestre; pero como no sabia por donde se sacaba, tiró de él ácia sí en lugar de levantarla, lo que dió tiempo al contra-maestre para evitar que se lo llevara; de otro modo habria corrido la misma suerte que la chupa del marinero. Nuestra gente sufria esto con paciencia, y los insulares triunfaban.

No habiendo encontrado ningun fondeadero en este parage, continuamos nuestra navegacion al mediodia siguiendo la costa para ganar la punta mas occidental de la isla. Nos siguieron nuestros botes y echaron la sonda á lo largo de la costa, pero no encontraron fondo. Cuando llegamos á la punta, vimos otra isla que se hallaba al Sudoeste & Oeste, casi á cuatro leguas de distancia. Ya habíamos pasado una legua mas allá de la isla en que habíamos encontrado á los indios, y aun no estaban estos contentos por habernos dejado ir tranquilamente: vi dos grandes piraguas que venian sobre nosotros. En cada una habia treinta indios armados al

uso de su pais. Nuestros botes se hallaban bastante lejos, y las piraguas que pasaron por entre nuestro buque y la costa parecia que tenian mucha prisa de ir á atacarlos. Hice señal á nuestros botes de darles caza, y al punto corrieron contra las piraguas: los indios al verlos venir se espantaron, amainaron vela y remaron ácia tierra con una celeridad admirable. Al llegar cerca de la orilla pasaron por entre las olas que se estrellaban con furia y arrimaron sus piraguas. Los siguieron nuestros botes, y temiendo ellos alguna invasion, se presentaron armados de piedras y palos para impedir el desembarco; esta resistencia obligó á nuestra gente á hacer fuego. Uno de ellos que habia recibido tres balazos por medio del cuerpo, aun tuvo valor para levantar una gran piedra, y murió al arrojarla contra sus enemigos. Cayó este hombre muy cerca de nuestros botes. Los salvages no se atrevieron á llevárselo, pero sí los demás muertos, y se retiraron al islote donde estaban sus compañeros: volvieron nuestros bo-

tes, trayendo las dos piraguas que habian perseguido: la una tenia treinta y dos pies de largo, y la otra algo menos; pero ambas eran de una construccion muy curiosa que habria debido costarles un trabajo improbo; estaban formados de planchas muy bien trabajadas y con muchos adornos de escultura; las planchas estaban perfectamente unidas, y en cada junta habia conchas de tortuga bien colocadas para impedir que penetrase el agua en la piragua, cuyo fondo era muy estrecho: esto los obligaba á reunirlas sujetando una al lado de otra por medio de piezas de madera, de modo que quedase entre una y otra un espacio de seis á ocho pies. En medio de cada piragua habia un palo, y la vela estaba colocada de un palo á otro. La vela que yo he conservado está hecha de un tejido como de esteras, y tan ingeniosamente trabajado, que no he visto nunca una obra semejante. Sus cuerdas parecian de camisas de cocos, y eran tan fuertes como las nuestras. Cuando se dan á la vela se sienta mucha gente sobre

las piezas de madera que unen unas piraguas con otras.

La mar que azotaba toda la costa con igual ímpetu, no nos permitía proporcionarnos víveres. Volví á subir al islote resuelto á intentar por segunda vez desembarcar allí.

Por la tarde volvimos á ocupar el mismo sitio que habíamos tenido antes, y otra vez envié los botes para sondear alrededor del islote, pero me confirmaron en que era imposible anclar en aquel sitio. Mientras se ocupaban nuestros botes en este reconocimiento, observé un gran número de indios en la punta próxima al sitio en que los habíamos dejado por la mañana, y que parecía que se apresuraban á sacar muchas piraguas que estaban en la orilla del mar. Temiendo yo que intentasen renovar un combate que podía serles funesto, mandé disparar un cañonazo, cuyas balas, pasándoles por encima, produjeron el efecto que se esperaba: todos desaparecieron al momento.

Nuestros botes consiguieron tocar

en tierra antes de ponerse el sol; reunieron algunos cocos, pero no vieron ningun habitante. Por la noche las violentas ráfagas acompañadas de una lluvia deshecha, nos obligaron á bordear hasta las siete de la mañana que volvimos á colocarnos de costado delante del islote. Partieron nuestros botes á proporcionarnos víveres, é hice que fueran en ellos todos los que, aun estando atacados de escorbuto, se hallaban en estado de dejar su hamaca. Tambien salté yo en tierra, donde pasé el dia. Vimos muchas casas que los naturales habian abandonado, y no encontramos mas que perros; que no dejaron de ladrar mientras estuvimos en tierra. Sus casas, ó mas bien sus cabañas, eran de muy mala vista, y estaban cubiertas de ramas de cocoteros, pero su situacion no podia ser mas agradable. Se respiraba allí un aire fresco y delicioso á la sombra de un hermoso bosque, de frondosos árboles de diferentes especies, algunas de las cuales no eran desconocidas. Los cocoteros proveían á casi todas las ne-

8*

cesidades de la vida, su alimento, sus velas, sus cuerdas, y la madera de construcción: es muy probable que estos pueblos fijasen siempre su residencia en parajes donde crecen con abundancia estos árboles. Observamos que la costa estaba cubierta de coral y de los mariscos que producen las perlas. Se podría establecer allí una pesquería de perlas, tal vez con mas ventaja que en ninguna otra parte del mundo. Vimos desde lejos á los habitantes: los hombres estaban desnudos, y las mugeres llevaban una especie de delantal que las cubría desde la cintura hasta las rodillas.

Al visitar nuestra gente las cabañas de los indios, encontraron la maniqueta de un timón roida de gusanos, y que precisamente habría pertenecido á una chalupa holandesa: encontraron también un pedazo de hierro, otro de cobre, y algunos pequeños útiles de hierro que sin duda habrían recibido los habitantes de aquel país de los holandeses á quienes pertenecía la chalupa. Sería difícil averiguar si los indios se deshicieron de los ho-

landeses ó si la chalupa se estrelló contra esta costa; pero hay motivo para creer que el buque á que correspondían no volvió á Europa, porque ni consta su viaje, ni que hiciese ningun descubrimiento. Si se dió á la vela desde esta isla, no sabríamos á quē atribuir que dejase abandonado el timon de su chalupa, y si fue destrozado por los indios deben existir en la isla algunos restos mas considerables de sus hierros, de que hacen los salvajes una gran estimacion; pero no tuvimos tiempo de entregarnos á mas indagaciones. Me traje los pedazos de hierro y cobre y los útiles de hierro; les dejamos un instrumento que tenia la misma hechura de una azuela de carpintero, y cuya hoja era una concha del marisco que produce las perlas. Es posible que se hiciese á imitacion de una azuela; y entre los útiles que yo me traje, habia uno que parecia el resto de este instrumento, aunque estaba casi enteramente gastado.

A muy poca distancia de las casas vimos edificios de otra especie, y muy semejantes á los sepulcros, lo que

nos hizo creer que honraban á los muertos. Les hacian sombra unos árboles muy grandes: los muros y los remates eran de piedra, y en su forma casi eran parecidos á los sepulcros cuadrados que se ven en nuestros cementerios de aldea. En las inmediaciones de aquellos edificios encontramos muchas cajas llenas de huesos de muertos y colgadas de los árboles, que hacian sombra á los sepulcros, cabezas y huesos de tortugas, y dentro de una cesta de caña una multitud de peces de diferentes especies. Vimos algunos de estos peces, y no tenian mas que la piel y los dientes, y parecia que habian sido disecados.

Nuestros botes hicieron muchos viajes á tierra para traer cocos y una gran cantidad de plantas anti-escorbúticas, de que está llena la isla. Esto nos fue muy útil, pues bien pronto no hubo ninguna persona atacada de escorbuto.

El agua dulce que se encuentra en esta isla, aunque no está muy abundante, es admirable. Los pozos que proveen á las necesidades de los na-

turales, son tan chicos que se agotan con sacar dos ó tres veces llena una cáscara de coco ; pero como no tardan en llenarse , si se tomasen el trabajo de agrandarlos , podria allí muy facilmente hacer aguada cualquier navío. No vimos ningun animal venenoso ; pero las moscas eran insufribles : nos cubrian de pies á cabeza , y nos atormentaban en nuestros buques. Habia un gran número de papagayos y otras aves que nos eran absolutamente desconocidas. Fijaron muy particularmente nuestra atencion una especie de palomas de singular belleza , y tan mansas , que se acercaban á nosotros , y nos seguian á las cabañas de los indios. En toda esta incursion no vimos á ninguno de los habitantes que permanecieron ocultos , ni notamos humo , pues temerian que se descubriese el lugar á donde se habian retirado. A la noche nos volvimos á bordo.

Esta parte de la isla está situada á los 14° , $29'$ de latitud Sur, y 148° , $50'$ de longitud Oeste. Cuando volvimos á bordo nos separamos un poco de la

costa , proponiéndome hacerme á la vela al dia siguiente para reconocer la otra isla que habia visto al Oeste de aquella en que paramos y que está á setenta y nueve leguas de las islas de *Disappointment* en la direccion de Oeste & rumbo al Sur.

Al dia siguiente 12 á las siete, navegamos ácia aquella isla. Cuando estuvimos cerca seguí la direccion de Sudeste & Oeste aproximándose á la parte de Nordeste , pero no encontramos ningun fondo. Este lado se estiende de seis á siete leguas, y la isla presenta casi la misma vista que la que acabábamos de dejar. Se ve tambien un gran lago en el interior. Apenas los habitantes vieron nuestro buque, corrieron á lo orilla: estaban armados como los anteriores , y nos siguieron muchas leguas mientras recorriámos la costa. Como el calor es tan excesivo en este clima , parece que les molestaba tan larga jornada: á veces se bañaban en el mar ó se tendian en la arena que humedecen las olas, y despues seguian corriendo.

A este mismo tiempo sondeaban

la costa como siempre nuestros buques de remo; pero había ordenado expresamente á los oficiales que los mandaban que no cometiesen ninguna violencia contra los indios á menos que no se viesen obligados por su propia defensa, y que empleasen todos los medios imaginables para ganar su amistad y benevolencia. Nuestra gente se acercó á la orilla cuanto pudieron permitirles las olas, y por señas manifestaron á los habitantes que necesitaban agua. Los indios lo entendieron al momento, y les significaron que se adelantasen mas á lo largo de la costa. Nuestros botes siguieron costeando hasta que llegaron á la vista de una aldea á la manera de la que habíamos visto en la isla anterior. Los indios los siguieron hasta este punto, y se les juntaron otros muchos. Los botes se acercaron á la orilla cuanto fue posible. Los demás estábamos prontos á enviarles socorros y á sostenerlos con nuestra artillería. En esto que baja un viejo de la aldea dirigiéndose á la orilla del mar, lo seguía un joven, su estatura era alta, y parecía

vigoroso: una barba blanca que le llegaba á la cintura, le daba un aspecto venerable. Parecia que tenia la autoridad de jefe ó rey. A una señal que hizo, se retiraron los indios á una corta distancia, y se adelantó hasta la misma orilla. En una mano tenia un ramo verde, y con la otra apretaba su barba contra el pecho. En esta actitud hizo un largo discurso: su pronunciacion candenciosa podia hacer creer que cantaba, y semejante especie de canto no tenia nada de desagradable. No sentimos menos no entenderlo, que no poder nosotros mismos darnos á entender. Sin embargo, para darle una prueba de nuestra benevolencia, le arrojamos mientras estaba hablando algunos regalos de poco valor, pero no los tocó, ni permitió que los tocasen los suyos hasta que acabó su arenga. Entonces llegó al mar, tiró á nuestra gente el ramo verde, y recogió despues los regalos que se les habian hecho. Todas las apariencias nos hicieron formar buen concepto de este pueblo; les significamos por señas que dejasen las armas, y los

mas lo ejecutaron inmediatamente. Animado por esta prueba de amistad uno de nuestros oficiales de popa saltó del bote, y llegó nadando hasta la orilla: los indios lo cercaron y principiaron á examinar su vestido con mucha curiosidad: manifestaron admirar sobre todo la chupa. El oficial tuvo la generosidad de quitársela y ofrecérsela á sus nuevos amigos; pero produjo esto un mal efecto: apenas dió la chupa se arrancó la corbata y echó á correr. Nuestro hombre conoció que le dejarían en cueros, escapó como pudo, y volvió á su bote nadando. Con todo, estábamos siempre en buena inteligencia con ellos. Muchos vinieron á nadar hasta nuestros botes: algunos trajeron frutas y otros agua dulce en cáscaras de coconuts. Pero el principal objeto de los que iban en los botes era adquirir perlas, y para hacerse entender de los indios, les mostraban las conchas del marisco que las produce, que habían reunido en la playa de la isla: todos sus esfuerzos fueron inútiles; no pudieron darse á entender. Quizá hubiéramos sido mas

afortunados si nos hubiese sido posible permanecer por más tiempo entre ellos; pero por desgracia no proporcionaba la costa ninguna fondeadero para nuestros buques.

La pasión de los indios por las cuentas de cristal, no deja motivo para creer que no hagan ningún aprecio de las perlas que se encuentran en sus costas: es verosímil que si hubiésemos podido tener con ellos algún comercio, no habrían dejado de darnos de aquellas piedras preciosas en cambio de clavos, hachas ó algunas bágeras, a que dan razón mucho mayor precio. Descubrimos en el lago dos ó tres grandes piraguas, una de las cuales tenía dos palos asegurados por cuerdas.

A estas islas que acabamos de descubrir dimos el nombre de *islas del Rey Jorge*. Esta última se encuentra a los $14^{\circ}, 41'$ de latitud Sur y $149^{\circ} y 15^{\circ}$ de longitud Oeste: el lago oja perdió 5° al Oeste y 1° en la mitad norte. Las islas están formadas por un gran número de peñascos escarpados en sus costas y un obispo considerable en su superficie.

CAPÍTULO X.

Navegación desde las islas del rey Jorge hasta las islas de Saypan, Tinian y de Aquigan.—Descripción de muchas islas descubiertas en esta navegación.

El mismo dia 13 proseguimos nuestro rumbo al Oeste, y al dia siguiente á las tres de la tarde avistamos tierra á Sur-suroeste á unas seis horas de distancia. Nos dirigimos allá y nos encontramos que era una isla muy estrecha que se estiende al Este y Oeste, y recorrimos la costa del Sur. La verdura, que anuncia la fertilidad de la tierra, le dá un aspecto muy agradable: pero la mar azota aquella costa cruelmente: el fondo es muy malo á cierta distancia, y se halla lleno de escollos que se estienden á cerca de tres leguas. Esta isla muy poblada, segun pudimos ver desde el mar, no tiene menos de veinte leguas de largo. La dimos el nombre de *isla del Príncipe de Gales*. Está á los

:

15° de latitud Sur, y 151°, 53' de longitud Oeste. Dista de las islas del rey Jorge cerca de 48 leguas, en la dirección de Sur 80° Oeste.

Desde la punta Occidental de esta isla dirigimos nuestra ruta al Norte 82° Oeste, y el 16 al mediodia estábamos á los 14°, 28' de latitud Sur, y 156°, 21' de longitud Oeste. El viento había pasado al Este, y las olas del Sur, que habian hecho tan violenta nuestra navegacion antes de llegar á la altura de las islas de la Direccion, y que desde entonces habian cesado, volvieron á aparecer de nuevo. Pero en el momento que se calmaron, y algunos dias antes, vimos numerosas vandasadas de aves. Observaba diariamente que antes de ponerse el sol dirigian estas aves su vuelo ácia el Sur, e inferí de aquí que habria alguna tierra dilatada por esta parte. Creo que si el viento me hubiese favorecido, la habria encontrado; y gozando nuestra tripulacion de mejor salud, hubiera corrido al Oeste para hacer este descubrimiento. Las producciones de todas las islas

bajas que habíamos visto, parecían suponer la existencia de un continente que no podía estar lejos. Sin esta suposición sería difícil explicar cómo se ha poblado aquella larga cadena de islas; pero el mal estado de nuestra tripulación era un obstáculo insuperable para nuestros proyectos.

Al día siguiente 27 vimos volar varias aves alrededor de nuestro buque, y nos figuramos que estaríamos próximos á alguna otra isla. Continué mi ruta, aunque con precaución, porque en esta parte del Océano son muy peligrosas las islas para la navegación: como la mayor parte son únicamente tierras bajas, puede un navío dar sobre ellas antes de avistarlas. Con todo, en los días 18, 19 y 20 no descubrimos nada; y aunque un gran número de aves no dejaban el buque, seguimos siempre el mismo rumbo. Habíamos llegado á los 12° , $33'$ de latitud Sur, y 167° , $47'$ de longitud Oeste. Estábamos ya á 313 leguas de la isla del *Príncipe de Gales*.

El 21 descubrimos una cadena de

escollos que se estendian al Sur-sudoeste, y de los que distábamos solo una legua. Cerca de una hora despues se descubrió tierra desde lo alto de los palos al Oeste-noroeste, y casi á ocho leguas de distancia. Presentaba la vista de tres islas, cuyas costas, cercadas de rocas, dejaban ver varias aberturas. El lado Sudeste de estas islas se estiende á Nordeste + Norte, y Sudoeste + Oeste. De una punta á otra; en una distancia de casi tres leguas, hay un arrecife, donde choca el mar elevándose las olas á una altura inmensa. Volvimos la punta septentrional, y vimos la costa de Noroeste y la de Oeste defendidas por innumerables escollos: hubiera sido peligroso el acercarse. Nos parecieron estas islas mas fértiles y ricas, que las que habíamos visitado antes y no menos pobladas, si se ha de juzgar por el conjunto de casas que se divisaban á lo largo de la costa. A alguna distancia de la orilla había una gran piragua. Pero bien á nuestro pesar tuvimos que abandonar tan bello pais, sin poder tomar mas exacto conoci-

mpiento; á causa de los escollos, que se estendían en todas direcciones, y que nos exponían á riesgos mucho mayores que las ventajas que podría prometerme el desembarco. Creí desde luego que serían parte de las islas de Salomon, y esperaba hallar otras donde poder tocar con mas facilidad.

La cadena de rocas que descubrimos al acercarnos á estas islas se halla á los $40^{\circ}, 45'$ de latitud austral, y $169^{\circ}, 28'$ de longitud occidental; está al Norte $76^{\circ}, 48'$ Oeste de la isla del Príncipe de Gales y á la distancia de trescientas cincuenta y dos leguas. Las islas están al Oeste-Noroeste del arrecife, á unas nueve leguas. Las llame las *islas del Peligro*, y me alejé de ellas, siguiendo la dirección de Noroeste á Oste.

Esta cadena de escollos me hicieron concebir grandes temores aquella noche, y advertí de ellos á mis oficiales, que la pasaron observando sobre cubierta; esta precaución era tanto mas necesaria, cuanto que tuvimos violentos golpes de

viento acompañados de lluvia. A las nueve me volví á mi cámara, y al momento oí un gran ruido; pregunté el motivo, y me informaron que la *Thamár* que estaba delante había tirado un cañonazo, y que nuestra gente descubría escollos: corrí sobre cubierta y conocí al instante que lo que habían tenido por escollos no era otra cosa que las ondulaciones de la luna al ocultarse, que penetraban por medio de una ligera nube. Nos dirigimos adonde estaba la *Thamar*, que no descubrimos hasta una hora después.

No nos ocurrió cosa particular hasta el 27. A las diez de la mañana avistamos otra isla al Sur-sudeste, á la distancia de siete á ocho leguas. Nos encaminamos ácia ella, y á medida que nos acercábamos veíamos que sus costas se iban bajando hasta el nivel del mar. La verdura y los eocoteros que crecen en abundancia, le dan un aspecto muy agradable; baña su interior un gran lago, y en esto se parece á la isla del Rey Jorge; tiene cerca de treinta millas de

circunferencia; sus orillas son pantanosas, y la mar azota cruelmente toda la costa. Recorrimos ésta y mandé echar nuestros botes al agua para sondear y buscar fondeadero. No habiendo encontrado fondo, los volví a enviar con orden de saltar en tierra, si era posible, á fin de proporcionarnos algún refresco para los enfermos. Abordaron con mucha dificultad, y trajeron cerca de doscientos cocos, que nos parecieron en nuestra situación de un precio inestimable. Los que iban en los botes manifestaron que no habían visto nada en la isla por donde pudiese presumirse que había sido habitada. Encontraron millares de aves de mar. Eran tan poco feroces que se dejaban matar en sus propios nidos, que construyen en lo alto de los árboles; pero no descubrieron ningún cuadrúpedo. Estuve tentado de creer que esta isla era la misma que se designa en el *Neptuno Francés* con el nombre de *Maluita*, situada casi á un grado al Este de la gran isla de Santa Isabel, la principal de las de Salomon; pero habien-

dónde despues convencido de lo contrario, la he llamado la *isla del Durque de York*. Pienso que esta no había sido reconocida; la posición que dan los mapas franceses á las islas de Salomon no se funda en ninguna autoridad. Quirós es el único que pretende haberlas descubierto, y dudo que haya dejado datos que puedan servir para que las reconozcan otros navegantes (1).

Continué navegando sobre la paralela de estas islas hasta el 29 que es-

(1) Fernando Quirós descubrió la tierra austral del Espíritu Santo en 1606; Luis de Vaca de Torres tuvo parte en la gloria de este descubrimiento. Es un archipiélago que encontró M. Bougainville en 1768, y que nombró las *Nuevas Cycladas*. Pero á Cook se debe principalmente un conocimiento algo circunstanciado de ellas. Les dió el nombre de *Nuevas Hebridas* que ha prevalecido. Según su relación ofrece este país por todas partes una vegetación muy animada; las montañas que rodean la bahía en que fondeó su escuadra están enteramente cubiertas de árboles de diferentes especies. Los valles embellecidos por arroyos que fertilizan las tierras que riegan. El cocotero parece ser la producción

tando á 10°, al Oeste de la posición que se les asigna en los mapas, hice vela al Norte, con idea de atravesar la línea, y dirigir después mi ruta sobre las islas de los Larrones, adonde esperaba llegar antes que nos faltase absolutamente el agua. Nos hallábamos á los 8°, 13' de latitud Sur, y 176°, 20' de longitud Oeste.

El 2 de julio volvimos á ver aves volando sobre nuestro buque, y á las cuatro de la tarde avistamos una isla situada al Norte y á la distancia de

mas comun. Las columnas de humo que de día se elevan de todos los puntos de la isla, y los fuegos que brillan de noche, anuncian una tierra muy poblado y rica. Las dos islas de este archipiélago; de qué ha dado Cook tan grandes detalles, son las de Malícolo al Norte y la de Tano al mediodía. En esta última hay un volcan con manantiales de agua caliente. Tal vez debe Tana su fertilidad á este volcan. Los plátanos, las cañas dulces y otras diferentes especies de árboles frutales se encuentran allí con profusion. Fosters ha observado que los habitantes de la isla de Malícolo tienen una lengua en un todo diferente de la de los demás pueblos que había visitado.

seis leguas próximas. Navegamos ácia ellas hasta el crepúsculo de la tarde, que faltándonos todavía cerca de cuatro leguas, nos estuvimos bordeando toda la noche. Apenas amaneció nos presentó esta isla un punto de vista brillante: es baja y llana y está cubierta de árboles, entre los que se distinguen los cocoteros; pero la furia de las olas, y una costa pantanosa parecían como destinadas á impedir la entradá y á disminuir el placer que nos causaba la perspectiva deliciosa de esta isla. Nos dirigimos á la costa de Sudoeste, que se estiende en una línea de cerca de cuatro leguas. Apenas nos aproximamos no tardamos en conocer que había allí una población muy numerosa: vimos como mil habitantes reunidos en la playa: al punto salieron al mar mas de sesenta piraguas, y remaron ácia nuestros buques. Nos preparamos á recibirlos, y en un momento se colocaron alrededor de nosotros. Sus piraguas, de muy buena construcción, estaban tan limpias que parecían nuevas. Cada una contenía lo

mas seis personas y lo menos tres.

Nos miraron estos indios atentamente, por algunos instantes; saltó uno al agua, vino nadando ácia nuestro buque, y se encaramó por él como un gato. Apenas llegó sobre cubierta, se sentó, dando violentas carcajadas de risa: recorrió despues todo el buque, empeñado en agarrar cuanto encontraba á mano, pero sin fruto, porque como estaba desnudo, no podía ocultar nada. Los marineros le pusieron chaqueta y pantalones, y nos divirtió mucho, pues tenía todos los gestos y maneras de un mono vestido por la primera vez. Le dimos pan, que comió con una especie de voracidad, y despues de haber dado vueltas grotescas, se salió del buque por cima del bordo, con su chaqueta y sus pantalones, y se volvió á su piragua. Apenas llegó otros muchos, á imitacion suya, vinieron nadando á nuestro buque, subieron hasta las troneras, se introdujeron por ellas, se apoderaron de cuanto encontraron, volvieron á echarse al agua, y salieron nadando á una gran

distancia, aunque algunos que llevaban las manos llenas, las sacaban fuera del agua para no mojar lo que habian robado.

Tienen una talla escelente y muy bien proporcionada en todos sus miembros: su color es un bronceado claro. Su semblante no tiene nada de desagradable, y se encuentra en él una mezcla de intrepidez y jovialidad que admira. Su cabello, que dejan crecer, es negro. Unos lo llevan atado atrás en una gran lazada, y otros en tres. Algunos tienen la barba larga, otros no mas que los bigotes, y no falta quien lleve solamente un mechoncillo en la punta de la barba. Van enteramente desnudos, á excepcion de sus adornos, que consisten en conchas muy bien colocadas, de que hacen collares, brazaletes y cinturones. Tenian todos agujeros en las orejas, pero sin ningun adorno: con todo, nos pareció que los llevarian alguna vez muy pesados, porque á algunos les negaban las orejas hasta los hombros, y muchos las tenian abiertas enteramente. Uno que parecia gozar de

alguna consideración entre ellos, temía por cinturon un cordon guarnecido de dientes humanos, que precisamente serian trofeos de sus expediciones guerreras; porque no lo habrian cambiado por todo quanto le hubiésemos ofrecido. Habia algunos sin armas, y otros las llevaban tan temibles, que no es posible se hayan visto semejantes: era esta atina una especie de lanza muy ancha por un extremo, y guarnecida por los dos lados, en un espacio de tres pies, de dientes de pescado, tan asilados como lancetas. Les mostramos cocos, dándoles á entender por señas que necesitábamos de ellos: pero lejos de darnos ninguna esperanza, se apresuraban á robarnos los nuestros.

Los botes que habia yo enviado á reconocer algun sitio á propósito para anclar, volvieron á poco con la noticia de que cerca de la costa habian encontrado treinta brazas de agua, pero que el fondo era de coral, y que estaba muy cerca de los escollisos para poder anclar con seguridad.

Me ví, pues, en la precision de darme á la vela sin haber podido proporcionar refresco á nuestros enfermos. Esta isla, á la que más oficiales quisieron dar mi nombre, está situada á $1^{\circ}, 18'$ de latitud Sur, y $173^{\circ}, 46'$ de longitud Oeste.

Despues que partimos de la isla Byron, vimos durante muchos días algunos pescados, pero no pudimos coger mas que trágones (*Qoulus*), que se sirvieron en mi mesa, y que á falta de otros platos me parecieron excelentes. Principiaba á hacerse sentir en nuestra tripulacion la disenteria. El cirujano creía que esta enfermedad era producida por el calor excesivo y las continuas lluvias.

El ~~21~~ se acabó nuestra provision de cocos, y el escorbuto principió á hacer nuevos progresos. Los cocos son un remedio eficaz contra esta terrible enfermedad: los que estaban atacados hasta el estremo de tener todo su cuerpo negro, y de no poderse mover por sí mismos, y que ademas de la debilidad sufrian los mas agudos dolores, se restablecian al momento,

aiuque permaneciesen á bordo , co-
miendo carne de coco. A pocos dias
recobraron sus fuerzas , volvieron á
hacer servicio , y á subirse por los
palos con la misma ligereza que an-
tes de su enfermedad. Durante mu-
chos dias no tuvimos mas que unas
débiles brisas y una calma: por con-
siguiente navegamos muy poco. Co-
mo sabíamos que nos hallábamos cer-
ca de las islas de los Larrones , que
debíamos mirar como un sitio en que
podíamos proporcionarnos todos los
víveres que necesitábamos tanto , sus-
pirábamos por vientos frescos , mu-
cho mas cuando esperimentábamos
calores insopportables. El termóme-
tro , que subia comunmente á 88° ,
estuvo mucho tiempo sin bajar de
81°. Esta navegacion es seguramen-
te la mas calorosa , la mas larga
y de mas peligro que se ha hecho
nunca.

El 21 estábamos á los 13°, 9' de
latitud Sur , y 158°, 50' de longitud
Oeste: el 22 era nuestra latitud de
14°, 25' Norte , y la longitud de 153°,
11' al Este. En este intervalo esperi-

mentamos una corriente que se dirigia al Norte. Hallándonos entonces casi á la latitud de Tinian, me encaminé ácia esta isla.

CAPÍTULO XI.

Llegada del *Delfín* y de la *Thamar* á Tinian. — Descripción de esta isla. — Relación de lo que ocurrió en ella.

El 28 vimos un gran número de aves que continuaron volando alrededor de nosotros hasta el 30, en que á las dos de la tarde avistamos tierra al Oeste rumbo N. Conocimos que eran las islas de Saypan, Tinian y Aiguigan. Estas tres islas aparecen desde lejos como una sola, y en el momento de ponerse el sol se estendían desde N. O. al rumbo N. pasando por O. hasta S. O. A las siete nos acercamos mas, y pasamos la noche bordeando. El 31 á las seis de la mañana, teníamos los extremos de estas islas, que aparecían siempre como una sola, desde N. O. al N. hasta S. O. al Sur á cinco leguas de distancia. La costa oriental está situada á N. E. al N. y S. O. al Sur. Saypan es la mas occidental, y desde su punta N. E.

hasta la punta S. O. de Aiguigan hay cerca de diez y seis leguas de distancia: estas dos islas distan de la otra tercera de dos á tres leguas. Saypan es la mayor, y Aiguigan, cuyas tierras son elevadas y de figura circular, es la mas pequeña. Llegamos á la costa oriental, y al mediodia doblamos la punta meridional de Tioian, pasamos por entre esta isla y Aiguigan, y vinimos á anclar á la punta S. O. de la primera, cerca de cinco cuartos de milla de la costa, y casi á tres cuartos de milla de una cadena de rocas, que se encuentra á cierta distancia de la costa, en el mismo sitio en que fondeó el Lord Anson con el *Centurion*. El agua del mar estaba tan clara, que se distinguía perfectamente el fondo á ciencia cuarenta pies de profundidad. A las 11.30 A.M. Apetas se amarró nuestro buque, salté en tierra para determinar el sitio en que habitant de situarse las tiendas de los enfermos, que eran muchísimos. No temíamos un marítimo que no estuviese atacado de escorbuto, y muchos se hallaban en el últi-

mo estremo. Encontramos muchas cabañas ; que los españoles y los indios habrían abandonado el año anterior, porque aun no había llegado ninguno en aquel año , ni era probable que lo verificasen en algunos meses : el sol estaba en su Zenit , y las lluvias habían principiado.

Despues que marqué el sitio en que debían colocarse las tiendas , me propuse , con seis ó siete de mis oficiales , penetrar en el interior de la isla para descubrir aquellos puntos de vista , aquellas perspectivas encantadoras , aquellos prados cuya verdura se interrumpe únicamente con la variedad de las flores , y que estan animados con numerosos rebaños . Estábamos impacientes por gozar de la vista de aquella deliciosa comarca , de que se hace tan interesante descripción en el viaje de Lord Anson . Con todo , el objeto mas importante para nosotros era proporcionarnos teseas , que nos hacian summa falta ; pero estaba la isla tan poblada de espesos bosques y matorrales , que no alcanzábamos á ver más á dos toesas

de distancia, y teníamos que llamar-nos unos á otros para no perdernos en unos bosques tan impracticables. El calor excesivo nos había hecho salir en mangas de camisa y sin otra ropa que unos pantalones largos, y los zapatos que al momento se nos hicieron pedazos. Con indecible trabajo atravesamos aquellos bosques, y no pudimos menos de extrañar que fuese todo aquello muy distinto de la pintura que se nos había hecho. La llanura estaba enteramente cubierta de cañas y espinos, que en muchos sitios eran mas altos que nuestros cuerpos, y que generalmente nos llegaban á la cintura. Detenidos á cada paso en un terreno tan escabroso, llevábamos las piernas desgarradas. Ibamos cubiertos de moscas de pies á cabeza, y aun pudiéramos decir que llevábamos la boca llena, y que muchas se nos entraban hasta la garganta. Despues de haber andado de tres á cuatro millas, vimos un toro y le tiramos; y poco antes de anochecer nos volvimos á donde habíamos desembarcado, tan mojados como si

acabásemos de salir del agua, y tan cansados que apenas podíamos mantenernos en pie. Inmediatamente envié por el toro que habíamos muerto. Durante nuestra ausencia se había ocupado la gente en poner las tiendas y trasportar á los enfermos.

El dia siguiente, 1.^o de agosto, lo empleamos en levantar nuevas tiendas, desembarcar las barricas del agua y limpiar el pozo destinado al aguada. Pienso que este pozo es el mismo de que se sirvió el *Centurion*, y era el mas malo que habíamos encontrado desde que estábamos en el mar. La rada donde habíamos anclado ofrecía mil peligros en aquella estacion: el fondo era de arena, cubierto de grandes masas de coral, y como el ancla no tenía agarradero, estábamos en un peligro continuo de que se cortase los cables por algunos pedazos de coral duros y afilados. Para prevenir este mal en cuanto fuese posible, hice guarnecer los cables de trecho en trecho, de toneles vacíos sujetos á ellos para que flotando impidiesen que tocasen los cables á los

corales. Usé también de otra precaución, cuya utilidad me había acreditado la experiencia: consistía en que despues de haber andado y notado que los cables se hallaban en muy mal estado, determiné mantenerme sobre una sola ancla, á fin de que arreando ó virando, segun que fuesen los vientos mas ó menos fuertes, no tuviese nunca bastante contrapeso para hacer fondo: este medio correspondió á mis deseos.

La mar estaba en este parage muy alborotada, yo no había visto nunca buques anclados que experimentasen tan fuertes ataques. Nos vimos un dia acometidos de las olas, que impedidas por un viento de O. eran tan terribles, y se estrellaban con tal furia sobre el arrecife, que me ví obligado á salir al mar, donde estuve cerca de ocho dias; porque si de noche se nos hubiese roto el cable y soplado viento de mar, como sucedia frequentemente, nada habria impedido que se hubiese estrellado el buque contra las rocas.

Como me hallaba yo atacado de

escorbuto; dispuse que se situase mi tienda en la orilla. También se colocó en tierra la fragua y se principiaron á componer los hierros de los dos buques. Descubrimos bien pronto que la isla producía limones, naranjas agrias, cocos, la fruta del pan (1), guayabas y otras frutas; pero no encontramos sandías, ni tampoco aceeras ni otras plantas anti-escorbúticas.

Durante la navegación no se nos había muerto ni un solo hombre de las dos tripulaciones, á pesar de las crueles fatigas que habíamos sufrido, y de los climas tan diversos que habíamos recorrido; pero en Pinian murieron dos marineros de calenturas, y otros muchos se vieron atacados de esta enfermedad después que sanaron del escorbuto. No puedo dejar de creer que no sea muy mal sano el clima de esta isla, al menos en la estación en que estuvimos nosotros: las lluvias son violentas y casi con-

(1) En el viaje del Lord Ansón se halla una descripción de esta fruta.

tinuas, y el calor es escesivo. El termómetro que habia á bordo estuvo generalmente á 86°, esto es, 9° mas de calor de sangre, y si hubiese estando en tierra habria subido mucho mas. Ya habia estado en las costas de Guinea, en las Indias Occidentales, y en la isla de Santo Tomás, que está bajo la linea, y nunca habia sentido tanto calor. Pero no es el rigor del clima la única molestia que se sufre en esta isla: hay escorpiones, ciento-pies, y grandes hormigas, cuyas picaduras son igualmente dañosas: hay tambien una infinidad de insectos venenosos que nos eran desconocidos, y nos molestaban mucho: sus picaduras causaban dolores agudos, y temblábamos de caer en cama; los habia á bordo lo mismo que en tierra, pues habian ido con la leña y tomado posesion de todos los rincones de los buques, sin dejar descansar á los marineros en ninguna parte.

Apenas estuvieron corrientes las tiendas, y todo dispuesto para los enfermos, envié gente á que buscasen

reses: muy lejos se descubrieron algunas, pero eran tan feroces que no se aguardaban á tiro. Cuando se supieron sus guaridas envió varias batidas para que matasen algunas, y despues de andar veinte y cuatro horas tras ellas para poderlas alcanzar, una, cuando la traían á las siete ó ocho leguas de camino por entre bosques y matorrales, estaba llena de moscas, exalaba un olor pestilente y no podia servir para nada. Lo peor era que estenuada nuestra gente con tan penosas escursiones, caían enfermos de calenturas, de que se curaban con mucho trabajo.

Con menos dificultad nos proporcionamos aves: abundaban tanto que se mataban á poco trabajo, pero la carne nos pareció de mal gusto, y era tal la calor que una hora despues de muertas ya apestaban.

Abunda esta isla en javalies, que era nuestro principal recurso para tener carne fresca. Son muy feroces, y tan grandes que suelen pesar doscientas libras: se mataban con facilidad. Pero un negro que venia á bor-

:

do de la *Thamar* discurrió el medio de cogerlos con lazo, lo que nos fue muy ventajoso; pues estábamos seguros de comer todos los días carne fresca, ademas de haber enviado á bordo una escelente provision.

Mientras que nos ocupábamos en ver la manera de proporcionarnos con menos fatiga carne fresca de vaca, descubrió el contra-maestre Mr. Gore un sitio muy agradable al N. O. de la isla, abundante de reses, y de donde podian conducirse por mar. Envié allá inmediatamente una tienda para que estuviese la gente con mas comodidad. Todos los días llegaban nuestros botes con lo que se habia cogido; pero algunas veces la furia del mar impedia que abordasen, y el bote de la *Thamar*, que intentó en una ocasión oponerse al ímpetu de las olas, perdió tres hombres.

Nos veíamos ya con una abundante provision de carne y de otros víveres frescos. Diariamente se cocía pan para los enfermos. Como era menor el trabajo, se disminuían las calenturas. El pescado que se coge

en esta costa es esquisito pero muy dañoso, y ocasiona molestos accidentes á los que lo comen. El autor del diario de Lord Anson dice que á bordo del *Centurion* creyeron que debían abstenerse absolutamente de pescado, porque los que lo habían comido se habían sentido muy desazonados.

Pero nosotros interpretamos mal esta expresion, creimos que el pescado había hecho daño á la gente del *Centurion*, porque lo habrían comido con exceso; y juzgamos que no debíamos abstenernos de él completamente, aunque sí comerlo con moderacion. En nosotros mismos hicimos una experiencia que podria haberndis costado caro: cuantos comieron pescado, aunque fuese en corta cantidad, cayeron gravemente enfermos y estuvieron á pique de perder la vida.

Produce esta isla algodon y añil con abundancia; y seguramente sería muy productiva si estuviese situada en las Indias Occidentales. El cirujano de la *Thamar* plasitó diferentes

semillas en un terreno que se había tomado el trabajo de cercar; pero nuestra permanencia en aquel punto no fue suficiente para que cogiésemos el fruto de este nuevo huerto.

Mientras que estábamos en la rada envíe la *Thamar* á que reconociese la isla de Saypan, mas considerable por su estension que la de Tinian; la elevacion de sus tierras la presenta bajo un punto de vista muy agradable: la *Thamar* fondeó á una milla de distancia de aquella isla, sobre diez brazas de agua, y con el mismo fondo que teníamos en Tinian. Saltó en tierra su gente y se encontraron una hermosa playa de arena que se estiende de seis á siete millas: recorrieron el interior de la isla, donde vieron muchos árboles muy á propósito para hacer palos de navío. Hallaron tambien muchos javalíes y guanacos, pero ninguna otra res ni ave. No encontraron cerca de la playa ninguna fuente de agua dulce; pero descubrieron una gran balsa en un parage á donde no se acercaron. Un monton de conchas del marisco

que produce las perlas que habia en la orilla, y otros muchos vestigios les hicieron creer que no habia mucho tiempo que habrian llegado á aquella isla algunos navegantes. Puede ser que los españoles fuesen allí en ciertas épocas del año á hacer la pesca de las perlas. Vieron tambien muchos de aquellos pilares de figura piramidal, colocados sobre una base cuadrada, cuya descripción puede verse en el viaje del Lord Anson.

El lunes 30 de setiembre, restablecidos ya perfectamente nuestros enfermos, dispuse que se embarcasen las tiendas, la fragua, el horno y cuanto teníamos en tierra, y provistos de cuantos víveres nos habia proporcionado la isla, especialmente de cerca de dos mil cocos, cuya eficacia contra el escorbuto habíamos experimentado; aparejamos el 1.^o de octubre, y salimos de la rada de Tinian, donde habíamos hecho un descanso de nueve semanas. Esperaba antes de llegar al meridiano de las islas de Bashia, encontrar el monzon que hay al N. E. Seguí costeando para to-

mar á bordo á los que habian enviado á la caza de reses mayores. Hizo muy poco viento todo aquel dia hasta el siguiente 2 por la tarde, que pasó al O. Dirigi entonces mi rumbo al N., y el 3 por la mañana avistamos la isla de Anatacan, que se distingue por la altura de sus tierras, y que habia sido reconocida por el Lord Anson antes de tocar en Tinian.

CAPÍTULO XII.

Navegacion desde Tinian hasta Pulo-Timoan.-Descripcion de esta isla, de sus habitantes y producciones.-Ruta desde Pulo-Timoan hasta Batavia.

Continuamos navegando al N. hasta el 10, que hallandonos á los 18°, 33' de latitud Sur, y 136°, 50' de longitud O., nos encontramos veinte y dos millas mas al Sur de lo que creímos.

El 18 se halló el buque á diez y ocho millas al N. de su latitud estimada, y vimos alrededor nuestro muchas aves de tierra que parecian muy cansadas. Cogimos una que pesó sobre uno de nuestros botavantes. Nos pareció muy rara: era del tamaño de un anzar, el pico y las piernas eran negros, como el ébano, y hacian contraste con las plumas que eran blancas como la nieve; el cuello ten-

dría cerca de un pie de largo, y era tan delgado como el de una grulla; el pico era corvo, pero tan largo y tan grueso que parecía imposible que los músculos del cuello pudiesen sostenerlo. Vivió cuatro meses de pan y agua; pero se iba aniquilando de dia en dia y hubo de morir por falta de un alimento que le fuese mas análogo. Se puso tan delgada que parecía un esqueleto. No creo que esta, distinta de todas las especies de *tucan*, de que hace mención *Edwards*, haya sido descrita por los naturalistas. Estas aves debían haberse estraviado de algunas islas no marcadas en los mapas y al N., de las cuales habríamos pasado.

Habiendo resuelto tocar en las islas de Bashea, me encaminé á la de Grafton, que estábamos viendo; pero como es muy peligrosa la navegación desde estas islas al estrecho de Banca, y un cielo hermoso y un viento fresco nos permitían forzar velas, creí que sería más prudente proseguir nuestra ruta, y degé el cabo al O. Entre las islas de Bashea hay cinco

principales: la posicion de la de Grafton, segun observamos, está á los 21° , $81'$ de latitud S. y 118° , $14'$ de longitud O.

El 14, estando á los 16° , $59'$ de longitud N., y 113° , $1'$ de latitud O., reconocimos los triángulos que estan ácia fuera de la punta de Prasil, y forman uno de los escollos mas peligrosos. El 30 vimos muchos árboles flotando sobre el agua; la mayor parte eran bambús. Estábamos á los 7° , $14'$ de latitud N., y 104° , $21'$ de longitud O.

A las siete de la mañana del 3 vimos la isla de Timoan al S. O. $\frac{1}{2}$ O. á la distancia de cerca de doce leguas. Como Dampierre hace mención de esta isla como de un sitio en que pueden proporcionarse refrescos, tuve intenciones de tocar en ella, pues nos alimentábamos de salados que principiaban á corromperse. Pero las brisas, las calmas, y las corrientes del Sur, me impidieron que fondease antes del 5 por la noche que anclamos en una bahía al lado oriental de la isla, casi á dos millas de la costa.

Al dia siguiente fuimos á tierra para ver lo que encontrábamos. Los habitantes, que son malayas, nos parecieron muy feroces. Apenas vieron que nos acercábamos corrieron en gran número á la orilla del mar llevando en una mano un cuchillo muy grande, en la otra una pica armada de una punta de hierro, y en la cintura una especie de puñal. A pesar de todo desembarcamos, e inmediatamente principiamos á negociar con ellos: pero todo lo que pudimos proporcionarnos se redujo á una docena de aves, una cabra y un cabrito. Les ofrecimos en cambio cuchillos, hachas y otros instrumentos de esta especie; pero los reusaron con cierto aire de desprecio, y pidieron rupias. No teniéndolas no sabíamos como pagar lo que habíamos tomado: discutí ofrecerles pañuelos, y como por hacernos merced se dignaron aceptar los mejores.

La estatura de ellos es menos que mediana, pero son muy bien formados. Su color es un bronceado oscuro casi negro. Vimos entre ellos un viejo

que con corta diferencia estaba vestido como un persa. Los demás estaban desnudos, y solo llevaban un pañuelo á la cabeza á manera de turbante, y unos pedazos de tela alrededor de las caderas, sujetos con un broche de plata. No se presentó ninguna muger, pues sin duda tienen cuidado de no dejarlas ver de los extranjeros. Sus casas, hechas de palos de bambú, son aseadas y bien construidas: se elevan sobre vigas á unos ocho pies del pavimento. Sus cañas están tambien muy bien hechas. Vimos algunas de un tamaño considerable, de que probablemente se sirven para ir á comerciar á Malacca. Cuando estuvimos en tierra nos pareció aquel pais muy agradable y poblado de árboles.

La isla es montuosa: produce en abundancia palmitos y cocoteros; pero los habitantes no tuvieron por conveniente de darnos de estos frutos. Divisamos algunos sembrados de arroz. Las demás producciones vegetales de la isla no las conocemos, pues habiendo permanecido allí solo treinta y seis horas, no nos fue posible recorrer to-

do aquel pais verdaderamente fértil.

A pesar de la violenta y continua agitacion de las olas en la bahía en que estábamos anclados, hicimos una pesca abundante. Echamos la red, y tuvimos muy buena suerte. Pero era fácil de conocer que esto habia de incomodar á aquellos habitantes, que miraban como propiedad suya los peces de sus costas. Dos hermosos ríos desembocan en la bahía: su agua es escelente, y la encontramos tan superior á la que teníamos á bordo, que llenamos cuantas vasijas se pudieron cargar en el bote en dos viajes. Mientras que estábamos anclados nos trajeron unos cuantos insulares un animal que tenía el cuerpo de liebre y las piernas de gamo: uno de nuestros oficiales lo compró. Hubiéramos querido conservarlo vivo, pero nos era imposible darle el alimento á que estaba acostumbrado. Hubo que matarlo, y su carne tenía muy buen gusto. Mientras permanecimos delante de esta isla estuvo el tiempo tempestuoso; los relámpagos y la lluvia, acompañados de grandes truenos, eran tan

contínuos, que no nos dejaban ningun descanso.

Viendo en la mañana del 7 que nos era imposible proporcionarnos nuevos refrescos, aparejamos para aprovechar una buena brisa de tierra. Por la tarde observamos que la corriente nos impelia al S. E. con una celeridad que podria calcularse en una milla por hora. Navegamos por aquellos parages en la estacion mas contraria, y cuando llegamos á la latitud de Pulo-Condore no tuvimos mas que ligeras brisas y calmas, interrumpidas por contínuas lluvias, relámpagos y truenos.

El 10 descubrimos la punta oriental de la isla de Lingen que la teníamos al S. O. + O. á once ó doce millas de distancia. La corriente caminaba al E. S. E. con una celeridad de una milla por hora. A mediodia calmó el viento, y á la una aclaró y avisamos al S. O. 5°, 30' Sur y á la distancia de diez á once leguas una pequeña isla.

El 11 á la una de la noche levamos ancla y nos dimos á la vela.

A las seis teníamos la isla, de que acabamos de hacer mención, al O. S. O. casi á siete leguas de distancia. Un grupo de otras islas muy pequeñas que tuvimos por las islas *Domines*, estaba situado al O. 5° , $30'$ N. á la distancia de siete á ocho leguas, y dos puntas muy notables de la isla de Lingen al O. \pm N. O. á la distancia de diez á doce leguas. Nuestra latitud observada era entonces de $18'$ Sur; la latitud de la punta oriental de Lingen de $10'$ Sur, y la longitud oriental de 105° y $15'$ Pulo-Taya está casi al Sur \pm S. O. y á la distancia de cerca de doce leguas.

El 12 á las diez de la mañana vimos al N. E. una pequeña embarcación chinesca. Al dia siguiente á las siete de la mañana avistamos una isla de poca estension llamada *Pulo-Toté*, que se hallaba al S. E. \pm E. á la distancia de cerca de doce leguas. Un poco al N. de *Pulo-Taya* hay una isla muy pequeña llamada *Pulo-Taupoa*.

El dia siguiente 13 á las cuatro de la tarde, habiendo calmado el viento, anclamos sobre catorce brazas de agua

y fondo blando, dejando á *Pulo-Taya* al N. O. á una distancia de cerca de siete leguas. En este parage caminaba la corriente al E. + S. E. con una celeridad que calculamos por dos cuerdas y dos brazas por hora. Casi á cuatro millas de distancia vimos un eslup que enarboló pabellon holandés. Por la noche sufrimos vijolentas lluvias acompañadas de ráfagas. Un golpe de viento rompió el cable que teníamos en el agua y nos vimos obligados á echar otra ancla. A las ocho de la mañana del 14 ya más manso el viento, varió de N. N. O. á O. S. O.; echamos la chalupa al agua, levamos ancla, y á las nueve nos dimos á la vela. La violencia de la corriente nos arrastraba al E. A las dos volvimos á anclar, dejando á *Pulo-Taya* al N. O. + N. de siete á ocho leguas de distancia. El eslup que habíamos visto la víspera con pabellon holandés, estaba anclado en el mismo sitio, y envíe un bote con un oficial para que tomase de él algunas noticias. El oficial fue muy bien recibido; pero se admiró de no poderse dar y entender, pues no encon-

10*

tró en aquel buque mas que malayos y ni un solo blanco. Presentaron té al oficial, y le guardaron las mayores consideraciones. El eslup era de una construccion singular; tenia el puente de bambú, y le servian de timon dos grandes maderos colocados en sus dos extremos.

El dia siguiente 15 á las seis de la mañana nos dimos á la vela: á las dos la isla de Monopin-Hill, que le teníamos al S. + S. O. á la distancia de diez á doce leguas, presentaba la vista de una isla pequeña. Está al Sur + S. O. de las siete islas, de las cuales dista cerca de doce leguas: su latitud es de 2° Sur. Despues que llegamos á la altura de las siete islas, navegamos al S. O. + S., y á poco vimos la costa de Sumatra, que se estiende de O. S. O. á O. + N. O. El 16 á las cuatro de la mañana continuamos nuestra ruta navegando al Sur + S. E., hasta que dejamos la punta de Monopin-Till y la de Batacarag que está en la costa de Sumatra, una al E. y otra al S. E., á fin de evitar el escollo peligroso de *Frédéric Itendrick*, que se halla en la

mitad del camino que separa á Banca de Sumatra. Tomamos entonces al E. S. E., navegando por medio del canal para huir tanto de una barra que hay á la entrada del río Palamban como de la que se halla á la altura de la punta occidental de Banca. Cuando estuvimos en medio del río de Palamban, encontramos que el fondo estaba regularmente de siete á quince brazas, dando las sondas después que lo pasamos quince y diez y seis brazas. Continuamos navegando al E. S. E., entre la tercera y la cuarta punta de Sumatra que distan una de otra cerca de diez leguas. La tierra alta de Queda Banca que se descubría mas allá de la tercera punta de Sumatra, la teníamos al E. S. E. Desde la tercera punta á la segunda, distancia de once á doce leguas, la ruta es á S. E. & S. La tierra alta de Queda Banca y la segunda punta de Sumatra, estan situadas entre E. N. E. y O. S. O. El canal tiene cerca de cinco leguas de ancho, y en medio de él se encuentran veinte y cuatro brazas de agua. Fondeamos á las seis de la tarde, dejan-

do á Monopin-Till al N. ♦ rumbo O. y la tercera punta de Sumatra al S. E. ♦ E. á la distancia de dos á tres leguas. Descubrimos desde allí muchos buques, la mayor parte con pabellón holandés. Por la noche tuvimos un viento recio con granizo, truenos, relámpagos y gran lluvia; pero como estábamos muy bien asegurados en aquel fondeadero, nos libertaron nuestros buenos cables de ser arrojados contra la costa.

El 17 á las 5 aparejamos, teniendo un viento moderado de O. y el cielo nublado.

El 19 hablamos á un buque inglés de nuestra compañía de las Indias: había salido de Beencoolen para ir á Malacca y despues á Bengala. Se nos habían corrompido las principales provisiones; la vaca y el puerco exalaban un hedor insopportable, y el pan estaba lleno de gusanos. No bien supo nuestra situación el capitán del buque de la compañía, cuando al momento nos envió un carnero, una docena de gallinas, y una tortuga, que segun creo, era la mitad de sus provisiones, y tu-

vo la generosidad de no aceptar ótro pago que nuestro agradecimiento. Tengo un placer en tributarle mi reconocimiento , sintiendo no recordar su nombre ni el de su buque.

Por la tarde nos aproximamos á la punta de Sumatra, y á lo largo de la costa del Norte y á milla y media de la costa dieron las sondas catorce brazas. Anclamos á las tres y media, y envié un bote para que sondease , á causa de los escollos que se estienden al N. de la isla llamada *Lucipura*, que la teníamos al S. "E. & E. y á la distancia de cerca de seis leguas. Una brisa demasiado débil, y las olas que nos impelían al N., no nos permitieron pasar antes del 20 por la tarde, que lo verificamos por entre los escollos y la costa de Sumatra. Este canal es muy frecuentado y conocido para que me detenga en los particulares que ocurrieron cuando pasamos por él. Solo diré que el miércoles 17 á las seis de la tarde pasamos por entre las islas de Edam y Hornos , y entramos en la rada de Batavia.

A las 8 anclamos á alguna distan-

cia de los buques, dejando la isla de Onrust al O. N. O. á la distancia de cinco á seis millas.

CAPÍTULO XIII.

Parada en Batavia y salida de este puerto.

El 28 de noviembre conforme á nuestro diario (aunque hallamos que era el 29, segun la fecha verdadera de Europa, por la cual habíamos perdido un dia, siguiendo el curso anual del sol), fuimos á fondear mas cerca de la ciudad, y saludamos á la fortaleza con once cañonazos que nos fueron contestados. Habia en esta rada mas de cien buques de todos tamaños, y entre ellos un navío inglés de Bombay, que nos saludó con trece cañonazos.

La compañía holandesa mantiene allí siempre un navío almirante. Su comandante, que entre sus compatriotas es siempre sugeto de rango, tuvo por conveniente enviar me su bote: el encargado que venia en él, tan mal vestido como de mala cara, me preguntó quiénes éramos; de dónde veníamos; cuál era nuestro destino, con otras muchas preguntas no me-

nos impertinentes. Se disponia al mismo tiempo á escribir mis contestaciones, cuyo trabajo le ahorré, suplicándole que saliese inmediatamente de mi buque y se marchase á su bote, lo que ejecutó sin replicar.

Cuanto llegamos á Batavia no teníamos ningun enfermo en las dos tripulaciones; pero como supiésemos que el aire es allí mas dañoso que en ningun otro parage de las Indias en la estacion de las lluvias, que estaba próxima, determiné salir de aquella rada apenas estuviésemos en disposicion. Salté en tierra para visitar al general, y se hallaba en su casa de campo, casi á cinco millas de Batavia: me encontré á un oficial, que era el introductor de los extranjeros. Me propuso con empeño llevarme adonde estaba S. E. sino quería esperar á que volviese. Admití sus ofertas, y partimos al momento. El general me recibió con el mayor agrado, y no dejó la elección entre buscar un alojamiento en la ciudad, ó tomar una habitacion en el pabellon. Este es una casa grande y her-

mosa, que arrienda el general á un particular con privilegio exclusivo de hospedar en ella á todos los extranjeros, que los hay allí siempre en gran número. Un habitante que se atreviese á dar cama á un extranjero, aunque no fuese mas que una noche, pagaría una multa de cerca de dos mil quinientas libras de moneda francesa. Hay pocos grandes edificios en Batavia, pero las casas reunen la regularidad en la construcción con cuanto puede hacerlas cómodas y agradables por dentro. Las calles son anchas y derechas, y la mayor parte tienen canales por medio con grandes árboles á un lado y otro. Estos canales, parecidos á los de las ciudades de Holanda, son útiles para los comerciantes, que pueden hacer conducir por agua sus mercaderías hasta las puertas de sus casas; pero al mismo tiempo deben producir una humedad perniciosa para el vecindario. Se conoce que estando construida la ciudad sobre un terreno pantanoso, son necesarios los canales para que corran las aguas, al mismo tiempo

que los árboles que embellecen las calles impiden la circulacion del aire, y absorven los vapores que exalan las aguas.

Apenas se encontrará una ciudad mas poblada en Europa. Batavia parece el punto de reunion de todas las naciones. Holandeses, portugueses, chinos, persas, moros y malayos habitan esta ciudad, y hermosean su sociedad. Los chinos tienen un cuartel separado, y son los que hacen mayor comercio: llegan al puerto todos los años de diez á doce embarcaciones chinas de gran tamaño. A este comercio se debe en gran parte la opulencia que disfrutan los holandeses en Batavia. Si la variedad de los placeres, el buen acogimiento, y las producciones mas capaces de lisonjeear el gusto hacen este pais delicioso, se turba esta satisfaccion por una infinitad de insectos venenosos, que no dejan un momento de descanso. Sus alrededores se aproximan á la magnificencia de los de Londres. Admira principalmente la belleza de los caminos hermoseados de un lado

por un canal que está rodeado de soberbios y frondosos árboles, ofreciendo las casas de campo un punto de vista encantador; el canal es navegable por grandes barcas. Los dueños de estas casas de campo residen en ellas, siempre que se lo permiten sus ocupaciones, pues en el campo se respira un aire más puro y más sano que en la ciudad. El lujo es tan estremado, que casi se tiene á men-
guia andar á pie.

Impaciente por dejar á Batavia, donde habíamos llegado el 28 de noviembre, apresuraba nuestra marcha. Apenas embarecamos refrescos y una provisión de arroz para el resto del viaje, aparejamos; y el 10 de diciembre salimos de la rada. El fuerte nos saludó con once cañonazos, y el navío almirante con trece, á que contestamos. También fuimos saludados por un buque inglés. Nos encaminamos ácia la isla del Príncipe, que se halla en el estrecho de la sonda, y el 14 fondeamos en ella. En esta travesía recibimos de la costa de Java votes cargados de tortugas, y

:

nos proporcionaron tan gran cantidad, que no se daba otra cosa á las dos tripulaciones. Permanecimos anclados delante de la isla del Príncipe hasta el 19, sin comer todavía mas que tortugas, que nos vendían á muy buen precio los habitantes de la isla. Despues de haber cargado cuanta agua y leña pudimos, nos dimos á la vela, y antes de anochecer habíamos doblado la punta de la isla de Java. Unas calenturas pútridas, acometieron furiosamente á nuestras dos tripulaciones: murieron tres de mis marineros, y otros muchos estaban muy graves, y sin esperanzas de vida. Pero en Batavia no perdimos ni un solo hombre, cosa que, á pesar del poco tiempo que permanecimos allí, se miraba como una felicidad extraordinaria. Apenas estaríamos quince dias en el mar, cuando tuvimos el gusto de ver á todos los marineros completamente restablecidos.

CAPÍTULO XIV.

Llegada al cabo de Buena-Esperanza. — Vuelta á Inglaterra.

Seguimos navegando cerca de cuarenta y ocho días, sin que nos ocurriese cosa particular. En este tiempo tuvimos únicamente la desgracia de perder á uno de nuestros mejores artilleros. Cayó al agua, y no pudimos salvarlo. El 10 de febrero avistamos la costa de Africa, de que solo distábamos siete leguas, y que se extendía desde N. N. O. á N. E.; parecía dividida por altas montañas, entre las que se veía la tierra que declinaba suavemente en una pendiente cubierta de arena blanca. Su latitud S. era de $34^{\circ}, 15'$, y su longitud O. de $21^{\circ} y 45'$. La aguja marcaba 22° al O., y la sonda nos dió 53 brazas, fondo de arena gruesa y oscura.

Nos encaminamos á tierra, y

cuando estuvimos casi á dos leguas de ella, vimos un humo espeso que salia de una playa de arena. Me seguíré que sería producido por los hotentotes, y estrañaba que escogiesen para vivir aquel punto de la costa, que no parecía estar cubierto mas que de arena, donde no se veía ni árbol ni yerba; y donde se estrellaba el mar con tal violencia que era imposible pescar.

El 12 á las tres de la tarde dobramos el cabo de Lagullas, desde donde se estiende la costa á O. N. O. hasta el Cabo de Buena-Esperanza, que dista de allí treinta leguas. El dia siguiente 13 pasamos por entre la isla *Pinguin* y la punta-verde, y entramos en la bahía de las Tablas, risadas todas las velas bajo nuestras gavias. Anclamos á las tres de la tarde, y saludamos al fuerte, que nos contestó. Me digeron los holandeses que ninguno de sus buques se habría atrevido á entrar en la bahía con un viento tan contrario, y que con admiración nos habían visto entrar y maniobrar con mas ligereza y facilidad que se hace

comunmente con el viento mas favorable.

El 14 por la mañana salté en tierra para ir á visitar al gobernador, cuyo coche me esperaba. Era hombre de edad avanzada, y muy popular. Me recibió con la mayor atención, tuvo la finura de ofrecerme una habitación en su casa de campo, por todo el tiempo que permaneciese en el cabo, y me rogó que dispusiese de su coche como si fuese propio. Comiendo un dia en su casa con otras personas, tuve ocasión de hablar del humo que había visto en la playa, en un punto de la costa, en que todo anunciaaba la esterilidad de la tierra; y añadí que me había esto causado alguna estrañeza. Me dijo el gobernador que no hacía mucho tiempo que otro buque que se había acercado á aquella costa, había visto lo mismo que yo, mucho humo, aunque aquella tierra, que se suponia ser, una isla, estuviese inhabitada: me informó con este motivo de que había cerca de dos años que dos buques holandeses de la compañía de las

Indias habian salido de Batavia para el Cabo, y que no se habia vuelto á saber de ella. Sospechaba el Gobernador que uno de estos buques, ó tal vez los dos, habrian naufragado en aquel parage, y que el humo que se habia visto serfa de aquellos infelices abandonados en aquella soledad: añadió que muchas veces se habian enviado barcos para aclarar tales conjeturas, pero que la mar azotaba aquellas costas con tal furia, que habian tenido que volverse sin atreverse á llegar. Me commovió la relacion de una aventura tan lamentable, y sentia no haberlo sabido antes para hacer todos los esfuerzos posibles por encontrar á aquellos desgraciados y sacarlos de aquella tierra en que probablemente debian perecer de miseria.

El Cabo es un escelente fondeadero para los buques que tengan que doblar aquella punta meridional de Africa. El clima es fresco, y la campiña bellísima y abundante de toda especie de víveres. El jardin de la compañia es delicioso. En uno de sus

estremos hay una casa de fieras que pertenece al Gobernador, que no omite medios para reunir los animales mas raros. Ví allí tres hermosas avestruces y cuatro zebras de un tamaño extraordinario. Nuestra gente, á quienes se permitia ir á tierra por turno, se aprovechaban de esta libertad para regalarse con los viños del Cabo, y no volvian sin haber bebido con exceso. Muchos buques holandeses, franceses y daneses vimos llegar á esta rada mientras estuvimos en ella; pero no habia ninguno que no llevase otro destino.

Despues que dí á las tripulaciones, para reponerse de sus fatigas, un descanso de tres semanas, me despedí del viejo gobernador, y provisto de todos los refrescos necesarios, salí el 7 de marzo de la bahía de las Tablas, favorecido de un viento de S. E.

El 16 á las seis de la mañana avistamos la isla de Santa Helena, al O. & N. O., á la distancia de cerca de diez y seis leguas, y al mediodia descubrimos un gran buque con pabellon francés. Continuamos nuestra ru-

ta, y pasados algunos días navegan-
do con un tiempo hermoso y un vien-
to fresco, á una distancia considera-
ble de tierra recibió el buque un gol-
pe tan violento como si hubiese dado
contra un banco; esto alarmó á todos,
y corrimos sobre cubierta: vimos que
la mar estaba teñida de sangre en un
largo espacio, lo que disipó nuestros
temores. Inferimos que habíamos
dado contra alguna ballena, y que
probablemente no habría recibido
nuestro buque ningun daño, como
así fue. Por este mismo tiempo per-
dimos á nuestro segundo maestro car-
pintero, jóven activo e industrioso,
que se hallaba en una suma debilidad
desde que habíamos salido de Ba-
tavia.

El 25 pasamos la línea por los
17°, 10' de longitud O. Al dia si-
guiente por la mañana pasó á mi
bordo el Capitan Cumming para in-
formarme de que se habian roto tres
piezas de hierro del timón de su bu-
que, lo que lo ponía en el caso de
no poder servir. Envíe inmediata-
mente á un carpintero para que re-

conociese el timón, y le pareció que se hallaba en peor estado de lo que me había pintado el Capitan. Estaban tan gastados los goznes y las rosetas, que no podían ya sujetar al timón. Tomó el partido el carpintero de hacer una máquina semejante á la que había servido para el *Ipswich*, y que había podido hacerlo llegar hasta Inglaterra. Se dispuso esta máquina en cerca de cinco días, y de ella se sirvió la *Thamar* con muy buen éxito. Pero temiendo que tal vez no pudiese sostenerse contra un viento fuerte que la arrojase contra la costa, mandé á M. Cumming que se hiciese á la vela para Antigua, donde podría abordar y componer el timón con una nueva guarnición de goznes y rosetas que tenía de repuesto. Los de la *Thamar* eran de hierro, y no podía esperarse que durasen tanto como los del *Delfin* que eran de cobre, lo mismo que su forro.

La *Thamar*, conforme á las últimas órdenes que había yo dado, se separó de nosotros el 1.º de abril, y se encaminó á las Antillas. Cuando

llegamos á los 34° de latitud S., y 35° de longitud O., los vientos recios y variables de O. S. O. á O. N. O., y una mar fusiosa durante diez días consecutivos, nos arrojaron á la altura de 48° N. por 14° de longitud O.

El 17 de mayo á las siete de la mañana avistamos las islas Sorlingas, á las nueve semanas de haber salido del Cabo de Buena-Esperanza, y á los veinte y dos meses y algunos días de viaje. El 7 fondeamos en las Dunas. En el mismo dia desembarqué en Deal y partí para Londres.

FIN.



3 2044 012 414 702

